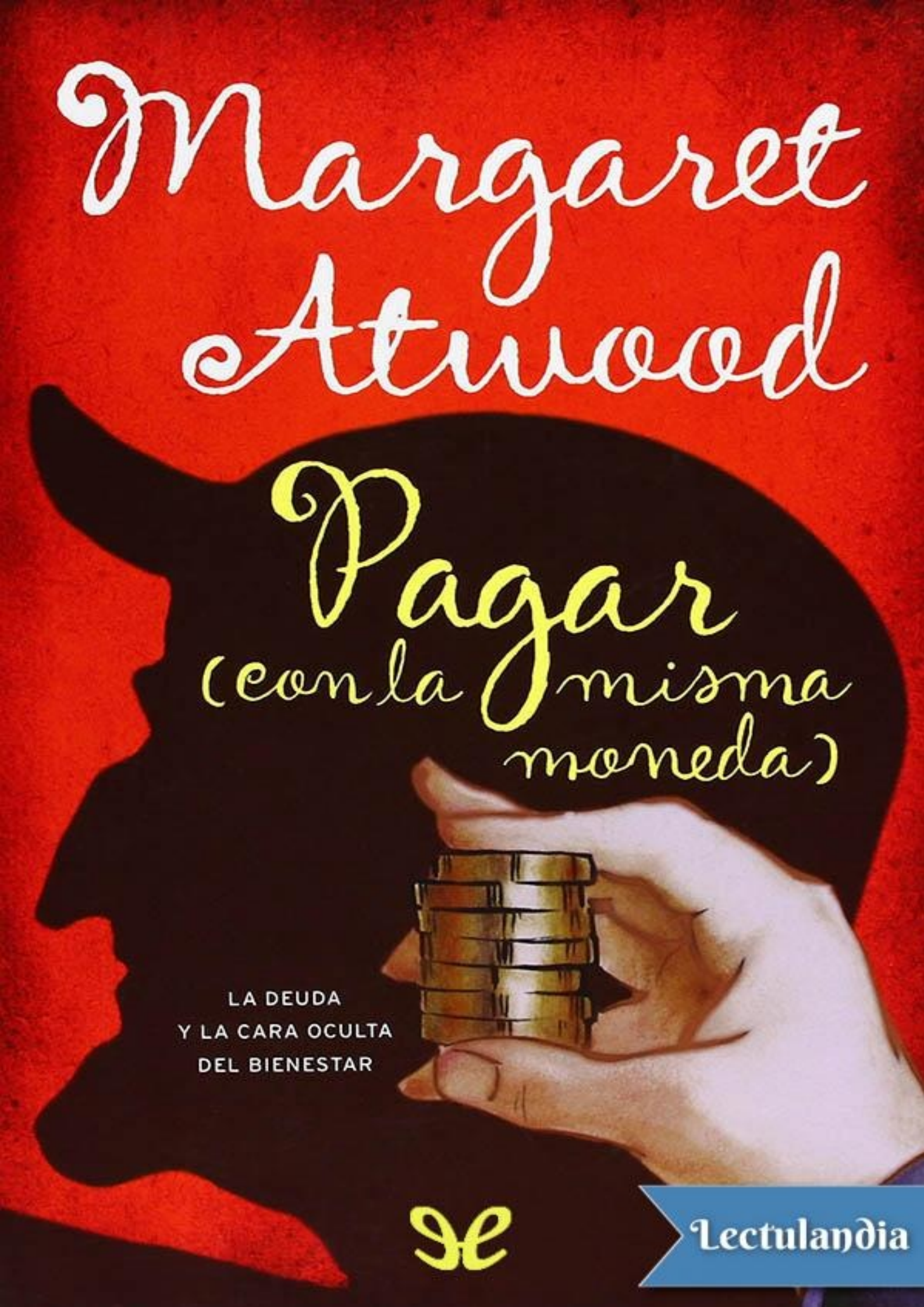
Margaret Atwood

Pagar (con la misma moneda)

LA DEUDA
Y LA CARA OCULTA
DEL BIENESTAR



Lectulandia

Margaret Atwood nos ofrece una sorprendente interpretación del tema de la deuda, de gran actualidad dada la crisis económica por la que atraviesa el mundo tras el colapso de un sistema de deudas interconectadas. En su imaginativa, amena y profunda aproximación a este asunto, Atwood sugiere que la deuda es como el aire, algo que se da por seguro hasta que las cosas empiezan a ir mal. Es entonces cuando, mientras abrimos la boca intentando respirar, caemos en la cuenta de lo mucho que nos interesa. *Pagar (con la misma moneda)* no es un libro sobre la práctica de la deuda en las altas finanzas, aunque también la menciona. Más bien, es una investigación sobre la idea de la deuda como tema central de la religión, la literatura y la estructura de las sociedades humanas. Al investigar el modo en que el concepto de deuda ha conformado nuestro pensamientos desde la antigüedad hasta el presente (a través de las historias que nos contamos unos a otros, de conceptos como «equilibrio», «venganza» o «pecado» y del modo en que establecemos nuestras relaciones sociales), Atwood demuestra que la idea de lo que debemos a otro, es decir, la «deuda», se ha ido formando en la imaginación humana y es una de las metáforas más dinámicas que existen.

Lectulandia

Margaret Atwood

Pagar (con la misma moneda)

ePub r1.0
Titivillus 14.08.2019

Título original: *Payback: Debt and the Shadow Side of Wealth*
Margaret Atwood, 2006
Traducción: Ana Becciú

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

1. Balanzas antiguas

2. Deuda y pecado

3. La deuda como argumento

4. El lado «Sombra»

5. Pagar (con la misma moneda)

Bibliografía

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

A Graeme y Jess,
y a Matthew y Graeme de Younger

1
Balanzas antiguas

El escritor canadiense de libros sobre la naturaleza Ernest Thompson Seton recibió, el día en que cumplió veintiún años, una factura insólita. Era la cuenta detallada que había llevado su padre de todos los gastos inherentes a la infancia y juventud del joven Ernest, los honorarios del médico que intervino en el parto inclusive. Pero lo más sorprendente es que, según dicen, Ernest la pagó. Yo antes pensaba que el señor Seton padre era un imbécil, pero hoy me pregunto: ¿y si, en teoría, tenía razón? ¿Estamos en deuda con algo o alguien por el simple hecho de existir? Y si es así, ¿qué es lo que debemos?, ¿a quién o a qué se lo debemos y cómo lo pagaremos?

Lo que ha motivado este libro es la curiosidad —la mía—, y tengo la esperanza de que escribirlo me sirva para investigar un tema que conozco poco y que, precisamente por eso, me intriga. Ese tema es la deuda.

Pagar (con la misma moneda) no trata sobre la gestión de la deuda, o sobre la deuda de sueño, como se conoce también la privación o el déficit de sueño, o la deuda nacional o cómo administrar nuestro presupuesto mensual, o la deuda como algo que en realidad es bueno porque nos permite tomar dinero prestado y hacerlo fructificar, o sobre las personas adictas a las compras y cómo saber si uno pertenece o no a esta categoría. Esta clase de información abunda en las librerías y en Internet.

Tampoco, aunque las aborde, trata sobre las formas de deuda más espeluznantes, como son las deudas de juego o las venganzas de la Mafia, o la justicia kármica, según la cual las malas acciones dan lugar a la reencarnación en un escarabajo, o los melodramas en los que el acreedor villano se sirve del atraso en el pago de los alquileres como excusa para obligar a las chicas

bonitas a tener sexo no deseado. En cambio, trata sobre la deuda como una construcción humana —una construcción de la imaginación—, y la forma como esta construcción refleja y magnifica el deseo voraz de los seres humanos y su miedo feroz.

Alistair MacLeod dice que los escritores escriben sobre lo que les preocupa. Yo añadiría que escriben, también, sobre lo que los desconcierta. El tema de *Pagar (con la misma moneda)* es una de las cuestiones más preocupantes y desconcertantes que Conozco: ese peculiar nexo donde se cruzan, a menudo con una fuerza explosiva, el dinero, la narración o el relato y las creencias religiosas.

Todo aquello que nos desconcierta en la edad adulta empezó por desconcertarnos cuando éramos niños, al menos así fue como me sucedió a mí. En la sociedad en la que me crié, a finales de los años cuarenta, tres eran las cuestiones sobre las que se suponía que uno no debía preguntar. Una de ellas era el dinero: nunca se le preguntaba a nadie cuánto ganaba. La segunda era la religión: iniciar una conversación sobre ese tema suponía la posibilidad de desembocar directamente en la Inquisición española o en algo peor. La tercera era el sexo. Yo vivía entre biólogos, y el sexo —al menos el que practicaban los insectos— era algo que podía consultar en los manuales que estaban desparramados por toda la casa: el oviscapto no tenía secretos para mí. Por eso, esa apremiante curiosidad que experimentan los niños con respecto a lo prohibido se centraba, en mi caso, en la otras dos cuestiones tabú: la financiera y la religiosa.

Parecían, en principio, categorías distintas. Estaban las cosas de Dios, que eran invisibles. Y luego estaban las del césar, todas ellas muy materiales. Éstas adoptaban la forma de becerros de oro, de los que no había muchos en Toronto por aquella época, y también de dinero, el amor hacia el cual era la raíz de todos los males. Sin embargo, también estaba Scrooge McDuck, el tío Gilito, el personaje de la historieta que yo leía constantemente: un multimillonario temperamental, tacaño y muy zorro, que debía su nombre a Ebenezer Scrooge, el famoso avaro redimido creado por Charles Dickens. El tío plutócrata poseía un Depósito de Dinero lleno de monedas de oro, en el cual él y sus tres sobrinos adoptivos se zambullían y nadaban como si de una piscina se tratara. El dinero, para el tío Gilito y los tres patitos, no era la raíz de todos los males sino un juguete placentero. De estas dos visiones, ¿cuál era la correcta?

Los niños de los años cuarenta solíamos disponer de un poco de dinero de bolsillo y, aunque se suponía que no debíamos hablar de dinero ni ser excesivamente interesados, teníamos que aprender a administrarlo a una edad temprana. A los ocho años conseguí mi primer empleo remunerado. Ya estaba familiarizada con el dinero: recibía un estipendio de cinco centavos por semana, con los que se podían comprar muchas más caries que hoy. Los centavos que no gastaba en caramelos los guardaba en una lata de té Lipton. La lata tenía impreso un dibujo indio de colores brillantes, con un elefante, una opulenta dama velada, hombres con turbante, templos y cúpulas, palmeras y un cielo increíblemente azul. Los centavos ostentaban hojas en una de sus caras y cabezas de rey en la otra, y el hecho de que yo prefiriera más a unos que a otros dependía de su rareza y belleza: el rey Jorge VI, el monarca reinante, era moneda corriente y por lo tanto, según mi pequeña escala esnob, de bajo nivel; encima no llevaba barba ni bigotes. Pero todavía se podían encontrar en circulación algunos Jorge V más melenudos, y, con un poco de suerte, uno o dos Eduardo VII bien barbudos y bigotudos.

Yo sabía que esas monedas se podían canjear por mercancías, como cucuruchos de helado de crema, por ejemplo, pero no pensaba que fueran superiores a otras unidades monetarias, como las que usaban mis compañeros: los cromos de aeroplanos que venían con los cartones de cigarrillos, las tapas de las botellas de leche, los libros de historietas y las canicas de vidrio. Dentro de cada una de estas categorías el principio era el mismo: su rareza y belleza incrementaban su valor. Eran los niños quienes fijaban el tipo de cambio, pero de todos modos regateaban mucho.

Todo eso cambió cuando conseguí un empleo. Me pagaban veinticinco centavos la hora —¡una fortuna!— y el trabajo consistía en llevar a pasear a Un bebé en su cochecito por la nieve. Me daban los veinticinco centavos a condición de que trajera al bebé de vuelta vivo y no demasiado helado. En esa etapa de mi vida, en que cada penique valía lo mismo que cualquier otro penique, sin que me importara la cabeza que llevaba estampada, aprendí una lección importante: en el mundo de las altas finanzas las consideraciones estéticas se olvidan pronto, desafortunadamente.

Como ganaba mucho dinero, me dijeron que debía tener una cuenta bancaria. Así fue como de la lata de té Lipton pasé a la libreta bancaria de color rojo. Ahora sí podía establecer una clara diferencia entre las monedas con cabezas estampadas y las canicas, las tapas de botellas de leche, los álbumes de historietas y los cromos con aeroplanos: las canicas no se podían depositar en el banco. Pero nos exhortaban a poner allí nuestro dinero para

guardarlo a buen recaudo. Cada vez que reunía una peligrosa cantidad de ese material —vale decir, un dólar—, lo depositaba en el banco, donde un cajero, que me inspiraba mucho miedo, anotaba, con pluma y tinta, la suma en un registro, El último número de la serie se denominaba «la balanza»: yo no entendía la expresión puesto que aún no había visto una balanza de dos platillos.

Periódicamente aparecía en mi libreta roja una cantidad de dinero que yo no había depositado. Esa cantidad, me informaron, se llamaba «interés» y yo la había «ganado» por el solo hecho de haber dejado mi dinero en el banco. Tampoco lo entendía. Era interesante, sin duda, que yo pudiera contar con un dinero extra —por eso lo debían llamar «interés»—, pero yo sabía que no lo había ganado: no había llevado a ningún bebé del banco a pasear en cochecito por la nieve. ¿De dónde salían, entonces, esas cantidades misteriosas? Seguramente del mismo lugar imaginario que multiplicaba las monedas de cinco centavos que nos dejaba el Hada de los dientes[1] a cambio de nuestros dientes de leche: un reino inventado por compasión y que no figuraba en ningún mapa, pero en el que todos debíamos fingir que creíamos o la táctica del «cinco centavos por un diente» llegaría a su fin.

No obstante, las monedas que aparecían debajo de la almohada eran bien reales. Como también lo era el interés bancario, pues uno podía cobrarlo y transformarlo de nuevo en dinero y después en caramelos y en cucuruchos de helado de nata. Pero ¿cómo era posible que una ficción generara objetos reales? Yo sabía, por los cuentos de hadas como *Peter Pan*, que si uno dejaba de creer en las hadas, éstas morían en el acto. Entonces, si yo dejaba de creer en los bancos, ¿cesarían también ellos de existir? Según los adultos, las hadas eran irreales y los bancos eran reales. Pero ¿era cierto?

De ahí mi desconcierto en cuestiones financieras. Y desde entonces es así.

Durante el pasado medio siglo pasé mucho tiempo viajando en los medios de transporte público. Siempre leía los carteles publicitarios. En los años cincuenta había gran cantidad de anuncios de fajas y sostenes, desodorantes y productos para la higiene bucal. Hoy han desaparecido y han sido reemplazados por otros referidos a enfermedades: problemas cardíacos, artritis, diabetes, etcétera; anuncios para ayudarnos a dejar de fumar; otros relacionados con series de televisión en los que invariablemente aparecen una o dos mujeres bellísimas, pero que son, en realidad, anuncios de tinturas para el cabello o cremas para la piel; anuncios de agencias a las que puedes llamar

si eres adicto al juego. Y anuncios de servicios para gestionar deudas: muchísimos.

Uno de ellos muestra a una mujer muy sonriente con un niño pequeño. La leyenda reza: «Ahora me ocupo yo…, y los cobradores no me llaman más». «Dado que el endemoniado dinero no compra la felicidad, gestionar la deuda es más fácil», proclama otro. «¡Hay Vida después de la Deuda!», gorjea un tercero. «¡Vivir felices para siempre *es posible*!», trina un cuarto, alimentando en nosotros la creencia en los cuentos de hadas, la misma que nos llevaba a esconder las facturas debajo de la alfombra y a pretender después que estaban pagadas. «¿Hay alguien pisándote los talones?», pregunta, en tono de mal agüero, un quinto anuncio desde el fondo del autobús. Estos servicios no te prometen que tus gravosas deudas vayan a desaparecer en menos que canta un gallo, sino que te ofrecen reagruparlas y pagarlas poco a poco, mientras te enseñan a evitar la conducta derrochadora que te hundió en los números rojos.

¿Por qué hay tantos anuncios como éstos? ¿Será porque existe en la actualidad un número sin precedentes de personas endeudadas? Es muy posible.

En la década de los cincuenta, la época de las fajas y los desodorantes, los anunciantes creían que lo más angustioso era tener un cuerpo fofo y maloliente. Era el cuerpo lo que se te iba de las manos y por eso había que mantenerlo bajo control, de lo contrario era capaz de salirse y hacer cosas que podían darte una vergüenza tan profunda, tan sexual, que habría sido imposible evocarlas en un medio de transporte público. Hoy en día, las cosas son muy diferentes. Las gracias sexuales forman parte de la industria del entretenimiento y ya no son cuestión de censura o de culpa, de modo que tu cuerpo ha dejado de ser el principal motivo de angustia, a menos que atrapes una de esas enfermedades muy nombradas en los carteles publicitarios. Lo que más te preocupa, en cambio, es la columna del «Debe» de tu Libro Mayor.

Hay una buena razón para ello. La primera tarjeta de crédito entró en circulación en 1950. En 1955, la relación deuda/ingreso de una familia media canadiense era del 55%; en 2003 era del 105,2%. Esta relación ha ido en aumento desde entonces. En 2004, en Estados Unidos, la relación era del 114%. En otras palabras, muchísimas personas gastan más de lo que ganan. Y lo mismo hacen los gobiernos de muchísimos países.

En el plano microeconómico, una amiga me cuenta que la deuda es una epidemia entre los mayores de dieciocho años, especialmente los estudiantes universitarios: están en el punto de mira de las entidades de tarjetas de crédito

y los estudiantes se precipitan y gastan el máximo sin medir las consecuencias, y se encuentran de pronto con que tienen deudas que no pueden pagar a tasas de interés muy elevadas. Hoy sabemos, porque lo dicen los neurólogos, que el cerebro de un adolescente es muy diferente del cerebro de un adulto y que realmente no es capaz de hacer el cálculo matemático a largo plazo del compre ahora-pague después, de manera que este tipo de práctica debería ser considerada una forma de explotación infantil.

En el plano opuesto, el mundo financiero se ha visto recientemente conmocionado por el colapso de una pirámide de deudas que tiene que ver con algo llamado «hipotecas *sub-prime*», un esquema piramidal que la mayoría de la gente no comprende muy bien, pero que se reduce al hecho de que ha habido instituciones financieras importantes que han vendido hipotecas a personas que no pueden de ninguna manera pagar las cuotas mensuales, y después han metido estas deudas engaña-bobos en cajas de cartón, les han pegado encima unas etiquetas enormes y las han vendido a instituciones y a «*hedge-funds*» o fondos de cobertura, que han creído que tienen algún valor. Es como la gracia de la tarjeta de crédito para adolescentes, pero de mayor magnitud.

Una amiga mía, que vive en Estados Unidos, me escribe lo siguiente: «Yo solía tener cuentas en tres bancos y un crédito hipotecario. El Banco Uno compró los otros dos y ahora está haciendo todo lo posible por comprar la entidad de crédito hipotecario, que está en quiebra, aunque esta mañana salió a relucir que el último banco que quedaba también tiene serias dificultades. Ahora están tratando de renegociar con la agencia de crédito hipotecario. Pregunta número uno: Si tu compañía está a punto de ir a la quiebra, ¿por qué ibas a querer comprar una empresa de cuya insolvencia se habla en todos los diarios? Pregunta número dos: Si todos los prestamistas van a la quiebra, ¿desaparecerán los problemas de los prestatarios? No te puedes imaginar lo tristes que están los estadounidenses, ellos, que son tan amantes de los créditos. Según parece, hay barrios enteros en el Medio Oeste que se asemejan a los barrios de mi ciudad natal: casas vacías con la hierba que te llega a las rodillas, las matas de enredaderas que cubren las paredes y nadie dispuesto a admitir que esas casas les pertenecen. Nos estamos viniendo abajo, cosechamos lo que sembramos».

El tono es bíblico, pero nos invita a preguntarnos: ¿Cómo y por qué ha sucedido esto? Es posible que la respuesta que oigo a menudo —«la codicia»— sea acertada, pero no basta para desvelar los misterios más profundos de este proceso. ¿Qué hay en esta «deuda» que nos tiene a todos

como hechizados? Como el aire, nos rodea, pero nunca pensamos en ella a menos que se produzca algún fallo en el suministro. Estamos convencidos de que es indispensable para nuestra estabilidad colectiva. En las épocas buenas vamos con la deuda flotando por todas partes como si fuera un globo lleno de helio; subimos cada vez más alto y el globo se vuelve cada vez más grande, hasta que —¡puf!— un aguafiestas le clava un alfiler y nos venimos abajo. Pero ¿cuál es la naturaleza de este alfiler? Otra amiga mía solía afirmar que los aviones se mantenían en el aire solamente porque la gente creía —en contra de la razón— que podían volar: sin esa ilusión colectiva habrían caído en picado a tierra en el acto. ¿Es la «deuda» algo parecido?

Dicho de otro modo, quizá la deuda existe porque nos la imaginamos. Y lo que yo querría investigar son las formas que adopta en nuestra imaginación, o su impacto sobre la realidad cotidiana.

Las actitudes que hoy en día tenemos con respecto a la deuda están profundamente arraigadas en nuestra cultura, siendo ésta, como ha señalado el primatólogo Frans de Waal, «un modificador sumamente poderoso que afecta a todo lo que hacemos y somos, y que penetra hasta el núcleo de la existencia humana». Pero es posible que haya modificado algunos modelos de comportamiento más básicos.

Supongamos que todas las cosas que los seres humanos hacen —las buenas, las malas y las feas— se puedan poner sobre un *smörgåsbörd* de comportamientos con una etiqueta que diga *Homo sapiens sapiens*. Estas cosas no están sobre el *smörgåsbörd* etiquetado *Arañas*, razón por la cual no perdemos demasiado tiempo comiendo moscas azules; tampoco están sobre el *smörgåsbörd Perros*, y por eso no vamos marcando bocas de incendio con nuestros perfumes glandulares y metiendo las narices en las bolsas de residuos. Sobre una parte de nuestro *smörgåsbörd* humano hay alimentos de verdad, pues a nosotros, como a todas las especies, nos gobiernan el apetito y el hambre. El resto de los platos que están sobre la mesa contienen miedos y deseos menos concretos; son cosas como «me gustaría volar», «me gustaría tener sexo contigo», «la guerra une a la tribu», «las víboras me dan miedo» y «¿qué sucederá conmigo cuando muera?».

Pero no hay nada sobre la mesa que no esté basado en nuestros modelos humanos rudimentarios ni relacionado con ellos: lo que queremos, lo que no queremos, lo que admiramos, lo que despreciamos, lo que amamos y lo que odiamos y tememos. Algunos genetistas han llegado incluso a hablar de

nuestros «módulos», como si fuéramos sistemas electrónicos *con chunks* (fragmentos) de circuitos funcionales que pueden encenderse y apagarse. La existencia real de estos discretos módulos como parte de nuestro cableado neuronal definido genéticamente es actualmente objeto de experimentación y debate. Pero, en cualquier caso, presumo que cuanto más viejo es un modelo de comportamiento —cuanto más tiempo se puede demostrar que hace que lo tenemos—, tanto más integrado estará a nuestra condición humana y tanto más visibles serán las variaciones culturales del mismo.

No estoy proponiendo aquí una denominación «naturaleza humana» inmutable; los epigenetistas señalan que los genes pueden ser expresados, o «encendidos», y también suprimidos de muchas maneras, todo depende del entorno en que se encuentren. Sólo estoy diciendo que, sin configuraciones de genes ligados —determinados bloques o cimientos de edificios, por ejemplo —, las múltiples variaciones de comportamientos humanos básicos que vemos a nuestro alrededor no ocurrirían nunca. Un videojuego *on line* como *Everquest*, en el que el jugador debe escalar posiciones, de desollador de conejos a caballero propietario del castillo, vendiendo y negociando, cooperando con otros jugadores en misiones en grupo y asaltando otros castillos, sería impensable si no fuéramos una especie social consciente de las jerarquías.

¿Cuál es la antigua piedra angular que subyace al elaborado relieve de la deuda que nos rodea? ¿Por qué somos tan sensibles a las ofertas de comprar ahora y pagar después en cuotas, por muy onerosas que éstas sean? ¿Porque estamos programados para coger los frutos que cuelgan de las ramas más bajas y comer tantos como podamos, sin prever que en el futuro quizás haya épocas en las que no habrá fruta que comer? Bueno, sí, en parte: setenta y dos horas sin líquido o dos semanas sin alimento y lo más probable es que estés muerto, de manera que si no comes ahora mismo algún fruto de los que cuelgan de las ramas bajas no estarás aquí dentro de seis meses para congratularte por tu capacidad de controlarte y posponer la gratificación. A este respecto, las tarjetas de crédito representan para el prestamista prácticamente la garantía de que va a ganar dinero, ya que el «cógelo ahora» puede ser una variante de un comportamiento seleccionado para ello en las épocas de las sociedades cazadoras-recolectoras, mucho antes de que a alguien se le hubiera ocurrido pensar en ahorrar para cuando estuviera jubilado. Un pájaro en mano valía entonces realmente más que cien volando, y un pájaro en la boca mucho más. Pero ¿es sólo una cuestión de ganancia a

corto plazo seguida de sufrimiento a largo plazo? ¿Es nuestra codicia lo que crea la deuda, o, seamos generosos, nuestra necesidad?

Doy por supuesto que hay otra antigua piedra angular interior sin la cual no podrían existir ni la deuda ni las estructuras de crédito: nuestro sentido de la justicia. Bien mirada, se trata de una característica humana admirable. Si no tuviéramos sentido de la justicia, cuyo aspecto bueno es «favor con favor se paga», no admitiríamos que es justo devolver lo que hemos tomado prestado y nadie sería tan estúpido como para prestar algo a alguien con la esperanza de que se lo devuelva. Las arañas no comparten las moscas azules con otras arañas adultas. El aspecto malo del sentido de la justicia es el sentido de la injusticia, que hace que nos alegremos cuando nos salvamos, por más que hayamos sido injustos o culpables, y que nos ciegue la ira y el deseo de venganza cuando sufrimos una injusticia.

Los niños empiezan a decir «¡no es justo!» hacia los cuatro años, más o menos, mucho antes de empezar a mostrar interés por los medios de inversión sofisticados o tener noción del valor de las monedas y de los billetes. Se sienten también muy satisfechos cuando el villano del cuento recibe claramente su merecido, e intranquilos cuando no es así. El perdón y la compasión, como las aceitunas y las anchoas, son sentimientos que se aprenden, según parece, más tarde, o —si la cultura no lo$ favorece— no se adquieren. Pero los niños creen que meter a una persona mala en un barril tachonado con clavos y arrojarla al mar es una forma de restablecer el equilibrio cósmico y quitar de en medio a las fuerzas malignas, y se duermen más tranquilos por la noche.

El interés en la justicia se desarrolla con la edad. Después de los siete años, el niño entra en una fase legalista, que lo lleva a discutir continuamente sobre la justicia —o, casi siempre, la injusticia— de cualquier regla que los adultos le impongan. A esta edad, el sentido de justicia puede adoptar formas curiosas. Por ejemplo, en la década de los ochenta fue común entre los niños de nueve años la práctica de un extraño ritual que consistía en lo siguiente: durante los viajes en automóvil había que mirar por la ventanilla del coche hasta dar con un Volkswagen Escarabajo. Después había que pegarle con el puño en el hombro al compañerito o compañerita y gritar: «*Punch-buggy, no punch-backs!*»[2] Ver un Volkswagen Escarabajo antes que nadie le daba a uno el derecho a golpear al otro niño o niña, añadiendo a modo de codicilo: «*No punch-backs!*». («¡No se devuelve!»), lo cual significaba que él o ella había sido privado del derecho de devolver el golpe. Si, no obstante, el otro niño o niña se las ingeniaba para gritar: «*Punch-backs*/» («¡Se devuelve!»),

antes de que uno pudiera gritar su conjuro, era legítimo devolver el puñetazo. El dinero no era un factor: no se podía comprar el hecho de librarse del golpe. La cuestión era el principio de reciprocidad: un puñetazo merecía otro, y nadie se salvaba de ello, a no ser que pudiera insertar, a la velocidad del rayo, una cláusula liberadora.

Se ha dicho que la ontogenia recapitula la filogenia: el desarrollo del individuo refleja la historia evolutiva de las especies. Los que no sean capaces de reconocer en el ritual del *Punch-buggy* la forma esencial de la *lex talionis* del Código de Hamurabi, de unos cuatro mil años de antigüedad —reformulado como la ley bíblica del ojo por ojo y diente por diente—, es que son ciegos. *Lex talionis* significa, aproximadamente, «la ley de retribución específica o apropiada». Según las reglas del *Punch-buggy*, los puñetazos se anulan unos a otros, a menos que uno logre pegar primero gracias a su protección mágica. Podemos encontrar esta clase de protección en las cláusulas de los contratos y documentos jurídicos que empiezan diciendo: «Sin perjuicio de lo expresado anteriormente».

Todos querríamos tener derecho a un puñetazo gratis o a un almuerzo gratis o a cualquier cosa gratis. Todos sospechamos que las probabilidades de obtener este derecho son mínimas, a menos que saltemos sobre la ocasión muñidos de alguna fórmula mágica realmente efectiva. Pero ¿cómo sabemos que un puñetazo puede exponernos a recibir otro? ¿Es la socialización temprana —por ejemplo, la que uno aprende en el preescolar, cuando se pelea por la plastilina y después dice: «Melanie me mordió»— o la serie de cables que tenemos instalados en el cerebro humano, lo determinante?

Veámoslo. Para que una construcción mental como «deuda» exista —me debes algo que equilibrara las cuentas una vez que me lo hayas transferido— se requieren previamente ciertas condiciones. Una de ellas, como dije antes, es la noción de justicia. A esta noción le corresponde la noción de valores equivalentes: ¿Qué es lo que hace que las dos columnas de la hoja de resultados, o la cuenta de los rencores o programa de teneduría de libros por partida doble, que llevamos mentalmente todo el tiempo arrojen el mismo saldo? Si Johnny tiene tres manzanas y Suzie un lápiz, ¿es aceptable cambiar una manzana por un lápiz o quedará una manzana o un lápiz pendiente de pago? Todo dependerá del valor que Johnny y Suzie atribuyan a sus respectivos bienes de cambio, el cual a su vez dependerá del hambre que tengan y/o de su necesidad de dispositivos de comunicación. En un

intercambio percibido como justo, cada parte compensa a la otra y se da por sentado que no se debe nada.

Hasta la Naturaleza inorgánica tiende al equilibrio, algo que se conoce como los estados estáticos. Ustedes habrán hecho de niños el experimento elemental que consiste en verter agua salada en uno de los lados de una membrana permeable y agua dulce en el otro, y medir el tiempo que tarda el cloruro de sodio en convertirse en H_2O hasta obtener la misma salinidad en ambos lados de la membrana. O bien, ya adultos, se habrán dado cuenta de que si apoyan el pie frío contra la pierna caliente del compañero/a, el pie se calentará mientras que la pierna de él o de ella se enfriará. (Si prueban hacerlo en casa, por favor, no digan que fui yo quien se lo dijo).

Muchos animales son capaces de distinguir al «más grande que» del «más pequeño que». Los animales cazadores deben de ser capaces de ello, porque si no sería fatídico zamparse más de lo que se puede masticar. Las águilas de la costa del Pacífico son arrastradas a una tumba de agua por salmones demasiado pesados para ellas, porque, una vez que se han abalanzado sobre su presa, no pueden desengancharla de sus garras hasta no tocar una superficie firme. Si alguna vez llevaron a niños pequeños al parque zoológico para visitar a los felinos salvajes, se habrán percatado de la poca o nula atención que un felino de tamaño mediano, como el gato onza o el leopardo, les prestó a ustedes, no en cambio a sus hijos, a quienes miró con calculada avidez. Y esto es así porque los pequeñines son para él una comida a su medida y ustedes no.

La capacidad para medir el tamaño de un enemigo o una presa es un rasgo común del reino animal, y es asombroso comprobar que los primates, en el momento en que les están repartiendo golosinas, hacen la distinción entre más-grande-que y más-pequeño-que. En el año 2003, la revista *Nature* publicó un informe sobre los experimentos llevados a cabo por Frans de Waal, del Centro Nacional de Investigación del Primates Yerkes de la Universidad de Emory, y la antropóloga Sarah F. Brosnan. Empezaron por enseñar a monos capuchinos a intercambiar piedrecitas por rodajas de pepino. Después, a uno de los monos le dieron una uva —mucho más valiosa para los monos— a cambio de su piedra. «Pueden hacer esto veinticinco veces seguidas y son felices si la recompensa es una rodaja de pepino», dijo De Waal. Pero, si uno de los monos en vez de la rodaja de pepino recibía una uva, es decir, si se le pagaba injustamente un dineral por un trabajo equivalente, los que recibían rodajas de pepino se enfurecían, arrojaban piedras desde la jaula y se negaban a seguir cooperando. La mayoría de los

monos se enfadaba muchísimo cuando se recompensaba a uno de ellos con una uva sin motivo, a tal punto que algunos dejaban de comer. Se formaba un piquete de monos: habrían podido esgrimir pancartas que dijeran: «¡No es justo que la dirección distribuya uvas!». El comercio era una práctica aprendida, así como el tipo de cambio piedra/pepino, pero la indignación era espontánea.

Keith Chen, un investigador de la Escuela de Administración de la Universidad de Yale, también trabajó con los monos capuchinos. Descubrió que podía adiestrarlos para que usaran como moneda unos discos de metal parecidos a monedas; las monedas representaban la idea piedra, sólo que brillaban. «Mi objetivo fundamental es determinar cuales son los aspectos innatos de nuestro comportamiento en cuestiones económicas profundamente arraigadas en nuestro cerebro y que se conservan a través del tiempo», dijo Chen. Pero ¿por qué detenerse en un comportamiento tan obviamente ligado a la economía como el comercio? Entre los animales sociales que necesitan cooperar para alcanzar objetivos comunes como, en el caso de los capuchinos, matar y comer ardillas, y en el caso de los chimpancés, matar y comer lemúridos, tiene que haber una repartición de los resultados del esfuerzo del grupo que todos los participantes estimen justa. Justo no es lo mismo que equitativo: por ejemplo, ¿sería justo que el plato del que tiene diez años y pesa cuarenta kilos contenga exactamente la misma cantidad de comida que el de un Sixer (jugador de baloncesto) que pesa noventa kilos y mide un metro ochenta y dos? Entre los chimpancés cazadores, el que tiene más personalidad y un físico más fuerte normalmente consigue más, pero todos los que han participado en la cacería reciben al menos algo, lo cual se parece mucho al principio que guiaba a Gengis Kan, quien distribuía entre sus aliados y su tropa los resultados de sus conquistas, matanzas y saqueos. Todos aquellos que se muestran sorprendidos porque hay partidos políticos que ganan gracias al dinero de las donaciones que reciben para sus campañas y sus favoritismos deberían pensar en esto: si no reparten, la gente no estará allí cuando la necesiten. Hay que darles por lo menos algunas rodajas de pepino y abstenerse de dar uvas a sus rivales.

Ante la falta total de justicia, los miembros del grupo de chimpancés se rebelarán, y es poco probable que se unan a un grupo de cazadores la próxima vez. En la medida en que son animales sociales que interactúan dentro de comunidades complejas en las que el estatus es importante, los primates son muy conscientes de lo que le conviene a cada miembro de la comunidad y de lo que por otra parte constituye una arrogante zancadilla. La muy distinguida

y esnob *lady* Catherine de Bourgh, de *Orgullo y prejuicio*, la novela de Jane Austen, con su exquisitamente preciso sentido del rango, no se puede comparar con los chimpancés y los monos capuchinos.

Los chimpancés no reducen sus intercambios a la comida; intercambian normalmente favores en beneficio mutuo o practican el altruismo recíproco. El chimpancé A ayuda al chimpancé B a aliarse en contra del chimpancé C y espera que a cambio lo ayuden a él Si el chimpancé B no acude cuando el chimpancé A lo necesita, el chimpancé A se enfurece y chilla de rabia. Es como si llevaran una suerte de libro de contabilidad interior: el chimpancé A percibe perfectamente bien lo que el chimpancé B le debe; el chimpancé B también lo percibe. Las deudas de honor existen, según parece, entre los chimpancés. Es el mismo mecanismo que funciona en *El padrino*, la película de Francis Ford Coppola: un hombre cuya hija ha sido desfigurada se acerca al jefe de la Mafia para pedirle ayuda y la obtiene, pero se sobreentiende que más tarde deberá pagar el favor de una forma que no será agradable.

Como dice Robert Wright en su libro *The Moral Animal: Why We Are the Way We Are*, publicado en 1995: «Es de presumir que el altruismo recíproco no sólo ha modelado la calidad de la emoción humana sino también el conocimiento. Leda Cosmides ha demostrado que las personas son capaces de resolver puzles de lógica incomprensible cuando éstos están concebidos como un intercambio social, en particular cuando el objeto del juego es darse cuenta de si alguno hace trampa. Esto sugiere a Cosmides que entre los órganos mentales que rigen el altruismo recíproco hay un módulo de "detección del tramposo". Indudablemente quedan otros por descubrir». Todos queremos que nuestras actividades e intercambios comerciales sean justos y limpios, al menos por parte de la otra persona. Un «módulo de detección del tramposo» supone un módulo paralelo, uno que evalúe el hecho de no hacer trampa. Los niños pequeños solían cantar «¡los tramposos nunca prosperan!» en el patio de la escuela. Es verdad: juzgamos con severidad a los tramposos, lo cual perjudica su prosperidad futura. Pero lamentablemente es verdad también que sólo los juzgamos una vez que han sido descubiertos.

Wright, en *The Moral Animal*, hace una descripción de un programa de simulación *con* ordenador que ganó el torneo de 1970 propuesto por Robert Axelrod, especialista en ciencias políticas estadounidense. El concurso fue diseñado para probar qué clase de modelos de comportamiento serían los más apropiados para sobrevivir el mayor tiempo posible en una serie de encuentros con otros programas. Cuando un programa se «encontraba» con otro por primera vez, tenía que decidir si cooperaba, si reaccionaba

agrediendo o haciendo trampa, o si se negaba a jugar. «El contexto para la competición —dice Wright— reflejaba muy bien el contexto social de la evolución humana y anterior al hombre. Era una sociedad muy pequeña: varias docenas de individuos que interactuaban con frecuencia. Cada uno de los programas podía "recordar" si el programa de cada uno había cooperado en encuentros anteriores y adaptar su comportamiento en consecuencia».

El ganador del concurso recibía el nombre de TIT FOR TAT —una expresión que proviene de *«Tip for Tap*[3]*»*, palabras que en ambos casos hubo un tiempo querían decir «golpe», «empujar» o «pegar»; es decir: «Si me pegas, te pegaré». El programa con ordenador TIT FOR TAT tenía reglas muy simples: «En el primer encuentro con cualquier programa, cooperaba. A partir de entonces, hacía todo lo que el otro programa hubiera hecho en un encuentro previo. Favor con favor se paga, y una mala jugada también». Este programa ganó el torneo porque nunca fue maltratado de forma reiterada —si un contrincante lo engañaba, se abstenía de cooperar la siguiente vez— y, a diferencia de los tramposos y los explotadores sistemáticos, no se granjeaba la antipatía de otros para luego encontrarse excluido del juego, ni tampoco se mostraba cada vez más agresivo. Jugaba ateniéndose a la regla del ojo por ojo: Trata a los demás como ellos te tratan. (Diferente de la regla de oro que dice: «Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti». Ésa es mucho más difícil de seguir).

En el torneo de programas por ordenador que ganó TIT FOR TAT, cada uno de los jugadores tenía a su disposición los mismos recursos. Tratar en un primer encuentro con amabilidad y responder a los siguientes según el trato recibido —bien por bien y mal por mal— puede ser la estratagema ganadora sólo si todos juegan en igualdad de condiciones. Ninguno de los programas concursantes estaba autorizado a tener sistemas-armas superiores; de haberse permitido a alguno de los participantes una ventaja, digamos un carro, el arco de Gengis Kan o la bomba atómica, TIT FORTAT habría fracasado, porque el jugador con la ventaja tecnológica habría podido eliminar a sus contrincantes, esclavizarlos u obligarlos a negociar en condiciones desventajosas. Es, en realidad, lo que ha venido sucediendo a lo largo de toda nuestra historia: los que ganaron las guerras escribieron las leyes, y las leyes que escribieron consagraron la desigualdad porque justificaban la existencia de formaciones sociales jerárquicas en cuya cima se encontraban ellos mismos.

Me encontré con el modelo toma-y-daca «amable pero severo» cuando era niña, aunque revestía una forma literaria. En *Los niños del agua*, el relato infantil de Charles Kingsley, publicado en 1863, Tom, un niño deshollinador pobre, ignorante y explotado, se ahoga en un río, pero de pronto se ve a sí mismo nadando y con branquias, cual salamandra acuática. Entonces, en una serie de aventuras *post mortem*, aprende, probando y equivocándose, a ser el varón Victoriano y cristiano ideal, tal como lo concebía Kingsley. Sus principales instructores son dos potentes figuras femeninas sobrenaturales: la hermosa y cariñosa señora Trataalosdemáscomotegustaríaquetetrataranati, que es la Regla de Oro en acción, y la señora Quetetratenaticomotratastealosdemás, que es fea, severa y represora, pero justa, y es la encarnación estilo niñera de la idea de «pagar con la misma moneda». Seguramente el lector victoriano reconoció en ellas a Misericordia y Justicia, o incluso a una Madre Naturaleza wordsworthiana y protectora —la «que nunca traicione al corazón que la ama»— y a una Madre Naturaleza darwiniana, dura e inflexible, con una veta lamarckiana de «serás lo que haces». (Kingsley era amigo de Darwin; *Los niños del agua* fue publicado unos cuatro años después que *El origen de las especies* y es una de las primeras respuestas literarias a este último libro. Se lo podría incluso considerar una de las primeras entradas valientes en la categoría Diseño Inteligente: si el Paraíso y el Diluvio de Noé tuvieran que ser borrados, podrían ustedes contar al menos con la señora Quetetratenaticomotratastealosdemás para darle sentido al orden natural y al humano).

En las condiciones actuales, la señora Trataalosdemáscomotegustaríaquetetrataranati podría ser vista como el primer movimiento cooperativo de TIT FOR TAT, y la señora Quetetratenaticomotratastealosdemás, con su vara de abedul, es lo que sucede cuando te portas mal. Por ejemplo, Tom ha hecho la travesura de engañar a las anémonas marinas poniéndoles guijarros en la boca, de manera que la señora Quetetratenaticomotratastealosdemás, en lugar de darle a Tom un caramelo, como a los demás niños del agua, le da una piedra.

Al final del libro se descubre que las dos mujeres son una y la misma persona, una persona que, dicho sea de paso, se parece muchísimo a las alegorías femeninas joven-vieja, simpática-espantosa de la Gracia cristiana en los libros de *Cardie*, de George MacDonald: los Victorianos, por cierto,

amaban a sus mujeres sobrenaturales. Esta dama de doble faz plantea varios interrogantes. Yo misma solía preguntarme por qué sus dos representaciones estaban casadas —¿acaso porque mantenían un contacto muy íntimo con niños muy pequeños como para ser consideradas respetables de ser solteras? —, y ¿dónde estaban los señores Trataalosdemáscomotegustaríaquetetrataranati y Quetetratenaticomotratastealosdemás? Probablemente en el *pub*, para no tener que soportar al enjambre de niños, *los* arrullos enervantes o los castigos espantosos con la vara de abedul. Estoy segura de que sus dos esposas, o esposa, tenían por lo menos un retoño propio, porque de lo contrario no habría existido Mary Poppins, la protagonista de los libros de P. L. Travers, quien evidentemente desciende en línea directa de las mellizas Quetetraten. Pero esas preguntas han de quedar eternamente sin respuesta.

En cambio, deseo formular esta otra pregunta: ¿por qué la representación Misericordia-y-Justicia de Kingsley es femenina?

Resulta que la mujer de dos caras de Kingsley que imparte justicia, tiene antepasados lejanos. Me gustaría dar, con un hiperimpulsor al estilo *Star Trek*, uno de esos saltos en el tiempo y en el espacio y luego retroceder y retroceder miles de años a Oriente Próximo. Estoy siguiendo la pista de una imagen pintada y de una constelación. La constelación es Libra, las pesas o la balanza, y rige, como el signo zodiacal, del 23 de septiembre al 22 de octubre. Una explicación de su nombre es que, a la hora del equinoccio de otoño, cuando el día y la noche tienen la misma duración, alza una balanza, que es un instrumento para medir equivalentes. Otra interpretación, más discutible, es que aparecía en el tiempo de la cosecha, cuando los granjeros pesaban la producción para venderla en el mercado.

Pero, lo más probable es que tuviera otro origen. En acadiano, un antiguo idioma semita que hablaban, entre otros pueblos, los asirios, esta constelación se denominaba *zibanitu*, que significa «las pinzas del escorpión», porque salía antes que la constelación de Escorpio y los asirios creían que se trataba de su parte delantera. Pero *zibanitu* también podía significar una balanza: la forma que tiene un escorpión patas arriba es parecida a la que tenía este instrumento en la Antigüedad. La constelación se conoce hoy como Libra, una palabra latina que significa «pesas o balanza». Se la representa generalmente como —adivinen— una balanza que consiste en una cruz suspendida de un brazo central, o cadena, con un platillo que cuelga de cada extremo de la cruz. Es el

único signo zodiacal que no es un animal o una persona, aunque en sus representaciones más frecuentes quien la sostiene sea una mujer joven, identificada a menudo como Astrea, la hija de Zeus y Temis. Temis y Astrea eran diosas de la justicia. A Astrea también se la conoce como la constelación de Virgo, la virgen. Por eso, en la configuración Virgo-Libra vemos a una muchacha que sostiene una balanza de dos brazos y que representa la Justicia.

El tiempo que media entre Temis y Astrea y la señora Quetetratenaticomotratastealosdemás puede parecer mucho, pero hay más descendientes. Volvemos a retroceder en el espacio y en el tiempo para hallarnos en el antiguo Egipto. Esta vez vamos a la caza de la balanza como un instrumento para determinar el peso. La balanza es uno de los primeros instrumentos articulados que aparecen en el arte pictórico basado en la mitología. Existen numerosas representaciones de balanzas en los «textos de los sarcófagos» encontrados en las tumbas. Estos textos son conjuros grabados sobre los sarcófagos o en rollos de papiro cuya finalidad era ayudar al alma del difunto a hallar su camino, a través del Inframundo egipcio, después de la muerte.

La primera escala del viaje del alma eran las Cámaras de Maati, donde se pesaba el corazón del difunto con una balanza de dos platillos, del tipo de las usadas en el antiguo Egipto para pesar el oro y las joyas. Maati quería decir «Maat doble», no en el sentido del «doble» como el gemelo malvado, sino de dos veces: doble fuerza. Maat era una diosa, representada a veces como dos diosas o un par de gemelas adolescentes, con alas en la espalda y tocadas con plumas de avestruz. Era una de las deidades que presidía el acto de pesar el corazón; las otras eran Anubis, representado con cabeza de chacal, que era quien pesaba, y Toth, con cabeza de ibis, dios lunar y, por lo tanto, tratándose de una sociedad que empleaba el calendario lunar, dios del tiempo. Era también el dios de las mediciones, los números y las aptitudes para la astronomía y la ingeniería, y era, además, un escriba o escribano sobrenatural. En las escenas en las que aparece pesando el corazón, se lo representaba a menudo con su tablilla de cera, preparado en la misma posición del escriba que en la vida real estaba presente en el momento en que se pesaba el oro, dispuesto a tomar nota de los resultados.

A veces se trataba de una Maat en miniatura, sentada en uno de los platillos de la balanza, pero con frecuencia la figura era su pluma —la pluma de Maat—, la que se usaba para compararla con el peso del corazón del difunto. Si el corazón pesaba lo mismo que Maat, el difunto podía seguir su viaje hasta la etapa siguiente, encontrar a Osiris bajo la forma de dios del

Inframundo y fundirse con él. Allí, en el Inframundo, se le asignaría un lugar y la posibilidad de renacer. (La parte interior del sarcófago egipcio se conocía como «el que engendra» y la tapa del sarcófago como «el huevo», sobreentendiéndose que uno podía salir del cascarón de la muerte, como un pajarito).

Pero si el corazón era más pesado que la pluma, el difunto era arrojado a las fauces de una deidad con cabeza de cocodrilo, muy desagradable, que se lo comía. Como sucede en casi todas las mitologías o religiones, había una alternativa para evitar tan horrible momento: uno podía fortalecer su corazón por adelantado, con conjuros especiales, para evitar que éste fuera a comportarse como un alcahuete. Era de suponer que el corazón estaba dispuesto a cooperar, puesto que lo mejor para ambos era que omitiera mencionar las malas acciones que el difunto había cometido en vida: a ninguno de los dos le interesaba que se lo comiera un cocodrilo. Por otra parte, cabía la posibilidad de que el corazón tramposo delatara al difunto. Seguramente esta incertidumbre fue la que convirtió la dramática escena de pesar el corazón del difunto en un tema fascinante sobre el que mucho especularon los antiguos egipcios.

Lo interesante es que ya en tiempos tan remotos se pensara que el corazón absorbe los efectos de las buenas y las malas acciones, como el retrato canalla de Dorian Gray. No es el corazón el que recuerda nuestros más y menos morales: es el cerebro. Pero nos cuesta creerlo. A nadie se le ocurre enviar para San Valentín una tarjeta con un cerebro atravesado por una flecha, ni tampoco decimos, cuando fracasamos en el amor: «él me ha roto el cerebro». Quizá porque, por más que el cerebro esté en la torre de control, sentimos que es el corazón el que reacciona a nuestras emociones, como en *Be still my beating heart* [Estate quieto corazón]. (No cerebro).

¿Por qué se utilizaba a Maat como el contrapeso del corazón? Maat era una diosa, pero no tenía una función ni un área de influencia específicas, como la escritura, la fertilidad o la cría de animales: era mucho más importante que todo eso. El término *Maat* significaba verdad, justicia, equilibrio, los principios que rigen a la naturaleza y al universo, la progresión inmutable del tiempo: días, meses, estaciones, años. Significaba también el buen comportamiento de los individuos con los demás, el orden social correcto, la relación entredós vivos y los muertos, las normas de conducta morales, justas y verdaderas, la manera como se supone que son las cosas: todas estas nociones cabían en esta breve palabra. Su opuesto era el caos

físico, el egoísmo, la falsedad y la mala conducta, es decir, cualquier clase de trastorno del orden divino de las cosas.

La noción de que existe un principio de equilibrio subyacente en el universo con arreglo al cual deberíamos actuar es prácticamente universal. En la cultura china es el Tao o Camino y en la cultura de la India es la rueda de la justicia kármica. Si no es en este mundo, será en el próximo, y si no es ahora, será en el futuro, pero la ley cósmica de reciprocidad del TOMA Y DACA velará por que recibamos bien a cambio de bien y mal a cambio de mal.

Hasta en las sociedades chamánicas de caza-recolección había un camino recto que se debía seguir; no seguirlo alteraba el equilibrio del reino de la naturaleza y el resultado era el hambre: si el cazador no trataba con respeto a los animales que mataba, es decir si mataba grandes cantidades y no les daba las gracias por ofrecerse como alimento, y no compartía la caza de manera equitativa, como lo exigía la costumbre, la diosa de los animales impedía que los animales se acercaran al cazador.

El dios protector de los animales y de la caza era inequívocamente femenino. Los antiguos griegos adoraban a Artemisa, la del arco de plata; la consideraban la Guardiana de los Animales. Hubo muchas diosas celtas relacionadas con los animales salvajes: entre los inuit del norte de Canadá, Nulialiut era la temible diosa submarina que daba o retenía las focas, las ballenas y las morsas, según como se comportaran los hombres, si eran virtuosos o no lo eran. A comienzos del Neolítico existía la creencia de que las mujeres concebían solas a sus bebés, por lo tanto tenía sentido que el control de la fecundidad de los animales salvajes estuviera a cargo de una deidad femenina. Esta persona no era una chica pudorosa: podía ser feroz y cuando se enfadaba era implacable.

Sin embargo, en la época en que empezaron a elaborar y a poner por escrito sus mitologías, los antiguos egipcios ya eran agricultores: no dependían de los animales salvajes sino del ganado y de las cosechas. Por eso, si bien contaban con un determinado número de dioses con cabeza de animal, estos animales casi nunca eran presas de caza salvajes sino animales domesticados, como las vacas. Una excepción fue Sejmet, la diosa con cabeza de leona —su nombre significa «la que es poderosa»—, encargada de una lista de cosas a simple vista desconcertante: por un lado guerra y destrucción, plagas y tormentas violentas, y por otro, médicos, curaciones y protección del mal. Esta lista de doble filo adquiere sentido una vez que sabemos que Sejmet también era la defensora de Maat, de manera que sus actos de destrucción tenían por objeto vengar agravios y restablecer el equilibrio de las cosas. Ella

es TOMA Y DACA en acción, a diferencia de Maat, que no realiza acciones, sino que es el patrón con el que estas acciones se miden.

Sejmet era, como Maat, hija de Ra, el dios del sol, el dador de vida, que creó el mundo al nombrarlo. También se conocía a Sejmet como «el ardiente ojo de Ra», una diosa capaz de ver la injusticia y luego freiría. (Esta noción existe, también, en el Antiguo Testamento. El ojo de Dios que todo lo ve se fija por lo general en las malas acciones antes que en las buenas). Pero Sejmet parece haber circunscrito sus actividades a esta vida mientras que Maat está presente en todas partes. Ella era el *sine qua non*, aquello sin lo cual nada podía existir. Por eso, durante el juicio *post mortem*, el peso del corazón se comparaba nada menos que con la suma total del orden del universo.

Nosotros, en general, pensamos que somos los herederos filosóficos de los antiguos griegos, de los romanos y de los israelitas, pero no de los antiguos egipcios, cuando, en realidad, para nosotros la tradición griega de justicia divina es en cierto modo más confusa y ajena que la egipcia. Los griegos disponían de varias diosas consagradas a la justicia, pero la principal era Temis. Su nombre, que significa «orden», representaba algunas de las ideas que representaba Maat. Fue una Titánide, un miembro del grupo de gobernantes sobrenaturales más antiguos que moraban en la región más cercana a la Tierra. Los Titanes fueron derrocados por Zeus y los dioses del Olimpo, pero Temis superó la transición y se le otorgó un sitio en el Olimpo. Era una profetisa infalible y debía sus poderes a su capacidad para examinar los patrones del universo. Ciertos relatos le atribuyen una hija de Zeus, llamada Diké o Justicia, una justicia que no es la del correcto equilibrio de los egipcios sino más bien la del castigo. Diké era bastante agresiva y en las pinturas de los vasos aparece a veces pegando a la gente con un mazo.

Existía otra clase de justicia representada por la diosa Némesis. Némesis era considerada comúnmente una diosa de la redistribución, pero su nombre significa algo así como «la que da lo que se debe»; era, en realidad, una diosa que borraba las diferencias o equilibraba la distribución de la buena y la mala fortuna. Se la representaba con la rueda de la fortuna, una espada y un azote hecho con ramas, como la vara de abedul de la señora Quetetratenaticomotratastealosdemás. Una tercera diosa de la justicia fue Astrea, otra hija de Temis. Su justicia se parecía más a la de Maat: una justicia de la verdad, la buena conducta y las cosas como deben ser. Pero, como los hombres sé volvieron demasiado débiles, ella no pudo seguir sobre la Tierra y se convirtió en la constelación Virgo, la misma que antes mencionamos y que sostiene los platillos de la balanza celestial.

La regla de las religiones es: toma lo que necesites de la religión anterior a la tuya, incorpora esos aspectos a tu propia religión y tira o demoniza todo lo demás. La diosa romana de la justicia se llamaba Iustitia; sus atributos eran la balanza de Astrea y la espada de Némesis, que tal vez perteneció a Shamash, el dios solar de la Mesopotamia, que contaba con las pesas para medir la justicia y con la espada para aplicarla. A Iustitia también le pusieron una venda en los ojos para que no influyera en ella la clase social de los acusados; a veces le ponían una antorcha que simbolizaba la luz de la verdad, y otras, el haz de varillas romano —los *fasce*— que denotaba la autoridad civil. Como sólo tiene dos manos no puede llevar ambas cosas a la vez. Por eso, cuando la vemos representada en las fachadas de los edificios de los tribunales europeos y norteamericanos es porque tuvo que escoger entre estos dos objetos. Por lo general es la balanza y la espada.

Iustitia heredó, pues, un montón de accesorios de los dioses y de las diosas que la precedieron, pero no se la concebía como la que juzgaba a las almas de los difuntos. En cambio, presidía los tribunales y pesaba, no los corazones, sino las evidencias que le presentaban. En la época romana, sin embargo, fue más una figura alegórica que una temida diosa sobrenatural. Los antiguos egipcios creían de verdad que existía una Maat y especialmente que existía una Sejmet, y que la intervención de estas deidades podía tener graves consecuencias, tanto en esta vida como en la otra. Pero Iustitia es una estatua que representaba un principio: la justicia que ella representaba era la que administraban los seres humanos en los tribunales de los hombres, de conformidad con los códigos jurídicos que ellos mismos habían concebido.

Así era la justicia en esta vida, pero ¿y en la otra? La vida después de la muerte, tal como la describieron los griegos y los romanos, no era ni muy agradable ni muy coherente; una suerte de juicio a las almas, con recompensas y castigos, tenía lugar en sus tenebrosos inframundos. No obstante, estar muerto no era algo precisamente divertido: como le dijo Aquiles, el héroe muerto, a Odiseo, que llegó de visita, vivo, en la *Odisea*: es mejor pasar un solo día en la Tierra como el más miserable de los esclavos que ser el rey de los muertos. Algunas personas eran castigadas en la otra vida, es cierto, pero no había para los virtuosos nada semejante a un auténtico jardín de las delicias: no había jardines, ni arpas, ni vírgenes en esos paraísos. Los campos de asfódelos eran aburridos de tan monótonos. En cuanto a lo que ocasionaba la fortuna o la desgracia de los hombres sobre la Tierra, era asunto de las Parcas, y no había un dios que pudiera oponerse a ellas. Los antiguos griegos aplicaban con dureza el modelo toma-y-daca cuando de devolver el

mal se trataba —el mal engendraba el mal—, peto no se mostraban muy entusiastas cuando de lo que se trataba era del bien: lo más que podías esperar como recompensa por tu buena acción era ser transformado en un árbol.

Es preciso dar un salto en el tiempo y llegar al cristianismo para encontrar algo parecido a la noción egipcia de pesar el corazón y al concepto de Maat. Las ideas contenidas en la expresión Maat son similares a las que sugiere la palabra griega *logos*, o, por lo menos, a cómo se usaba esta palabra en ciertos casos. Logos no es ni una rueda, ni una balanza, ni un camino, sino una palabra, mejor dicho, *la* palabra. Entra en el cristianismo a través del famoso versículo con el que se da comienzo al Evangelio de San Juan: «Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios». Pero el Logos no es una palabra antigua; es una palabra similar a Maat. Es a la vez un dios y una palabra, una que comprende el fundamento moral, justo y verdadero de todo lo que existe.

El cristianismo no cuenta con esta clase de diosas. Tiene algunas santas, y muchas de ellas aparecen representadas sosteniendo las partes seccionadas de sus cuerpos, pero, si bien pueden ayudarnos a encontrar marido, a tocar el piano o hallar objetos perdidos, no tienen poderes importantes. La más poderosa es la Virgen María, pero lo único que ella puede hacer es interceder por nosotros: no realiza actos de redistribución cual leona devastadora.

Sin embargo, en vez de dioses menores, el cristianismo tiene ángeles. Ninguno es explícitamente mujer, por más que generalmente lleven el pelo largo y sean lampiños. El día del Juicio Final, Cristo, como Osiris, preside el gran cuadro, pero el encargado de pesar el alma es el arcángel san Miguel. Tiene alas, como Maat, y a menudo se lo representa con una balanza. Además, ha heredado la espada de la justicia romana. Hay, como en las escenas egipcias que representan el momento de pesar el corazón, un escriba que toma nota —el ángel Gabriel, «el ángel que toma nota», el que mantiene al día el libro de contabilidad de Dios—, y son esos datos los que se presentarán en el Juicio Final.

Y mucho antes, quizá: si el Cielo estuviera reunido ahora mismo, Lázaro, pobre y miserable durante su vida terrenal, estaría mirando por la reja celestial a Dives, el hombre rico, que está friéndose y crepitando allá abajo; de este modo se equilibran los libros contables de la felicidad y del sufrimiento.

La religión musulmana también cuenta con una balanza de la justicia del Juicio Final, el *mizan* —sirve para comparar el peso de las buenas acciones con el de las malas—, y los ángeles llevan dos libros en lugar de uno: Raqeeb lleva el de la derecha, que corresponde a las buenas acciones, y Ateed, el de la

izquierda, que es el de las malas acciones. Con ellos y sus documentos en mano no tendrá cabida la acostumbrada excusa de los políticos: «No me acuerdo».

Desde las diosas egipcias Maat y Sejmet a la diosa romana Iustitia, al arcángel Miguel, a la señora Quetetratenaticomotratastealosdemás, hay un largo camino, pero, si es verdad que los seres humanos no crean nada a menos que sea una variación de los módulos de comportamiento humano dispuestos sobre sus *smörgåsbörd Homo sapiens sapiens*, entonces cada uno de estos seres sobrenaturales es una manifestación de ese módulo interior del que hemos hablado antes: el que llamamos «justicia», «compensación» o «altruismo recíproco». Cosechamos lo que sembramos, o eso es lo que nos gustaría creer. Y no sólo eso, sino que alguien o algo se encarga de equilibrar los resultados.

Las representaciones de la justicia sobrenatural que he mencionado hasta ahora son, con excepción de la cristiana y la musulmana, todas femeninas. ¿Por qué? Se podría decir que pertenecen, al igual que las diosas primitivas, como Maat y Temis, al período de las Diosas Madre en Oriente Próximo, o que descienden de ellas. Durante este período, la deidad máxima era femenina y estaba identificada con la Naturaleza. Al período de las Diosas Madre siguieron varios miles de años de rigurosa misoginia, durante los cuales los dioses reemplazaron a las diosas y las mujeres fueron subordinadas y degradadas. Pero las representaciones femeninas de la Justicia no desaparecieron. ¿Cómo se explica esta permanencia?

Si fuéramos primatólogos diríamos que, entre los chimpancés, las matriarcas más viejas son a menudo las más influyentes: el macho alfa se mantiene en el poder sólo si ellas lo respaldan. Esta tendencia es aún más notoria entre los monos gelada de las tierras altas de Etiopía, donde las familias de estos primates están formadas por grupos de hembras estrechamente vinculadas, sus crías y el macho que han elegido, que actuará como el hombre de la casa mientras ellas no decidan lo contrario. Si fuéramos antropólogos podríamos referirnos a las ancianas de los grupos de cazadores-recolectores como los iroqueses, cuya palabra contaba mucho en el momento de descuartizar a un animal para repartirlo entre las familias, pues, no sólo eran muy versadas en lo concerniente al nivel social de los parientes, sino también en materia de necesidades familiares. Si fuéramos freudianos podríamos hablar del desarrollo psíquico del niño: el primer alimento

proviene de la madre, lo mismo que las primeras lecciones sobre justicia y castigo y distribución equitativa de los bienes.

Sea cual fuere la razón, Justicia sigue llevando faldas, al menos en la tradición occidental, lo cual explicaría el apego que tienen los jueces de nuestra Corte Suprema canadiense a sus preciosas togas rojas y a sus pelucas.

Me gustaría dar un salto más, estilo *Star Trek*, en el tiempo y en el espacio y remontarme a una obra que conmemora el momento en que la función de impartir justicia, que competía a los poderosos seres femeninos sobrenaturales, fue transferida a lo que era —y seguiría siendo durante mucho tiempo— un sistema de tribunales de justicia predominantemente masculino. La obra es *Las Euménides*, la tercera de la trilogía conocida como la *Orestíada*; su autor, Esquilo; el lugar, Atenas, y la fecha de presentación el año 458 a. C., durante el período de la historia griega que llamamos «clásico».

La trama de la obra se desarrolla en el remoto período legendario —la era micénica/minoica— y tiene que ver con las secuelas de la guerra de Troya. En la primera obra de la trilogía, el rey Agamenón, a su regreso de la guerra de Troya, es asesinado por Clitemnestra, su esposa, quien de esta manera venga la muerte de Ifigenia, la hija de ambos que Agamenón había ofrecido en sacrificio para que un viento favorable sacara sus naves del puerto donde se hallaban inmovilizadas y las empujara rumbo a Troya. En la segunda obra, *Las coéforas*, Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, vuelve disfrazado del exilió, y, empujado por su hermana Electra, mata a su madre. Nos encontramos en pleno odio heredado del modelo «toma-y-daca», cuyas reglas estipula con toda claridad *Lady* Macbeth, de Shakespeare: «La sangre llama a la sangre». Orestes tiene una deuda con su padre y mata a su madre para vengar su muerte.

No obstante, conforme a las arcaicas costumbres preclásicas, el asesinato de la madre era un acto sumamente pecaminoso, mucho más que el asesinato de Agamenón cometido por Clitemnestra, puesto que Agamenón no era su pariente y ella no era su madre. Con este asesinato, Orestes ha contraído otra deuda: su propia sangre es reclamada en pago por las Erinias, o las «enfurecidas», conocidas por los romanos como las Furias. Son las hijas de la Tierra y de la Noche y por eso son más antiguas que los dioses del Olimpo. Son feísimas, salvajes y vengativas. Su función es perseguir a los asesinos de parientes y a los que violan, como Orestes, los lazos de sangre; enloquecerlos y forzarlos al suicidio.

En *Las Euménides*, las Erinias persiguen a Orestes hasta el santuario de Apolo, quien lo ha purificado de la culpa de haber asesinado a su madre, pero

ellas no aceptan este veredicto. Entonces Orestes viaja a Atenas, donde se encuentra la diosa Atenea, pero ésta no se considera capaz de juzgar un caso tan complejo —comparar el peso de la sangre del padre con el de la sangre de la madre— y reúne a un jurado de doce atenienses para tratarlo, reservándose para sí el voto que decidirá el fallo. El jurado se divide y Atenea emite su voto en favor de los padres y los hombres, presentando como prueba el concepto de que los hombres solos generan a sus hijos mientras que las mujeres únicamente los incuban. Ella misma se cita como el principal ejemplo, puesto que salió completamente formada de la frente de Zeus, su único progenitor. (Olvida mencionar la primera parte de su propio mito: si entró en la cabeza de Zeus fue porque antes Zeus se había tragado a su madre embarazada).

Las Furias se avergüenzan del veredicto ateniense: tres antiguas diosas matrilineales de gran poder han sido depuestas por una advenediza mucho más joven que prefiere a los hombres, que nunca ha sido madre y que, para colmo, pretende no haber nacido de madre alguna. Amenazan con arrojar sobre Atenas una maldición de plagas terribles, pero Atenea, entre halagos y subterfugios, las convence de que se queden en Atenas como invitadas. Ellas, les dice, poseen aún magia y poder, y estarán encantadas en sus nuevas habitaciones en una oscura cueva.

Las Furias reciben un nombre nuevo, «las Euménides», o «las benévolas». En la obra, de ser mujeres «totalmente repulsivas» que huelen a animales con colmillos y alas de murciélago y ojos encharcados en sangre, pasan a ser unos seres majestuosos y llenos de gracia, «diosas graves»: una rápida transformación que hace pensar a una mente moderna en las caras que aparecen fotografiadas en las revistas femeninas «antes» y «después» del maquillaje. Así disfrazadas, y presuntamente sin sus colmillos y con sus alas de murciélago ingeniosamente ocultas por un pedazo de tela, las Furias salen de escena en alegre procesión y cantando se dirigen a su confortable santuario subterráneo. Las diosas de la Antigüedad han sido apartadas de la vista, aunque, como señala Atenea, no puede borrarse de un plumazo la posibilidad de pagar la sangre con la sangre, porque la Justicia debe ser siempre reforzada por el Miedo. Ha quedado así establecido el juicio mediante jurado y el imperio de la ley, presentados como más progresistas y más civilizados, y a través de ellos se reconoce el pago de las heridas con otra clase de moneda que no sea la sangre. Se romperá así la larga cadena de venganzas familiares, por la cual una muerte lleva a otra, interminablemente. «Elegiré a los mejores de todos mis ciudadanos —dice Atenea, refiriéndose al tribunal que se propone crear— para todos los tiempos que vendrán. Deberán jurar que nada

que no sea justo guiará su juicio, y deberán dejar bien sentado en qué consiste la verdad de este acto». El tributo pagado a la actuación franca e imparcial en *Las Euménides* es loable. Pero, aunque el antiguo sentido de justicia es una piedra angular necesaria para todo sistema jurídico, no por ello todo sistema jurídico es necesariamente justo. La Atenas clásica aplicó el juicio justo y permitió el ejercicio pleno de las libertades sólo a los ciudadanos atenienses y únicamente a los hombres. Los esclavos y las mujeres estaban excluidos de la ciudadanía y sometidos a leyes rigurosas.

A pesar de ello, y de los milenios durante los cuales las mujeres estuvieron excluidas de los tribunales, como jueces, abogados o jurados —y como testigos adultos creíbles—, la representación alegórica de la Justicia siguió siendo una mujer. Sigue ahí erguida, a las puertas de nuestros tribunales, sosteniendo los platillos de su balanza. Es la sobreviviente de un largo linaje de antepasadas medidas de una balanza.

Hasta ahora me he referido no sólo al principio de justicia, sin el cual no podría existir el sistema de prestar y tomar prestado, y las representaciones femeninas de la justicia, como Maat, Temis, Astrea, Iustitia y las mellizas Quetetraten, dadoras de castigos y recompensas, ideadas por Charles Kingsley, sino también a la historia de las balanzas, esos instrumentos duales que sirven para establecer lo justo comparando el peso de una cosa con otra. En la vida después de la muerte del Antiguo Egipto, se contraponía el peso del corazón a los conceptos de justicia y verdad, que incluían el recto orden del universo y del mundo natural; en el sistema cristiano, el arcángel Miguel compara el peso del alma con el de sus acciones; y, remontándome a la libreta que yo tenía de pequeña, los débitos en rojo se contraponían a los créditos en negro y el número resultante era llamado «balance». La balanza del Antiguo Egipto comparaba los más y los menos morales, como la del arcángel. Sin embargo, el balance del banco se ocupaba sólo de números, aunque se consideraba que estaba muy mal quedarse en números rojos: mal para uno, que también estaba mal.

En el capítulo siguiente, «Deuda y pecado», me propongo plantear estas preguntas: ¿es moralmente malo ser deudor? ¿Es un pecado? Y si lo es, ¿cuán pecaminoso es y por qué? Y, puesto que un deudor es la mitad de una fraternidad de mellizos —el otro mellizo es el acreedor—, mi otra pregunta será: ¿es también pecado ser acreedor?

2
Deuda y pecado

«La deuda es la gordura actual», me dijo alguien recientemente. Lo que me llevó a pensar que, hasta no hace mucho tiempo, la gordura era el fumar-cigarrillos, y antes de eso el fumar-cigarrillos era el beber-alcohol, y mucho antes el beber-alcohol, era el ir-de-putas. Luego ir de putas es la deuda actual. Y así, girando en círculo. Lo que todas estas cosas tienen en común es que hubo épocas en que cada una de ellas fue considerada el peor de todos los pecados, pero luego vino otra época en la cual se pensó que, aunque no fueran totalmente inofensivas, estaban de moda. No he mencionado las drogas alucinógenas, pero vienen al caso.

Ahora, por lo que parece, entramos en un período en el que la deuda ha dejado de ser algo inofensivo y está de moda y vuelve a ser un pecado. La televisión ofrece programas sobre la deuda con esas resonancias religiosas que tan bien conocemos. Se presentan personas que nos cuentan sus orgías de adicción a las compras, durante las cuales no sabían lo que les sucedía y todo estaba desdibujado. También escuchamos a los que, llorando a mares, se confiesan agotados por sus noches de insomnio durante las cuales se preguntan sin cesar por qué se endeudaron sin remedio y acabaron recurriendo a la mentira, al engaño, al robo y a la circulación de cheques en descubierto entre distintas cuentas bancarias. Hay testimonios de familias y de sus seres queridos, cuyas vidas han sido destruidas por la conducta nociva del deudor. Seguidamente, asistimos a las amonestaciones compasivas, pero también severas, del presentador del programa, que se ha endosado el papel de sacerdote o evangelista para la ocasión. Llega el momento en que los presentes ven la luz y luego se arrepienten y prometen que no volverán a hacerlo nunca más. Se les impone una penitencia —*cortan, cortan*, las tijeras cortan las tarjetas de crédito— y un riguroso régimen de reducción de los

gastos. Por último, si todo sale bien, las deudas son canceladas, los pecados perdonados, la absolución otorgada y un nuevo día amanece, en el cual un hombre más triste pero más solvente, usted, se levanta.

Allá lejos y hace tiempo, las personas tomaban las mayores precauciones para no endeudarse. Hubo varios «allá lejos y hace tiempo»; como ya he dicho, la deuda se pone de moda y después pasa de moda, y el caballero, hoy admirado porque gasta despreocupadamente, mañana será despreciado porque no paga lo que debe. Pero el tiempo en el que estoy pensando fue el de la Gran Depresión. Por entonces, mis padres estaban recién casados. Mi madre tenía cuatro sobres a su disposición, en cuyo interior guardaba el dinero del cheque del salario que mi padre recibía todos los meses. Cada uno de estos sobres estaba etiquetado como *Alquiler*, *Despensa*, *Otras necesidades* y *Distracciones*. Distracciones quería decir las películas. El primero de los tres sobres era prioritario y si no quedaba dinero para poner en el cuarto, en lugar de ir al cine, mis padres salían a caminar.

Mi madre llevó un libro de contabilidad durante cincuenta años. Observo que en los primeros años de su matrimonio —a finales de los años treinta y comienzos de los años cuarenta— a veces contrajeron deudas —quince dólares por aquí, quince dólares por allá— o solicitaron al banco pequeños préstamos —quince dólares por aquí, quince dólares por allá—. No eran cantidades pequeñas, ahora que lo pienso, cuando la cuenta del pan para todo el mes era de un dólar con veinte centavos y la de la leche de seis dólares. Pagaban siempre las deudas dentro de un plazo de semanas o, a lo sumo, algunos meses. A veces aparece una entrada curiosa: «libro», dos dólares con ochenta centavos; «alimentos suntuarios», cuarenta centavos. Me pregunto qué serían esos alimentos suntuarios. Sospecho que eran chocolates; mi madre me contó que cuando podían comprar chocolates, los partían para que los dos pudieran probar todos los sabores. Esto se llamaba «vivir con los medios a nuestro alcance», y, a juzgar por los programas que la televisión consagra a la deuda, es un arte que se ha perdido.

Como el título de este capítulo es «Deuda y pecado», me gustaría recordar el momento en que los relacioné por primera vez. Sucedió en una iglesia, concretamente en la escuela dominical de la Iglesia Unida, a la cual yo insistí en ir, a pesar de las dudas que abrigaban mis padres, preocupados porque yo fuera a enredarme demasiado temprano con las cuestiones religiosas. Pero yo ya lo estaba, puesto que en aquella época, en la región de Canadá donde

vivíamos, había dos sistemas escolares financiados con los impuestos: el católico y el público. Yo estaba en el público, que entonces se consideraba que era protestante, de manera que rezábamos y leíamos la Biblia en el aula, presidida por un retrato del rey y de la reina de Inglaterra y Canadá con sus coronas, medallas y joyas, que nos observaban con benevolencia desde el fondo del aula.

Como teníamos religión en clase, mi diablura de asistir a la escuela dominical era un extra. Como siempre, me empujaba la curiosidad: ¿no aprendería yo más religión en una escuela dominical que en un colegio común y corriente? Probablemente no, como quedó demostrado después: en la escuela ponían especial cuidado en evitar las partes más interesantes de la Biblia, las que tratan de sexo, violaciones, sacrificios de niños, mutilaciones, masacres, canastos llenos de cabezas de niños, los hijos del enemigo, el descuartizamiento de las concubinas y los pedazos de sus cuerpos enviados como invitaciones a la guerra, a pesar de que yo invertía mucho tiempo coloreando ángeles, ovejas y trajes, y cantando himnos que hablaban de dejar una velita encendida en mi pequeño rincón oscuro.

Les sorprenderá saber que gané un premio por aprender de memoria versículos de la Biblia, pero así fue. Memorizábamos, entre otras cosas, el Padrenuestro, que decía: «Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Pero mi hermano cantaba en un coro de chicos anglicanos y los anglicanos decían eso mismo, pero de otra manera: «Perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». La palabra «deuda» —categórica y directa— se adaptaba perfectamente al mosto natural de la Iglesia Unida y «ofensas», en inglés *trespasses*, era una palabra anglicana, crujiente y afectada, que iba bien con beber a sorbos el vino de la comunión y una teología más adornada. Pero ¿significaban realmente lo mismo? No me lo parecía. En inglés *trespassing* era introducirse en la propiedad de otro, especialmente cuando había un cartel que decía *No trespassing*, «Prohibido pasar». Y *debt*, deuda, que uno debía dinero. Pero alguien debió de pensar que eran intercambiables. Una cosa estaba clara, incluso para mi mente infantil confundida por la religión: ni las deudas ni las ofensas eran algo deseable.

Entre los años cuarenta y hoy ha aparecido, de manera providencial, el motor de búsqueda, y hace poco entré en varios foros en la Red en busca de una explicación para la discrepancia entre las dos traducciones de estos versículos del Padrenuestro. Si ustedes hacen lo mismo, descubrirán que John Wycliffe, en su traducción de 1381, usó la palabra *debts* [deudas] y que

Tyndale empleó *trespasses* [ofensas] en su versión de 1526. *Trespasses* reaparece en el *English Book of Common Prayer* de 1549, aunque la traducción de la Biblia del rey Jacobo, de 1611, vuelve a *debts*. La Vulgata en latín emplea la palabra «deuda». Pero es interesante observar que en arameo, el idioma semita que hablaba Jesús, la palabra «deuda» y la palabra «pecado» son la misma. De manera que se lo podría traducir como «Perdónanos nuestras deudas/pecados», o por «nuestras pecaminosas deudas», aunque ningún traductor haya optado por ello aún.

Si siguen buscando en la Red encontrarán unos cuantos envíos a blogs que parecen sermones. Lo que por lo general sus autores dicen es que las deudas y/u ofensas mencionadas en el Padrenuestro son deudas y/u ofensas espirituales. Es decir, son, en realidad, pecados: Dios perdonará los pecados que hemos cometido en la medida en que nosotros perdonemos los pecados que nos perjudican.

Los blogueros sermoneadores nos advierten que no cometamos el ingenuo error de creer que las deudas en cuestión son deudas de dinero. He aquí un pasaje de una entrada del blog de la Iglesia Episcopal Saint James Santee, que es antigua y bonita y está situada cerca de McClellanville, en Carolina del Sur —sé que es antigua y bonita porque hay una foto *on line*— escrita por la pastora Jennie C. Olbrych, que encaja perfectamente en lo que venimos diciendo.

«Esto me hace pensar en el Padrenuestro —dice Olbrych—… recordad que la deuda financiera es a veces una metáfora del pecado: perdónanos nuestros pecados, *ofensas*, deudas a *sí como* nosotros perdonamos a los que pecan, nos ofenden o están en deuda con nosotros…».

> Deber mucho dinero es algo muy típico de esta época: dos trillones y medio de dólares es el monto de la deuda de los consumidores correspondiente al mes de junio de este año… Una familia tipo debe cerca de doce mil dólares en concepto de tarjetas de crédito. Si ustedes son propietarios, sabrán que suscribir una hipoteca o firmar una letra es algo serio… abrumador si piensa demasiado en ello…
>
> En una ocasión, en otra iglesia, vino a verme una pareja en busca de un consejo pastoral… Se peleaban como locos… y en un momento dado les pregunté cuánto era lo que debían… Se habían endeudado con las tarjetas de crédito por una suma cercana a los setenta y cinco mil dólares y sus ingresos anuales no llegaban a cincuenta mil. Estaban sobrepasados por la deuda y no tenían la menor esperanza de poder pagarla… Piensen en lo aliviados que se hubieran sentido si alguien de Master Card, la misma persona que los había estado acosando, los hubiera llamado inesperadamente para decirles… vamos a cancelar esa deuda. Q si alguien hubiera llamado y dicho… el banco va a perdonarles la hipoteca por la casa… o la deuda del préstamo para los estudios… o la deuda comercial… vamos a perdonarla… ustedes probablemente pensarían… es demasiado bueno para ser cierto, no puede ser legal… probablemente se trata de un error del banco… y es probable que esperen y luego vayan a comprobar su saldo… y después llega por correo el resumen del banco… o, mejor todavía, la escritura… libres y limpios… ¡qué fiesta!

> ¿No pondrían ustedes por las nubes a American Express o a Visa o al banco, cubriéndolos de elogios?… Porque la deuda es realmente una forma de esclavitud…
>
> Ahora bien, algunos de ustedes, que son personas prácticas, se dirán: bueno, es una buena idea, pero no puede funcionar desde el punto de vista práctico porque todo el sistema se vendría abajo… si se perdonaran las hipotecas de todos, el sistema bancario colapsaría… alguien tiene que pagar… y razón tienen en pensar así…
>
> Quedar libre de deudas es algo maravilloso, pero más maravilloso es quedar libre de deudas en un sentido espiritual…

Tenemos aquí, en un bonito y compacto ramillete de significados: la deuda financiera como metáfora del pecado; el horror y el peso de estar en deuda; la alegría que experimentaríamos si todas nuestras deudas financieras fueran de repente canceladas; la imposibilidad de que algo así ocurra en la vida práctica, porque «todo el sistema se vendría abajo»; y la noción de que la deuda es una forma de esclavitud. Si relacionamos el final con el principio obtenemos una ecuación aún más clara: la deuda financiera no es solamente una metáfora del pecado, es un pecado. Es una deuda/pecado, como en el arameo original.

Los predicadores actuales se abstienen de decir que lo verdaderamente virtuoso sería que los acreedores quemaran sus libros de registro, pero existen buenas razones para creer que Jesús se refería a que debemos perdonar las deudas financieras así como los demás pecados. No sólo empleó una palabra que para él significaba las dos cosas, sino que conocía muy bien la ley Mosaica, en virtud de la cual se debía proclamar un año sabático cada siete años, en el que todas las deudas quedaran canceladas. «Cada siete años harás la remisión», dice el versículo 1 del capítulo 15 del Deuteronomio; y el versículo 2 dice: «Todo acreedor que haya prestado condonará a su prójimo lo prestado; no lo exigirá ya más a su prójimo, o a su hermano, porque es la remisión del Señor».

¿Por qué, se preguntarán ustedes, en estas circunstancias le prestaría alguien algo a otro? Probablemente porque los préstamos tenían lugar en el seno de comunidades pequeñas. No tenías la obligación de enjugar las deudas que tenían contigo los extranjeros, solamente las de personas pertenecientes al mismo grupo, donde las relaciones con los vecinos eran muy estrechas y duraban toda la vida, y aquel que un año prestaba podía encontrarse al año siguiente en la situación de tener que pedir prestado. Mi madre, que creció en una pequeña comunidad de Nueva Escocia, solía decir: «En un pueblo todo el mundo sabe lo que haces». Era muy importante, en esa clase de lugares, gozar de buena reputación. A nadie le gustaba que los demás fueran a pensar que no devolvía lo que le prestaban, o no conseguiría una taza de harina o un huevo la siguiente vez que los necesitara. Por eso, al final, recibías siempre algo a cambio de una deuda perdonada, aunque no fuera dinero. Por ejemplo,

durante la Gran Depresión a algunos campesinos de Nueva Escocia les sobraba el dinero, pero a mi abuelo, que era el médico local, le pagaban con pollos y leña. Se enfermaron de tanto comer pollo, contaba mi madre, pero al menos nunca pasaron frío.

Jane Jacobs, en su libro *Systems of Survival*, publicado en 1994, plantea la teoría de que los seres humanos adquieren objetos dedos maneras solamente: la apropiación o el comercio. Todo lo que hacemos para acumular entra dentro de estás dos columnas de clasificación, dice Jacobs, y no debemos confundirlas nunca. Tendríamos que ser especialmente cuidadosos e impedir que se coloquen expertos en un área determinada a cargo de otra. Por ejemplo, los policías —a quienes les incumbe la vigilancia de la columna «apropiación», y cuentan con las armas que nosotros proporcionamos a este tipo de vigilantes— no deberían ser además mercaderes, o acabarían practicando sobornos, extorsiones a cambio de protección y otras formas de corrupción.

Sirviéndonos de las dos columnas de Jacobs, bajo «apropiación» podríamos poner la caza, la pesca y la recolección, los saqueos durante una guerra, la conquista de un territorio por la fuerza, el robo, la violación, el sometimiento a la esclavitud de personas y encontrar monedas en la acera o —como a mí me gusta— clips. Bajo «comercio» pondríamos el trueque, comprar y vender, los matrimonios arreglados, los tratados que rigen las normas del mercado, aunque estos últimos sean a veces «apropiación»; en otras épocas se los designaba como la «diplomacia de la cañonera». Cuando leí por primera vez este libro, me obsesioné tratando de detectar las transacciones que no encajarían en este esquema de dos columnas. Al principio pensé en los regalos: por supuesto, uno no se apropia de un regalo ni comercia con él. Pero no, los regalos corresponden a «comercio» porque, aunque un regalo no lleva indicado su precio y está mal venderlo, además de que trae mala suerte, existe una regla: a cambio de un regalo, debes dar, como mínimo, las gracias, y además de ello, debes hacer un regalo, si no lo haces a la persona que te dio el primer regalo, al menos lo haces a otra. Los regalos artísticos funcionan así. El talento artístico nos es concedido o dado —no puede ser comprado—, pero la inspiración, después, la recibimos de otros artistas a través de sus trabajos, y luego nosotros, con suerte, la transmitiremos a otros a través de nuestro trabajo.

Pero ¿qué pasa con pedir prestado y prestar? Es como si pedir prestado y prestar existieran en una zona de sombra —ni «apropiación» ni «comercio»— intercambiando sus naturalezas con arreglo al resultado final. Son como las adivinanzas típicas de los cuentos de hadas: «No llega a mí desnudo ni vestido, ni por el camino ni fuera de él, ni a pie ni a caballo». Un objeto o una suma de dinero prestado no es algo de lo que uno se ha apropiado ni es objeto de un comercio. Existe en una zona de sombra entre los dos: si el interés exigido por un préstamo es usurario, la transacción constituye prácticamente un robo al deudor; si el objeto o el dinero no es devuelto, también, en la práctica, es un robo, pero en este caso el robado es el acreedor. Entonces, es «apropiación», no «comercio». Pero si el objeto es tomado en préstamo y luego devuelto, con una cantidad de interés razonable, entonces no hay duda de que es comercio. La toma de rehenes es una transacción que está en la misma zona de sombra: en parte es robo o apropiación, y en parte comercio.

Existe, sin embargo, otro tipo de trato financiero que es ambiguo: dejar en prenda un objeto que puede ser canjeado o vuelto a comprar al cabo de cierto tiempo. O que no puede volver a comprarse, en cuyo caso quienquiera que detecte dicho objeto está autorizado a quedarse con él. Dejar en prenda es una práctica muy antigua. Por ejemplo, el versículo 6 del capítulo 24 del Deuteronomio dice: «Ningún hombre deberá tomar en prenda las dos muelas de un molino, ni la de abajo ni la de arriba, porque es tomar la vida de un hombre en prenda». La mayor parte del Deuteronomio habla de las leyes que rigen la equidad, leyes que fijan un límite más allá del cual no debe irse. No tomar en prenda la muela de un molino significaba que no podías llevarte algo que un hombre necesitaba para ganarse la vida porque, evidentemente, ese hombre nunca iba a poder pagarte lo que te debía ni recuperar la muela. Por ese motivo, tomar en prenda las principales herramientas de un hombre era algo tan malo como robar. Y si se trataba del molino de una familia pequeña, lo que tú hacías era, literalmente, quitarle el pan de la boca a toda la familia.

Este tipo de transacción por intermediario está aún vigente entre nosotros. Llamamos «empeñar» a dejar en prenda un objeto, y lo hacemos en establecimientos que llevan el nombre de «casas de empeño». Son lugares que huelen a azufre, como todo lo que existe en la zona de sombra entre las categorías que implican riesgos evidentes.

Mi tía Joyce Barkhouse, de Nueva Escocia, tiene noventa y cinco años y me contó la siguiente historia relacionada con una casa de empeño.

Cuando nació mi hermano, a mediados de febrero de 1937, en plena Gran Depresión, había un precio especial el día de San Valentín para hacer por tren el recorrido de Nueva Escocia a Montreal. Costaba diez dólares. Mi tía y una amiga suya juntaron como pudieron cada una diez dólares y viajaron a Montreal para ayudar a mi madre con su hijo recién nacido. Cuando llegaron, mi madre aún se encontraba en el hospital, porque mi padre no había recibido el cheque de su salario del mes y no podía pagar la factura y sacarla del hospital. Los hospitales de aquella época tenían mucho en común con las prisiones para deudores. Por fin, mi padre pudo liberar a mi madre, pero en el pago de la factura —noventa y nueve dólares, según he visto en el libro de contabilidad de mi madre— se le fue todo el sueldo.

En aquella época, mis padres no tenían ni un centavo, y, como mi padre no tenía efectivo de reserva, empeñó su pluma fuente para darle las gracias a mi tía llevándola a comer fuera. (El hecho de que sintiera la necesidad de hacer algo así demuestra que sabía que debía hacer un regalo de gratitud a cambio de un regalo de atención y ayuda, que fue el que mi tía les había hecho). Cuando mi tía y su amiga subieron al tren que las llevaría de regreso a Nueva Escocia, recibieron dos valiosos regalos de despedida: un racimo de uvas y una cajita de bombones de Laura Secord, que fue todo lo que tuvieron para comer durante el viaje. Como no disponían de literas, debieron permanecer sentadas todo el tiempo, lo cual era muy incómodo. Aunque había un hombre que alquilaba almohadas por veinticinco centavos cada una. Lamentablemente, entre las dos, no podían reunir más que cuarenta y ocho centavos, pero le ofrecieron los cuarenta y ocho centavos más dos bombones —haciéndole caídas de ojos, dijo mi tía— y el hombre aceptó. Durmieron, pues, cómodamente.

Cuando oí esta historia de pequeña, me alegré mucho por el éxito que tuvieron en conseguir las almohadas y recordé la lección del procedimiento de regateo: si tú no propones un trato, no hay trato. Pasó el tiempo y cuando empezaron a interesarme las estilográficas, pensé: ¿Qué clase de estilográfica era? Y, considerando el hecho de que mis padres no tenían dinero, ¿cómo podía mi padre poseer una estilográfica tan cara como para que tuviera sentido empeñarla? Mucho más tarde, me maravilló lo barato que era entonces el viaje en tren —hoy con diez dólares apenas te puedes comprar

una botella de agua y unas patatas fritas— y el alto valor que se le asignaba a un racimo de uvas.

Pero, ahora que lo pienso: ¡Mi padre! ¡Ese hombre tan íntegro! ¡Ir a una casa de empeño! ¡Qué incongruente! Por cierto, esta parte de la historia fue contada en un tono delicioso de «calla y no digas nada», como si el episodio del montepío fuera algo vergonzoso —como ir en secreto a ver un *show* con chicas desnudas— y trasgresor —una raya había sido cruzada—, pero también valiente y abnegado: ¡mira lo que estaba dispuesto a sufrir mi padre por hacer lo correcto!

Cuando yo era muy joven creía que las casas de empeño tenían algo que ver con el ajedrez: eran lugares donde uno podía comprar «peones» para reemplazar los que siempre desaparecían detrás de los cojines del sofá. Pero no es así. El «pawn» del ajedrez proviene de «peón» o campesino. Los peones son los soldados de infantería; los sacas y sacrificas los primeros porque valen relativamente poco. El *pawn* de los *pawnshops* proviene de una palabra que significa «prenda»; dejas algo en la casa de empeño y el propietario del establecimiento te da un poco de dinero y un papelito con un número, y tú, después, puedes volver a «desempeñar» o comprar de vuelta tu propio objeto presentando el tíquet y abonando la suma original, más una cantidad por el uso del dinero y el costo de la transacción. Pero si no regresas llevando el dinero dentro del plazo establecido, pierdes el derecho a comprar tu artículo y éste, entonces, pasa a ser propiedad del prestamista quien podrá venderlo y quedarse con la ganancia.

Hay opiniones controvertidas en cuanto a las razones por las que, en la época en que mi padre fue a empeñar su estilográfica, las casas de empeño tenían pésima reputación. Como sucede con todo lo que se puede enfocar desde dos perspectivas distintas e implica el equilibrio entre ambas —una balanza para pesar el alma con respecto a la pluma de la verdad, una disputa sobre el asesinato de la madre en oposición al asesinato del padre, un ángel que anota las buenas obras y otro las malas, tu presupuesto mensual y los buenos y malos resultados de las casas de empeño— es difícil obtener dos enfoques exactamente iguales.

La existencia de las casas de empeño se remonta a la época clásica de Grecia y Roma y, en Oriente, al año 1000 a. C. en China. La opinión negativa que se tiene de ellas viene de su reputación como último recurso de los menesterosos y la sospecha de que los ladrones depositaban allí sus

mercancías robadas: robas algo, vas y se lo vendes al prestamista y después nunca vuelves a recogerlo. Había otro truco: un hombre, que tenía la intención de ir a la quiebra y largarse de la ciudad, podía comprar mercancías a crédito, empeñarlas y luego marcharse con el dinero.

Su lado positivo es que los prestamistas son bienhechores y están contentos de ayudar a los que no son ricos, una suerte de banqueros de los pobres: los franciscanos de la Edad Media y los monjes budistas de la antigua China organizaban operaciones de empeño en beneficio de los pobres. Estos prestamistas facilitaban pequeñas sumas a aquellos que, sin las suficientes garantías, no podían solicitar un préstamo a los organismos de préstamo más pomposos. Eran, en efecto, microfinancieros. San Nicolás es el santo patrono de los prestamistas. Existe una leyenda, conmovedora, según la cual el santo provee las dotes de tres chicas pobres que, sin ellas, no pueden casarse. Y las dotes son tres bolsas de oro. Por eso vemos tres bolas de oro que cuelgan en la fachada de las casas de empeño de Occidente. (En China no son tres bolas de oro sino un murciélago de la buena suerte. Pero ésa es otra historia).

Nada que ver con la otra leyenda sobre san Nicolás —que baja por la chimenea los 25 de diciembre con una bolsa llena de todo lo que birló en la casa de empeño. Sin embargo, es cierto que en el siglo XIX la expresión coloquial «Oíd Nick» —el Diablo— está relacionada directamente con san Nicolás. Hay otras pistas. Observad el traje rojo en los dos casos; observad la vellosidad y la asociación con la combustión y el hollín. Obtenemos la expresión popular «to *nick*», que significa «robar», de… Pero me estoy apartando del tema, hago sólo una pausa para añadir que san Nicolás, así como es el patrono de los niños —esas criaturas mágicas, como duendes con los dedos pegoteados, y escaso sentido de los derechos de propiedad de los demás—, es también el santo patrono de los ladrones. San Nicolás se halla siempre apostado junto a un enorme botín, y cuando se le pregunta dónde lo consiguió, contará una historia inverosímil sobre unos labradores que no eran humanos y trabajaban duramente en un lugar que él, eufemísticamente, llama su «taller». ¡Cuéntame otra!

Por lo que se refiere a las tres bolas doradas, la historia de las dotes es muy bonita, pero existe otra versión, con más fundamento, según la cual las bolas formaban parte del escudo de armas de los Medici, que eran muy ricos, y que luego fueron adoptadas por la Casa de los Lombardi, unos banqueros y prestamistas que deseaban que la gente creyera que eran muy ricos, y, como esta primera forma de publicidad sugestiva y de magia receptiva funcionó de maravilla, muy pronto *fueron* muy ricos.

Lo primero que, entre otras, las personas pudieron empeñar fue a otras personas. El Código de Hamurabi, de la Mesopotamia, que cabe fechar en torno al año 1752 a. C., es un conjunto de enmiendas a las leyes vigentes, lo cual significa que la legislación sobre deudas propiamente dicha es mucho más antigua. Leyendo este código, nos enteramos de que un hombre endeudado podía empeñar a su mujer y a sus hijos, a sus concubinas, a los hijos de éstas y a sus esclavos, en calidad de esclavos por deuda, a un mercader a cambio del dinero para reembolsar su deuda; o podía vender a los miembros de su familia al contado. En este último caso, no podía redimirlos: seguirían siendo esclavos toda la vida. Pero si los dejaba en prenda para obtener un préstamo y devolvía ese préstamo dentro del plazo establecido, los esclavos por deuda le eran restituidos. También podía —si estaba realmente desesperado— venderse a sí mismo por una deuda, en cuyo caso lo más probable era que permaneciera esclavo, porque nadie iría a redimirlo.

La esclavitud por deudas de ninguna manera pertenece al pasado remoto. Piensen en la India actual, donde un hombre puede ser virtualmente un esclavo por una deuda toda su vida. Muchos llegan a esta situación después de haber tenido que dar dotes. Piensen, además, en el contrabando de inmigrantes ilegales de Asia a América dél Norte: a la persona víctima de contrabando se le dice que debe trabajar sin sueldo por el resto de su vida a fin de devolver el costo de su viaje. En el siglo XIX, en las aldeas mineras de Europa septentrional, la tienda de la Compañía ocupaba el lugar del propietario de esclavos: los mineros estaban obligados a comprar su comida y todo lo necesario para vivir en la tienda, donde estas cosas costaban más de lo que los mineros podían llegar a ganar con su trabajo.

En *Germinal*, la célebre novela de Émile Zola, cuyo título se refiere al mes de abril, según la nueva denominación de los meses del año impuesta por la Revolución francesa, el autor describe este sistema en sus detalles más sórdidos y crudos. El gerente de la tienda es un malvado que considera el sexo una mercancía —una visión tan vieja como el mundo—, y se cobra las deudas sirviéndose de las esposas e hijas de los mineros para sus lascivos propósitos. Les agradará saber que hay una escena famosa de rebelión en la que las esposas y las hijas se vengan y ensartan en un palo los órganos genitales del propietario de la tienda llevándolos en procesión triunfal por las calles: una forma de entretenimiento vulgar, lo reconozco, pero en aquella época no había televisión. Otra de las formas de esclavitud por deudas del siglo XIX era la que practicaban las personas que alquilaban vestimenta y habitaciones a las

prostitutas, o los que regentaban burdeles en los que la comida y la ropa de las chicas eran cargadas a una cuenta corriente que ellas nunca podían amortizar. Todavía hoy existe algo parecido, pero a la cuenta corriente se ha añadido el costo de las drogas adictivas. Estos medios de mantener a las personas sujetas a tu voluntad y trabajando a cambio de un salario de mera subsistencia son recetas que conducen a la desesperación: son una rueda de molino pesadillesca de la que nunca podrás librarte.

Por la época en que fue escrito el Código de Hamurabi, hacía mucho tiempo que existía la esclavitud. ¿Dónde se originó? Gerda Lerner, en *La creación del patriarcado* —por «patriarcado» no se entiende el papá genial sentado a la cabecera de la mesa trinchando la carne asada del domingo, sino el sistema por el cual el hombre tenía derecho a tratar a su esposa, o a sus esposas, e hijos como si fueran de su absoluta propiedad y pudiera disponer de ellos según su voluntad, como sillas o mesas—, dice lo siguiente: «Hay muy pocas fuentes históricas sobre el origen de la esclavitud, y las que hay son especulativas y difíciles de evaluar. La esclavitud se encuentra rara vez, si es que se encuentra, en las sociedades cazadoras/recolectoras, pero aparece en regiones y períodos muy lejanos, unos de otros, con el advenimiento del pastoreo y, posteriormente, de la agricultura, la urbanización y la formación del Estado. La mayoría de las autoridades en la materia ha llegado a la conclusión de que la esclavitud es consecuencia de la guerra y de la conquista. Las fuentes de la esclavitud generalmente citadas son: captura durante la guerra; castigo por un delito; venta por parte de los miembros de la familia; venta de uno mismo para pagar una deuda; y servidumbre por deuda… La esclavitud sólo podía producirse allí donde se daban ciertas condiciones: tenía que haber excedentes de alimentos; había que disponer de los medios para someter a los prisioneros recalcitrantes; debía existir una distinción (visual o conceptual) entre ellos y sus esclavizadores». Lerner prosigue afirmando que los primeros esclavos fueron mujeres, porque podían ser controladas más fácilmente que los varones, y que a éstos, en cambio, los mataban aplastándoles la cabeza o empujándolos al vacío desde una roca, hasta que a alguien se le ocurrió la inteligente idea de dejarlos ciegos (así nos llega Sansón Agonista, en el poema homónimo de John Milton: «… ciego en Gaza, en la muela, con los esclavos»).

Sansón es un héroe del Antiguo Testamento, cuya fuerza, que Dios le ha dado, depende de que no divulgue su secreto: la perderá si le cortan el pelo. Y es una mujer traidora quien se lo corta —esas mujeres son incapaces de mantener un secreto, a través de ellas se cuela todo—; no les cuenten nada, a

menos que quieran que los vecinos se enteren. Pero Sansón se redime de sus enemigos y torturadores —vuelve a comprar la libertad de su alma— al precio de su propia vida. Qué fascinante es decir que una persona «se redime» cuando es culpable de un acto vergonzoso y lo compensa después con otro bueno o noble. Existen los montepíos del alma, según parece, donde es posible mantener cautivas a las almas y luego, acaso, redimirlas. De esto, precisamente, les voy a hablar ahora.

En primer lugar, una manifestación curiosa de este montepío del alma: el Comedor de Pecados. La costumbre de comer pecados aparece en una novela de Mary Webb, de 1924, *Precious Bane [Precioso tósigo*], tituló extraído del Libro I del *Paraíso perdido* de John Milton. Después de su caída del Cielo al Infierno, Satanás envía una expedición minera:

> A poca distancia se elevaba una colina, cuya horrible cima exhalaba sin cesar fuego y columnas de humo, mientras el resto de la ladera brillaba con una capa lustrosa, señal indudable de que en sus entrañas se ocultaba una sustancia metálica, producida por el azufre. Por allí en alas del viento se precipita una falange numerosa, semejante a las escuadras de peones que, armados de picos y azadones, se esparcen por los caminos para construir una trinchera o levantar un parapeto. Mammón la conduce; es el menos altivo de los espíritus caídos del cielo, pues aun en éste sus miradas y pensamientos se dirigían siempre hacia abajo, admirando más las riquezas del suelo celestial, donde se pisa el oro, que cuantas cosas divinas o sagradas se gozan en la visión beatífica. Él primero, y luego los hombres guiados por sus indicaciones, saquearon el centro de la tierra, y con impías manos arrancaron a su madre las entrañas para apoderarse de tesoros que valdría más que estuvieran ocultos para siempre. Abrió en breve la gente de Mammón un ancha brecha en la montaña, y extrajo de lo profundo grandes porciones de oro. ¿Por qué hemos de admirarnos de que se reproduzcan las riquezas en el infierno, si sus senos son los más adecuados para tan precioso tósigo?

Así sabemos, por su título, que uno de los temas de *Precious Bane*, la novela de Webb, es la obsesión destructora de los ricos. Está ambientada en el siglo XIX, en Shropshire, donde subsisten todas las viejas costumbres. El padre de Gideon Sarn murió de un ataque al corazón, con las botas puestas, algo no muy afortunado pues se suponía que había muerto «lleno de ira, con todos sus pecados encima», como Hamlet quiere que muera Claudio, su padrastro asesino. Puedes cancelar tu deuda de pecados mediante un verdadero arrepentimiento, pero si no has tenido tiempo para ello, estás frito. Es entonces cuando necesitas al Comedor de Pecados. El narrador explica:

> Todavía era costumbre, en esa época y en la región del país donde vivíamos, darle una suma de dinero a un hombre pobre cuando alguien se moría, y entonces él cogía el pan y el vino que le alcanzaban por encima del ataúd, y comía y bebía al tiempo que decía: «Yo te doy ahora alivio y

descanso, querido hombre, para que no camines por los campos ni por los apartados senderos. Y en aras de tu paz, yo empeño mi alma».

Y con mirada serena y grave regresaba a su sitio. Mi abuelo solía decir que los Comedores de Pecados eran mayormente como los Sabios o estratos de espíritus, y que habían sucumbido en los días malos. O que era una pobre gente que, mediante una acción siniestra, habían salido de la amable vida de los hombres y nadie más quería tratar con ellos, y por eso su única comida muchas veces era el pan y el vino que les alcanzaban por encima del ataúd. En nuestra época ya no quedaba ninguno en Sarn. Prácticamente se habían extinguido y había que mandar a buscarlos a las montañas. Era mucha distancia y el precio que pedían era alto; ya no lo hacían gratis como en los viejos tiempos.

En *Precious Bane*, quien actúa como Comedor de Pecados es Gideon, el hijo del muerto. Lo hace para adueñarse de la granja familiar y trabajarla de manera de llegar a ser rico y dominar a todos. Pero comer los pecados le trae mala suerte. Hace la siguiente descripción del momento en que el Comedor de Pecados bebe el vino: «Cogió el vasito de estaño lleno de oscuridad…». Oh, oh, pensamos, nada bueno saldrá de esto. Si los motivos de un Comedor de Pecados son puros y desinteresados, puede abrigar la esperanza de que escapará a la maldición. Pero no escapará si sus «miradas y pensamientos se dirigen siempre hacia abajo». Como las miradas y los pensamientos de Gideon.

Los Comedores de Pecados también se conocían en la región escocesa que limita con Inglaterra y en Gales. Lewis Hyde, en su libro *The Gift: Imagination and the Erotic Life of Property*, describe una costumbre galesa parecida, aunque no idéntica, que existía hace un siglo:

Se colocaba el ataúd sobre un podio en el exterior de la casa, junto a la puerta. Uno de los parientes del difunto distribuía pan y queso entre los pobres, poniendo cuidado en alcanzarles estos obsequios por encima del féretro. A veces dentro del pan o del queso había una moneda. Los pobres, con la esperanza de recibir esas donaciones, habían ido antes a juntar flores y hierbas para adornar el ataúd.

Hyde clasifica los obsequios funerarios dentro de una clase más amplia que denomina «obsequios umbral», aquellos que permiten pasar de un estado de la vida a otro. Al difunto, en la costumbre galesa, se lo ayuda a salir de esta vida y a entrar en la siguiente, y, cuando no se hace bien, el difunto queda atrapado en la Tierra como un fantasma (los fantasma son, como se sabe, almas que tienen cuentas pendientes en la Tierra). Existen costumbres similares en todo el mundo. Los objetos hallados en los cementerios o en las pirámides tenían la misma función: acompañaban en el viaje y ayudaban a la transición. La próxima vez que arrojen una flor al interior de una tumba abierta, pregúntense por qué lo hacen.

Pero hay algo más relacionado con comerse los pecados. El pan y el vino que se le daba al pobre alcanzándoselo por encima del ataúd es un eco evidente de la comunión cristiana. La finalidad de esta comida sacramental es poner al alma en estado de gracia, pero el Comedor de Pecados que comía pan y bebía vino producía el efecto contrario: lo que comía y bebía era oscuridad, no luz. Se suponía que el Comedor de Pecados asimilaba todos los pecados que se comía y de esta forma liberaba de sus pecados a las almas de los muertos. Es, pues, evidente su parentesco con las representaciones del chivo expiatorio. Además, dejaba en prenda su propia alma, como garantía de que alguien —él mismo— estaba dispuesto a pagar, cuando llegara el momento, por todos esos pecados.

El Comedor de Pecados había dejado en prenda su alma, pero no la había vendido. La había empeñado a cambio de pan, vino y dinero para estar seguro de recibirlos, pero también dando pruebas de valor frente al riesgo que corría, porque —como en el juego *Pass the Parcel* [Pasa el paquete]— si llegaba a morirse con las botas puestas y nadie venía a comerse sus pecados, era él quien se atragantaría con el paquete entero de pecados. El prestamista era, por supuesto, el diablo. Era él quien cobraría la deuda con el alma empeñada, a menos que el alma del Comedor de Pecados fuera redimida, como redimirían ustedes un objeto empeñado en un montepío. Cabe señalar que «*pawnl* prenda» también podía significar «rehén». Los rehenes eran en aquel entonces —como lo son hoy— personas mantenidas en cautiverio a fin de canjearlas por otras personas o por dinero. El Comedor de Pecados actuaba, pues, como rehén y también en sustitución del alma del hombre cuyos pecados se había comido. No debe sorprendernos, entonces, que en *Precious Bane* el Comedor de Pecados vuelva «a su sitio» con «una mirada serena y grave».

El primer rehén de este tipo que nos enseña la mitología es, al parecer, Geshtinanna, del mito sumerio de Inanna. Inanna, la diosa de la vida, pierde una batalla de poder con Erishkigal, la diosa de la Muerte, y la matan. Pero, como no conviene que la diosa de la Vida esté muerta —es malo para la huerta, por no mencionar todas las demás cosas vivas sobre la Tierra—, otro dios fabrica dos seres robóticos, similares al golem, que no están orgánicamente vivos y que, por lo tanto, no están sujetos a la muerte. Estos seres rescatan a Inanna y la traen de vuelta a la luz. Sin embargo, Erishkigal dice que el número de muertos debe ser siempre el mismo o se alterará el equilibrio cósmico. Hay que hallar un sustituto que ocupe el lugar de Inanna en el inframundo sumerio. La víctima es Dumuzi, el rey pastor, consorte moral de Inanna. Pero la hermana de Dumuzi, Geshtinanna, se ofrece para

sustituirla. Los dioses quedan tan impresionados con el espíritu de sacrificio de Geshtinanna que dividen entre los dos el período de muerte: seis meses en el inframundo para Dumuzi y seis meses para Geshtinanna. Geshtinanna, al ofrecerse a sí misma como un sustituto, es probablemente el primer ejemplo de un individuo que redime a otro, y ésta es la idea esencial del Comedor de Pecados: se debe algo; la persona que debe no puede pagar; entonces aparece otra que paga la deuda y ocupa el lugar del deudor. Las similitudes con el cristianismo son evidentes.

Cada modelo humano existe en su versión positiva y en la negativa. En la versión negativa de este modelo, en lugar de ofrecerte tú para sustituir a otro, ofreces a otro para que te sustituya. Un buen ejemplo de la versión negativa se puede encontrar en *1984*, la novela distópica de George Orwell. El desventurado protagonista, Winston Smith, ha sido enviado a la temida habitación 101. Lo que hay en la habitación 101 es siempre lo peor del mundo, y sucede que, en el caso de Winston, son las ratas. Las ratas están hambrientas, las van a soltar, le saltarán a la cara, atacarán primero a los ojos.

> La máscara le apretaba el rostro. El alambre le arañaba las mejillas. Luego…, no, no fue alivio, sino esperanza, un diminuto fragmento de esperanza. Tal vez fuera ya demasiado tarde. Pero acababa de comprender que en el mundo sólo había una persona a la que pudiese transferir su castigo, un cuerpo al que arrojar entre las ratas y él. Y se puso a gritar una y otra vez, frenéticamente:
>
> «¡Hacédselo a Julia! ¡Hacédselo a Julia! ¡A mí, no! ¡A Julia! Me da igual lo que le hagáis a ella. Desgarradle la cara, rompedle todos los huesos. ¡Pero a mí, no! ¡A Julia! ¡A mí, no!».

Por cierto, Julia es la querida novia de Winston. Esta sustitución de uno mismo por otro es un concepto que los estudiantes de religiones primitivas conocen muy bien, pues subyace detrás de las prácticas de sacrificios humanos y de sacrificios de animales. Tienes una deuda con los dioses, haz entonces que alguien o algo la pague por ti. Los lectores del Antiguo Testamento encontrarán —especialmente en el Levítico y en el Deuteronomio — largas listas de los animales que puedes matar ritualmente en pago de tal o cual pecado, infracción o culpa que hayas cometido, o en pago de un favor muy especial que Dios te haya concedido. Este animal redime a este otro: por ejemplo, se puede redimir a un asno recién nacido con un cordero, que deberá ser sacrificado en su lugar.

En Oriente Próximo y en Grecia los sacrificios podían, en las ocasiones importantes al menos, ser humanos. El rey Agamenón, jefe de las fuerzas expedicionarias de la guerra de Troya, sacrifica a su hija, del mismo modo que el jefe militar del Antiguo Testamento, Jefté, sacrifica a la suya. A cambio ambos obtienen la victoria. Josué, después de conquistar las ciudades

cananeas, mató a todos los cautivos y a sus animales como ofrenda a Dios, así como Ezequiel mató a los cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal. Se creía que el primer nacido de cualquier especie, la humana inclusive, pertenecía a Dios, y por eso Abraham no se sorprende cuando Dios le dice que sacrifique a Isaac, su único hijo. Hay quienes afirman que esta historia ilustra la inauguración de la práctica de la sustitución de animales por víctimas humanas, puesto que al final le cortan el pescuezo a un carnero y no a una criatura. No obstante, el sacrificio humano —principalmente de niños— era una práctica muy extendida en la Antigüedad. Eran sacrificios por sustitución, para redimir las deudas o pagar a los dioses por sus favores. En vez de ofrecerte a ti mismo en pago, ofrecías una porción útil de tu propiedad —un toro, un hijo, un esclavo— murmurando todo el tiempo una versión del «¡Házselo a Julia!».

Felizmente, en la época del Libro de los Números se podían ofrecer equivalentes en moneda. Piensen en ello la próxima vez que depositen un sobre en el platillo de la colecta de la iglesia. Un billete de veinte sustituye tu degüello, y el precio es barato.

Lo cual nos remite a la religión cristiana. Cristo es llamado el Redentor, un término que viene directamente del lenguaje de la deuda y empeñar o dejar en prenda, y, por lo tanto, también del lenguaje del sacrificio por sustitución. En realidad, toda la teología del cristianismo se fundamenta en la noción de las deudas espirituales y lo que debe hacerse para pagarlas, y cómo puedes librarte de pagar y hacer que pague otro, y en la larga historia precristiana de las representaciones del chivo expiatorio —sacrificios humanos inclusive— que nos liberan de nuestros pecados.

He aquí una versión condensada y pido disculpas si, por comprimirla de forma tan breve, no le hago toda la justicia que merece:

Dios le dio al Hombre la vida y por ello el Hombre le debía gratitud y obediencia absolutas. El Hombre, sin embargo, no pagó su deuda como debió haberlo hecho, sino que renegó de ella cometiendo una desobediencia. En esta forma se empeñó a sí mismo y empeñó a sus descendientes para siempre, porque, como sabemos, si alguna vez nos hemos tenido que ocupar de un testamento, las deudas de una persona recaen sobre sus herederos y los cesionarios del deudor. Con respecto a la deuda qué es intrínseca al pecado, se considera que el acreedor es unas veces la Muerte, otras el diablo. Esta entidad se cobra con: *a)* tu vida; o *b)* tu alma —o ambas— en pago de la deuda que aún debes al bribón de tu antepasado.

Nunca podrás pagar la carga de la deuda de pecado que has heredado de Adán —el llamado «Pecado original», a la cual se le suman tus propios pecados probablemente no demasiado originales—, porque la suma total es demasiado elevada. Por eso, a menos que alguien se ofrezca en tu lugar, tu alma se: *a)* extinguirá; o *b)* convertirá en la esclava del diablo, en el Infierno, quien dispondrá de ella de una forma que será desagradable. Dante describió varias de estas formas en el Infierno, regido por una versión realmente horrible del Mikado, de Gilbert y Sullivan, ingeniosamente concentrado en hacer que el castigo se ajuste al delito. Si esto es demasiado medieval para ustedes, pueden encontrar una interpretación más breve en el sermón sobre el Infierno incluido en *El retrato del artista adolescente*, de James Joyce.

Se cree que todas las almas que no estén en estado de gracia, o que no se hayan vendido al Diablo completa y definitivamente, se encuentran, durante sus vidas, en una condición intermedia: en peligro, aunque no del todo malditas todavía. Se supone que Cristo, actuando como un Comedor de Pecados cósmico, ha redimido, al menos en teoría, a todas las almas. Asumió los pecados de todos en el momento de la Crucifixión, cuando, con un altruismo semejante al de Geshtinanna, se ofreció a sí mismo como el sacrificio humano sustitutivo para acabar con todos los sacrificios humanos sustitutivos, redimiendo desde entonces la inmensa deuda del Pecado original. Pero las personas también han de participar en este drama: en efecto, tú debes redimirte dejando que te rediman.

Y entonces cabe pensar que las almas de los vivos residen en un montepío del alma, donde no hay ninguna que sea del todo esclava o completamente libre. El tiempo apremia. ¿Serán ustedes redimidos antes de que el reloj toque la medianoche y llegue la Parca, o, aún peor, que venga el Viejo Nick con su traje rojo y los coja y meta en su bolsa infernal? ¡Tengan paciencia! ¡Nunca se acaba hasta que se acaba!

Esto es lo que otorga a la vida cristiana su tensión dramática: nunca se sabe. Nunca sabes, es decir, a menos que seas un creyente en la herejía antinomianista. Si lo eres, estás tan seguro de tu salvación que, por muy despreciable que sea lo que hagas, estará bien hecho, porque eres tú quien lo hace. He aquí un resumen de esta postura, tomado de un artículo publicado en 2005 en el *Telegraph* de Londres, en el cual su autor, Sam Leith, sugiere que Tony Blair, el ex primer ministro de Gran Bretaña, estaba dominado por esta herejía:

> En general, el antinomianismo —y lo diré de una mañera muy general pues no pretendo ser un teólogo— es la idea de que la justificación por la fe nos libera de la necesidad de hacer

buenas obras. La rectitud tiene prioridad sobre la ley —lo cual fue, y se puede discutir, la posición del primer ministro con respecto a Irak.

En cierto modo, puede verse como la cuadratura de un círculo teológico complicado: la idea calvinista de que el Elegido ha sido seleccionado para la salvación como parte del plan divino mucho antes de que cualquiera de ellos hubiera sido un destello en los destellos de los ojos de sus antepasados. Si la justificación por la fe, más que por las obras, es el camino que conduce al cielo, el extremo lógico de la postura es que las obras carecen de importancia.

La gracia divina, sobre la cual no ejercemos control alguno, conduce a la fe. La fe conduce a la salvación. Por lo tanto, si no estás tocado por la gracia no es mucho lo que puedes hacer, excepto esperar a que te llegue el momento de un retiro inmensamente largo, donde el diablo te calentará la punta de los pies en el hotel de la horquilla.

Si, por otra parte, eres uno de los Elegidos, celébralo: Jesús quiere que seas para él como un rayo de sol y, por mucho que te hayas portado mal, no dejará de tener buen concepto de ti. Es una idea bastante loca, diríamos muchos de nosotros, y a lo largo de la historia tanto las autoridades civiles como las religiosas han preferido desalentarla por obvias razones. Pero ahí está.

Como los políticos, al menos en el Occidente de habla inglesa, tienden cada día más a llevar la religión a su terreno, sería justo que el electorado pudiera interrogarlos acerca de sus opiniones teológicas. «¿Cree usted estar irrevocablemente redimido a título personal, de cualquier chanchullo, fraude, mentira, tortura u otra actividad delictiva que pueda cometer, plenamente justificado por ser usted uno de los Elegidos, que no puede hacer nada malo, dado que para los puros como usted todas las cosas son puras, y que la vasta mayoría de aquellos que usted dice que desea representar como su líder político es vil y despreciable y está predestinada a arder en el infierno? Entonces, ¿por qué iba usted a preocuparse por ellos?», sería un buen comienzo para cuando llegue el momento de formular preguntas.

Hay una novela que examina a fondo la herejía antinomista: *Memorias privadas y confesiones de un pecador justificado*, de James Hogg, publicada en 1824. No es una coincidencia que en el mundo de hoy, en el que los políticos rivalizan sobre quién es más santo o más probo, esta novela despierte una atención cada vez mayor de los críticos. La situación es la siguiente: el narrador, escrupulosamente trastornado por culpa de una madre fanática, seguro de que está predestinado a ser redimido y lleno de envidia y de odio hacia su hermano, que es más atractivo que él, y hacia su padre, que es un viejo borrachín, comete un crimen tras otro, a cual más horrendo, inducido por un misterioso desconocido con quien se encuentra justo en el momento en que llega a estar plenamente convencido de su irrevocable pertenencia a la clase de los elegidos.

Un accesorio considerado imprescindible en cualquier pacto con el Diablo de la temprana literatura moderna es, por razones que veremos más adelante, el Libro Infernal. Y, como era de esperar, en la novela de Hogg hace su aparición. Uno de sus primeros encuentros con el misterioso desconocido sucede en una iglesia, donde el enigmático personaje está leyendo algo que a primera vista parece una Biblia:

> Me acerqué a él y lo saludé, pero estaba tan concentrado en su libro que, pese a que le hablé, no alzó la mirada. Eché un vistazo al libro y me pareció que era la Biblia, con sus columnas, capítulos y versículos; pero estaba escrito en una lengua que me resultaba desconocida, y toda cruzada de líneas rojas. Me estremecí ante aquel misterioso libro y permanecí inmóvil. Él levantó la vista, sonrió, lo cerró y lo apoyó contra su pecho.
>
> —Parecéis muy afectado, señor —dijo suavemente.
>
> —En el nombre de Dios, ¿qué libro es ése? —pregunté—. ¿Es la Biblia?
>
> —Es mi Biblia, señor —contestó.

El misterioso desconocido se pone a hablar de vínculos de sangre y nosotros, lectores, nos damos cuenta enseguida de quién es: el vínculo de sangre y el libro espantoso son, entre los siglos XV al XIX, dos inequívocos atributos del Diablo —el literario, al menos—, quien te tienta para que hagas un contrato con él, que deberás firmar con tu propio fluido sanguíneo. El libro malvado de Hogg es una versión satánica de las Escrituras, aunque, por lo general, el tomo del Diablo es un libro de contabilidad, en el cual se anotan las almas de los que ya han sido comprados, y que serán cobradas cuando llegue el momento fatal. Céline tiene una novela titulada *Muerte a crédito*, y eso es, en efecto, lo que está vendiendo el Diablo: compras ahora, disfrutas de los beneficios de todo lo que te provea el Diablo, y pagas después, eternamente.

Patrick Tierney, en su fascinante libro *Un altar en las cumbres. Historia y vigencia del sacrificio humano*, refiriéndose a las diferentes —y más antiguas — tradiciones que prevalecen entre los chamanes —o *yataris*— de la región del lago Titicaca, en América del Sur, dice:

> Aquí, la noción, muy masoquista y cristiana, de vender su alma al diablo a cambio de un tesoro, nunca encontró adeptos ni tuvo tampoco demasiado sentido. El criterio del yatari aymara, más práctico, era vender a otro al diablo, «cuerpo y alma»… la forma de evitar el daño al hacer un pacto con el diablo era sencillamente darle una víctima humana… Es obvio que en este intercambio diabólico se mata físicamente a alguien. Menos obvio es, sin embargo, el siniestro trato subyacente, por el cual el alma de esa persona se convierte definitivamente en esclava…

En tiempos anteriores a la llegada de los europeos a esta región, se preparaba antes mental y emocionalmente a la víctima del sacrificio —por lo general, una persona joven e inocente, o un niño— dándole de comer y beber en abundancia y tratándola con especial cariño, y se la convencía para que se

entregara voluntariamente en sacrificio. De esta manera pasaba a ser para todos un espíritu guardián voluntario: un poderoso conducto de las fuerzas espirituales, útil para toda la comunidad. La víctima, de esa manera, era semejante al Comedor de Pecados y también al chivo expiatorio: una figura tabú, «maldita», como se llama al Comedor de Pecados en *Precious Bane*\ una figura que, tras su muerte en sacrificio, pasaba a ser reverenciada y era abordada con temor y temblando, y a quien a su vez se le ofrecían sacrificios.

No obstante, Tierney dice que en la actualidad los *yataris* del lago Titicaca y sus clientes establecen pactos con las divinidades locales, a título particular, por motivos egoístas que tienen que ver con el poder y la riqueza terrenales, y la víctima dista mucho de ser voluntaria. En realidad, la persona, sea hombre o mujer, es llevada al lugar del sacrificio mediante engaños y luego asesinada. De esta manera, el engañador esclaviza el alma y la obliga a hacer todo lo que él quiere. Dicen que quienes ejecutan los sacrificios viven con el temor de que las almas huyan y luego se tomen venganza, como Espartaco o como las esposas y las hijas en *Germinal*. El resentimiento a causa de un tratamiento injusto es una deuda impagada universal que clama porque se equilibre la balanza.

En el comienzo de la historia humana, las listas de este tipo de ofrendas a las fuerzas sobrenaturales, así como los pactos y las deudas contraídas con ellas, no se solían establecer de forma permanente. Pero, junto con la escritura llegaron los registros, los libros y los contratos. La representación del mundo invisible suele reflejar lo que existe sobre la Tierra: las asambleas de brujas descritas por los habitantes de la Nueva Inglaterra del siglo XVII guardaban una turbadora semejanza con las reuniones de los puritanos en el templo durante el mismo período. Así pues, el Diablo encontró sus implementos para escribir en cuanto los seres humanos encontraron los suyos. En realidad, es posible que los haya heredado de los primitivos registradores *post mortem*, como Toth, el dios escriba egipcio.

El medio escogido por el Diablo ha ido cambiando con el tiempo. A veces no es un libro propiamente dicho lo que debes firmar con tu sangre; a veces es un pergamino o una escritura de donación, como en *La trágica historia del doctor Fausto*, la obra escrita por Christopher Marlowe a finales del siglo XVI. Pero, sea cual fuere su forma física, es un contrato, y al firmarlo tu nombre se anota en el libro malo, así como los nombres de los probos se anotan en el libro bueno. Como el Diablo es, entre otras cosas, abogado, —el abogado de la acusación, me dirán ustedes—, los contratos le gustan mucho, y también los registros y los libros de contabilidad.

¿Qué necesidad hay de tanta documentación? Veamos a continuación cuál es el nexo entre las deudas y los documentos escritos.

Sin memoria, no hay deudas: una deuda es algo que se debe en virtud de una transacción que ha tenido lugar en el pasado, y si ni el deudor ni el acreedor la recuerdan, la deuda queda efectivamente cancelada. «Perdona y olvida», decimos, pero, en realidad, no somos capaces de perdonar totalmente *a menos que* olvidemos. El Infierno, en la *Divina Comedia* de Dante, es el lugar donde los que sufren tormentos se acuerdan absolutamente de todo, mientras que en el Cielo te olvidas de tu yo, y de quién te debe todavía cinco dólares, y te entregas a la contemplación del Ser magnánimo. Ésa es la teoría.

Sin memoria, no hay deuda. De acuerdo. Pero somos capaces de acordarnos de historias, y por consiguiente de los motivos de rencor y las deudas de honor, y quién necesita vengarse de quién —de cualquier cosa que se refiera a las personas y sus actos— con mucha más facilidad de lo que podemos recordar largas series de números, a menos que seamos unos genios en matemáticas. Nuestra capacidad matemática avanzada es muy reciente y dista mucho de ser instintiva: las tablas de multiplicar nos entran sólo si las aprendemos de memoria, y aun así, a veces tienes que contar con los dedos; me refiero a cuando no había calculadoras. La muñeca Barbie que se acarreó problemas porque dijo: «La matemática es difícil», estaba diciendo la verdad. Por eso, la mayoría de nosotros necesita una ayuda técnica para hacer sus cálculos, aunque sólo se trate de un papel y un lápiz.

Pero ¿cómo hacíamos para llevar adelante nuestros negocios antes de que tuviéramos esa hoja de papel? Por ejemplo, ¿cómo ejercíamos el comercio? Hemos estado negociando cosas materiales durante cuarenta mil años por lo menos, nos dicen los arqueólogos, pero sin una suerte de recopilación de datos, el comercio a través de largas distancias debió de ser una empresa arriesgada. Para estar seguros de obtener el valor deseado, las transacciones comerciales debían realizarse cara a cara: tu obsidiana por mi ocre. Los intermediarios eran poco fiables: podía ocurrir que lo enviado no siempre fuera lo que se recibía y no había un método seguro para demostrarlo. Pero, una vez que se pusieron en práctica los mecanismos para registrar las transacciones, el mercader intermediario pudo realizar la operación comercial en tu lugar y traerte las ganancias, y tú pudiste verificarla con los números.

Todas las tecnologías humanas son extensiones del cuerpo humano y de la mente humana. Así, las gafas, los telescopios, las imágenes de la televisión, el cine y la pintura son extensiones del ojo; la radio y el teléfono lo son de la

voz; el bastón y las muletas de las piernas, etcétera. La escritura y los números escritos son, entre otras cosas, extensiones de la memoria. Estos *aidesmémoires* aparecieron en muchas sociedades de manera independiente. En cambio, los métodos de transmisión de números, y por consiguiente de las deudas, han aparecido siempre, según parece, antes que los materiales poéticos y religiosos escritos: estas obras, que eran el producto de la emoción y de la necesidad de contar, podían existir más fácilmente en forma oral.

Los incas de América del Sur usaban, a efectos contables, un sistema de cuerdas con nudos de varios colores llamado *quipu*. En la Mesopotamia primitiva se utilizaban unos sobres de arcilla cerrados, en cuyo interior se habían guardado pequeños conos de arcilla, bolas, cilindros y otras figuras geométricas. Estas formas han sido actualmente identificadas como símbolos que representaban manadas de animales: vacas, becerros, ovejas, corderos, cabras, niños, asnos y caballos. Se podía enviar el sobre con el pastor y para abrirlo había que romperlo. De esa manera, aquel que ya había comprado los animales disponía de una cuenta certificada o albarán.

Las tablillas cuneiformes llegaron más tarde. La inmensa mayoría son registros de contabilidad e inventarios, ya que para esta época los reyes sacerdotes de la Mesopotamia se ocupaban del negocio de los excedentes de cereales y habían creado los primeros bancos, que fueron bancos de alimentos. Con los excedentes de alimentos vinieron las guerras en gran escala: sin ellos, no puedes alimentar a los ejércitos. Y con las guerras vinieron más inventarios, imprescindibles a la hora de dividir el botín. Lo primero que hacían los ejércitos de Gengis Kan, después de que una ciudad se rindiera, era un inventario, no sólo de todas las cosas de valor, sino también de las personas. Gengis Kan mataba generalmente a los ricos y aristócratas, pero nunca a los escribas; para dirigir su imperio necesitaba una burocracia enorme, y la alfabetización resultó útil.

Anotar y conservar los datos de las operaciones y poder así seguir la pista de los débitos y los créditos dio lugar a una proliferación de sistemas tributarios sofisticados. Al principio, la tributación era una suerte de chantaje: se daba por supuesto que si uno pagaba impuestos al poder religioso obtenía la protección de los dioses y que si los pagaba al rey o al emperador podía contar con la protección de sus ejércitos. La mayor carga fiscal recaía en los campesinos —los que producían los alimentos que mantenían en funcionamiento la superestructura—, y hasta el día de hoy sigue siendo así. En teoría, los impuestos no pueden compararse a la entrada de alguien en tu casa que se lleva tus pertenencias. Eso se llama «robo», mientras que de los

impuestos que pagas, se supone, que obtienes algo a cambio. Y lo que tú obtienes exactamente es tema de debate en muchas elecciones modernas.

Cuando los documentos escritos aparecieron por primera vez, los analfabetos debieron de pensar que eran cosas de magia negra: los abogados y los señores podían presentar en su contra unas manchas extrañas que ellos no podían descifrar y por eso tales objetos adquirieron mala reputación. Éste es, con toda probabilidad, el origen del libro de contabilidad infernal del Diablo. Por cierto, el Diablo del primer período moderno tiene más de un parecido casual con un recaudador de impuestos o un patrón punitivo, cuando aparece agitando esos contratos infernales de tu «alma a cambio de dinero», lo mismo que el villano del melodrama teatral que llega para exigir el pago de la renta atrasada y toquetea a la hija adolescente. Aunque la Biblia diga: «El malvado toma prestado y no vuelve a pagar», a los desdichados de la tierra debe haberles parecido que el verdadero malvado era el acreedor, no el deudor.

Todo lo cual permite contestar a la pregunta: ¿Qué es lo que Bob Cratchit, el empleado mal pagado de Ebenezer Scrooge, se pasa el día entero anotando en ese lúgubre y minúsculo depósito que le sirve de oficina? Son las cuentas: contabiliza las sumas adeudadas a Scrooge, el acreedor hipotecario y prestamista despiadado. Bob Cratchit es a Scrooge lo que el arcángel Gabriel es a Dios, porque donde hay deudas tiene que haber memoria, y Scrooge se acuerda de lo que en principio tiene importancia para él: lo que se le debe. Y es la pluma de ganso de Bob la que convierte esas deudas en documentos.

Según la tradición, en las regiones pobres, las más agobiadas por el peso de las leyes financieras, la destrucción de los archivos era un sueño anhelado, y engañar al patrón, al fisco y al prestamista no era considerado solamente un derecho sino también una virtud.

Robin Hood, un forajido y un ladrón, es un héroe; el *sheriff* de Nottingham, encargado de cobrar, y el rey Juan, acreedor rapaz que extorsiona a la gente con sus impuestos, son los villanos. Robert Burns escribió un poema breve, titulado *The Deil's Awa' wï the Exciseman*, en el que el Diablo se lleva bailando al hombre enviado a cobrar los impuestos sobre el *whisky* que los aldeanos producen en sus casas. Los aldeanos le agradecen al Viejo Nick de todo corazón este acto de «cógelo-y-lárgate», puesto que es un ejemplo del peor acreedor del mundo que se larga con una versión en miniatura de sí mismo, y ¡adiós y buen viaje a ambos!

¿Qué es más reprobable, ser deudor o ser acreedor? «No tomes ni des prestado», dice el tendencioso Polonio, en *Hamlet*, de Shakespeare, a Laertes, su hijo impaciente, «pues dando / se suele perder préstamo y amigo / y tomando se vicia la buena economía». En otras palabras, si le prestas algo de dinero a un amigo, y no te lo devuelve, acabarás enfadándote con él y él contigo. Y si tomas prestado estarás gastando un dinero que no es tuyo y que no te has ganado, en lugar de arreglarte con lo que tienes. ¡Buen consejo, Polonio! Es curioso que muy poca gente lo siga. O quizá lo curioso es que haya todavía alguien que lo siga, ya que permanentemente nos dicen que tomar prestado es en realidad algo loable, porque permite que «el sistema» siga funcionando, y que gastar grandes cantidades de dinero en consumo mantiene a flote esa cosa enorme, abstracta y reaccionaria llamada «economía».

Pero Polonio tema razón: cuando los platillos de la balanza del que toma o presta están muy desequilibrados durante demasiado tiempo, el resentimiento se acumula, cada una de las partes se vuelve despreciable a los ojos de la otra, y la deuda se revela como un acto de equilibrar la balanza de dos caras, en el cual el acreedor y el deudor son igualmente culpables. *To wipe the slate clean* [borrón y cuenta nueva] es una expresión coloquial que significa expiar nuestros pecados y reparar el mal que hayamos cometido, pero la metáfora, como todas las metáforas, está basada en algo que pertenece a la vida real: la pizarra que había en los bares y *pubs* donde se anotaban las cuentas corrientes de los clientes habituales. Una pizarra sucia que lo está porque está manchada de deudas, de una u otra clase. Pero está sucia tanto para el deudor como para el acreedor.

Terminaré con dos epígrafes ambiguos provenientes del refranero inglés: uno corresponde a los deudores y el otro a los acreedores. El de los deudores dice: «La muerte paga todas las deudas». El de los acreedores: «No te lo vas a llevar contigo». Ninguno de los dos es rigurosamente cierto: las deudas pueden perdurar después de la muerte, y «no te lo vas a llevar contigo», depende de lo que sea ese «lo». Pero ésa es otra historia. Y es a esa otra historia —o, mejor dicho, a la deuda como primer motor del relato— que me referiré en el próximo capítulo, «La deuda como argumento».

3
La deuda como argumento

Sin memoria no hay deuda. Dicho de otro modo: sin historia, no hay deuda.

Una historia es una cadena de acciones que suceden en el tiempo —una maldita cosa tras otra, como solemos decir frívolamente en las clases de escritura creativa— y la deuda sobreviene como consecuencia de acciones que suceden en el tiempo. Por consiguiente, toda deuda implica un guión: cómo has acabado endeudado, qué has hecho, dicho y pensado mientras estabas ahí metido, y, por consiguiente —todo depende de que el final sea o no feliz—, cómo sales de la deuda, o, por el contrario, cómo sigues endeudándote, cada vez más, hasta que la deuda te aplasta y hunde.

Las metáforas que este lenguaje esconde son reveladoras: hemos «acabado» endeudados, como quien «acaba» en una cárcel, una ciénaga o una cama; «salimos» de ello, como quien sale al aire libre o sale de un agujero. Si estamos «aplastados» por las deudas, la imagen es posiblemente la de un barco que se hunde, mientras las olas se nos echan inexorablemente encima y nos debatimos hasta que, al final, nos ahogamos. Todo esto suena dramático, con mucha actividad física: meternos rápido, encaramarnos para salir y saltar, revolcarnos, ahogarnos. Metafóricamente, el guión de la deuda tiene muy poco que ver con la monotonía de la actualidad, en la que el deudor está sentado a un escritorio jugueteando con los números en una pantalla, o quita de en medio las facturas impagadas con la esperanza de que desaparezcan, o va y viene por la habitación preguntándose cómo despegarse de la melaza fiscal.

En nuestra mente —como refleja nuestro lenguaje— la deuda es un no-lugar mental o espiritual, como el Infierno que describe Mefistófeles, en la obra de Christopher Marlowe, cuando Fausto le pregunta por qué no está en el Infierno sino allí mismo, en la misma habitación que Fausto. «Porque esto es

el Infierno y del Infierno no he salido», dice Mefistófeles. Lleva consigo el Infierno a todas partes, como un clima propio: está en el Infierno y el Infierno está en él. Sustitúyanlo por «deuda» y verán que la deuda de la que hablamos pertenece al mismo tipo de lugar sin lugar. «Porque esto es la Deuda y de la Deuda no he salido», podría, de manera análoga, declamar el acosado deudor.

Lo cual hace que toda la idea de la deuda —especialmente las deudas enormes, imposibles de pagar— parezca valiente, noble e interesante y no meramente sórdida, y le otorga un aura de tragedia excepcional. ¿Cabe la posibilidad de que algunas personas se endeuden porque eso, como correr a toda velocidad en motocicleta, le añade una carga de adrenalina a la monotonía de sus vidas? Cuando los alguaciles llaman a tu puerta, cuando no tienes luz porque no has pagado a la compañía y los bancos te amenazan con ejecutar tu hipoteca, de aburrimiento, al menos, no te podrás quejar.

Los científicos nos dicen que las ratas, privadas de juguetes y de la compañía de sus semejantes, son capaces de infligirse dolorosos choques eléctricos con tal de no tener que soportar un largo aburrimiento. Parecería que, incluso una tortura autoinfligida como ésta, puede procurar cierto placer: ya de por sí la anticipación del tormento es excitante, y luego está la emoción, inherente a todas las conductas peligrosas. Pero lo más importante es que las ratas harán prácticamente cualquier cosa por crearse acontecimientos en un espacio-tiempo donde nada sucede. Las personas hacemos lo mismo: no sólo nos agradan nuestros argumentos, sino que los necesitamos y somos, hasta cierto punto, nuestros propios argumentos. Una historia-de-mi-vida sin una historia no es una vida.

La deuda puede constituir una historia-de-mi-vida de este tipo. En su libro sobre el análisis transaccional, *Games People Play* [Juegos en los que participamos], publicado en 1964, que alcanzó gran popularidad, Eric Berne enumera cinco «juegos» a los que la gente juega a lo largo de su vida. Estos juegos son modelos de comportamiento que pueden ocupar toda la vida útil de un individuo, a menudo en forma destructiva, pero con beneficios psicológicos ocultos o coyunturas que permiten que siga el juego. Huelga decir que cada uno de estos juegos requiere más de un jugador: algunos jugadores son cómplices de manera consciente y otros inocentones de manera inconsciente. «Alcohólico», «Ya te tengo, hijo de puta», «Pégame» y «Mira lo que me has hecho hacer», son los títulos que da Berne a cuatro de estos juegos. El quinto se llama «Deudor».

Berne dice: «Deudor es más que un juego. En Estados Unidos tiende a convertirse en un guión, un plan para toda la vida, tal como sucede en ciertas

junglas de África y Nueva Guinea. Allá, los parientes le compran al muchacho una novia a un precio exorbitante, colocándolo a él en la necesidad de asumir en el futuro la deuda que adquirieron ellos». «En Estados Unidos —dice Berne—, el gran gasto no es una novia, sino una casa, y la deuda exorbitante es una hipoteca. El banco interpreta el papel de los parientes. Pagar la hipoteca otorga al individuo un propósito en la vida». Por cierto, recuerdo que en mi infancia —¿fue en los años cuarenta?— se consideraba original tener colgado en el baño un cuadrito con un refrán bordado a mano que rezaba: «Dios bendiga nuestra casa hipotecada». En esa época, cuando alguien terminaba de pagar la hipoteca, acostumbraba dar una fiesta para quemar en la barbacoa o en la chimenea de su casa todo el papelerío relacionado con su hipoteca.

Hago una pausa para decir que «*mortgage*» (hipoteca) significa «*dead pledge*» (literalmente, «garantía muerta», es decir, sin valor): «*mort*» en francés significa «muerto» *(dead); «gage*» (garantía) equivale a «*pledge*», como en los romances medievales, cuando el caballero arroja su guante al suelo, desafiando así a duelo a otro caballero. El guante o *gage* es la garantía (*pledge*) que presentará el individuo antes de que le partan la cara, y la aceptación del *gage* es una garantía recíproca. Visto lo cual deberían ustedes pensárselo dos veces antes de encargar los anillos de compromiso, pues también son un *gage* o garantía: ¿qué estás garantizando en realidad cuando regalas uno de estos anillos a tu único amor verdadero? (O, como se estila hoy, al único de una serie de amores verdaderos. Como dijo una amiga mía en una boda: «Será un muy buen *primer* marido»).

Pero, volvamos a las hipotecas (*mortgages*). La casa hipotecada es el objeto que se da en prenda —como garantía—, pero la garantía pasa a estar *dead* (muerta o deja de tener valor) una vez que la hipoteca ha sido pagada (*discharged*: exonerada, aliviada del peso). Me gusta esta palabra (*discharged*), empleada en este contexto. Es lo que se dice cuando una persona, que ha sido encarcelada, es liberada: «sin cargos».

Así pues, «cancelar la hipoteca» es lo que sucede cuando la gente juega correctamente a su juego del Deudor. Pero, cuando no es así, ¿qué sucede? No jugar correctamente significa, como lo saben todos los niños, hacer trampa. Pero no siempre es verdad que los tramposos nunca prosperan (algo que también saben los niños): a veces sí lo hacen, en el patio de la escuela y en otras partes.

Existe, entonces, una forma incorrecta y tramposa de Deudor. «Prueba y recauda», la llama Berne; el nombre lo dice todo. Como en los demás juegos

en los que se hace trampa que figuran en su libro, el jugador incorrecto siempre gana algo, independientemente de lo que suceda. Básicamente, el jugador obtiene un montón de cosas a crédito, que después elude pagar. Como sucede con otros juegos deshonestos de Berne, «Prueba y recauda» requiere la participación de por lo menos dos jugadores; el contrincante del deudor es, por supuesto, el acreedor. Si el acreedor llega a sentirse demasiado frustrado y abandona el juego sin cobrar lo que se le debe, el deudor obtiene algo a cambio de nada. Si el acreedor persiste en sus esfuerzos por cobrar, el juego se convierte en una cacería emocionante. Si el acreedor se pone muy serio y recurre a medidas extremas, como ir a juicio o cosas parecidas, el deudor siente que su ira está justificada porque el acreedor ha sido muy mezquino y codicioso. Entonces el deudor puede muy bien fingirse víctima y retratar al acreedor como a una auténtica mala persona, quien, por su maldad precisamente, no merece que se le pague.

Todo esto, la obtención de bienes a crédito, eludir el pago, la emoción de la cacería, la ira contra el acreedor y fingirse víctima, supone sus propias recompensas químicas que estimulan el cerebro, y, cada una por separado, cumple también la función de proveer un elemento clave al guión de una-historia-de-mi-vida del juego del Deudor. «Nos ha hecho pasar el rato», dice Vladimir, el vagabundo andrajoso *de Esperando a Godot*, de Beckett, a propósito de una escena desagradable que acaba de presenciar. Su amigo Estragón le contesta que el rato habría pasado igual. Sí, dice Vladimir, pero más despacio. Sea lo que fuere la deuda, parecería que también puede tener valor de entretenimiento, incluso para el propio deudor. Nosotros, al igual que las ratas y sus descargas eléctricas autoinducidas, preferimos que nos suceda algo terrible a que no nos suceda absolutamente nada.

La deuda puede tener otra clase de valor de entretenimiento cuando se torna un motivo, no de un guión de la vida real sino de uno ficticio. En qué forma esta clase de argumento de deuda revela los cambios a través del tiempo, tales como las condiciones sociales, las relaciones de clase, las situaciones financieras y la evolución de las modas literarias. Pero las deudas figuran en los relatos desde hace muchísimo tiempo.

Me gustaría empezar por examinar a un conocido personaje, tan conocido es que se las ha ingeniado para salir de la ficción, en la que tiene el papel estelar, para entrar en otra clase de estrellato, el de la televisión y los carteles de publicidad. Este personaje es Ebenezer Scrooge, de *Un cuento de Navidad*,

de Charles Dickens. Aunque ustedes no hayan leído el libro o visto la obra de teatro o las innumerables películas que se han hecho sobre Scrooge, es muy probable que si lo vieran por la calle lo reconocerían. «Da como Santa, ahorra como Scrooge», dice el anuncio, y luego tenemos a un vejete adorable que nos habla de una gran oferta que es una verdadera ganga.

Pero, queriendo abarcar una cosa y su contraria, este anuncio fusiona a dos Scrooge: el Scrooge reformado, que indica el advenimiento de la gracia y la salvación de su alma entregándose a una gigantesca fiesta de gastos, y el Scrooge que vemos al comienzo del libro —un tacaño de tal calibre que no gasta nada del dinero que tiene acumulado, ni en él—, ni buena comida, ni calefacción, ni ropa de abrigo; en nada. El estilo de vida de Scrooge, abstemio y que sólo comía lentejas, debió de ser aplaudido como signo de devoción en los remotos tiempos de los ermitaños ascéticos que vivían santamente a pan y agua en las cavernas y decían «¡Bah, tonterías!» a todo aquel que los visitaba. Pero no es el caso del viejo tacaño Ebenezer Scrooge, cuyo nombre de pila suena a *squeezer* (exprimidor) y a *geezer* (vejete) y su apellido es una combinación de *screw* (apretar / fastidiar) y *gouge* (sacar con violencia/extorsionar), y cuyo autor desaprueba vigorosamente sus métodos:

> ¡Ay, pero qué agarrado era aquel Scrooge! ¡Viejo pecador avariento que extorsionaba, tergiversaba, usurpaba, regañaba, apresaba! Duro y agudo como un pedernal al que ningún eslabón logró jamás sacar una chispa de generosidad; era misterioso, reprimido y solitario como una ostra. La frialdad que había en él había congelado sus viejas facciones y afilaba su nariz puntiaguda, acartonaba sus mejillas, daba rigidez a su porte; había enrojecido sus ojos, azulado sus finos labios; esa frialdad se percibía claramente en su rasposa voz… Ni una fuente de calor podría calentarle, ningún frío invernal escalofriarle. Él era más cortante que cualquier viento, más pertinaz que cualquier nevada, más insensible a las súplicas que la lluvia torrencial… Hasta los perros de los ciegos parecían conocerle; al verle acercarse, arrastraban precipitadamente a sus dueños hasta los portales y patios, y después meneaban la cola, como diciendo: «¡Es mejor no tener ojo que el mal de ojo, amo ciego!».

Más de una vez nos hacen notar que Scrooge, conscientemente o no, ha hecho un pacto con el Diablo. No sólo se le atribuye el mal de ojo, que es la marca tradicional de las brujas que se han vendido al Diablo, sino que, además, es acusado de adorar a un ídolo de oro. Y cuando, durante la noche de sus visiones, da un salto hacia su futuro, lo único que oye decir sobre él en su antiguo lugar de trabajo es: «… Por fin le ha llegado la hora a la Vieja Herida, ¿eh?». La Vieja Herida, cómo no, es el mismísimo Diablo, y si el propio Scrooge no es del todo consciente del pacto que él mismo ha hecho, su autor, en cambio, sí lo es.

Pero es un pacto raro. Puede que el Diablo posea a Scrooge, pero Scrooge no posee nada más que dinero y con ese dinero no hace otra cosa que sentarse

encima.

Scrooge tiene algunos antepasados literarios interesantes. Los que hacen pactos con el Diablo no empezaron como avaros, sino todo lo contrario. El doctor Fausto, de Christopher Marlowe, de finales del siglo XVII, vende su cuerpo y su alma a Mefistófeles mediante una letra de crédito firmada con sangre, a cobrar en veinticuatro años, pero no los vende barato. Dispone de una magnífica lista de deseos que incluye casi todo lo que se puede encontrar hoy en las revistas de lujo para caballeros. Fausto quiere viajar, quiere ser muy, pero muy rico, quiere conocimiento, quiere poder, quiere castigar a sus enemigos y quiere tener sexo con una buena copia de Elena de Troya. Elena de Troya no se llama así en esas revistas —tiene otros nombres—, pero es del mismo tipo: una mujer tan hermosa que no existe, o, peor aún, un demonio disfrazado. Aunque muy cachonda, como dicen ellos.

El doctor Fausto de Marlowe no es mezquino, ni avaro, ni codicioso. No desea el dinero únicamente para poseerlo; quiere tenerlo para gastarlo en sus otros deseos. Tiene amigos que disfrutan de su compañía, es un derrochón y le gusta compartir su riqueza con sus amigos, le gusta comer y beber, le agradan las fiestas divertidas y las bromas, y usa su poder para rescatar a un ser humano, al menos uno, de la muerte. En realidad, se comporta como Scrooge, el Scrooge redimido, aquel que compra unos pavos grandes, se divierte mucho, le gasta bromas a Bob Cratchit, su pobre empleado, asiste a la fiesta de Navidad de su sobrino y juega con todo el mundo, y salva a Tiny Tim, el crío tullido de, Bob, lo cual nos lleva a preguntarnos si Scrooge no habrá heredado un gen latente de *bon vivant* de su lejano antepasado, el doctor Fausto, un gen que simplemente aguardaba despertar epigenéticamente. (Sin embargo, Scrooge no tiene sexo con una Elena de Troya de mentira. Es demasiado viejo para eso. Después de deshacerse de su novia, porque ella no tenía dinero suficiente, los únicos pecados que cometió fueron los de la oficina, y descuidó esa parte de la vida durante demasiado tiempo. Lo único que consigue es un instante para comerse con los ojos a la bonita sirvienta en casa de su sobrino: «¡Guapa, de verdad!», dice Scrooge, en un tono muy Hugh Hefner. Pero hasta eso lo hace de manera paternal y benevolente: nada de tocarle el culo o pellizcarle la mejilla).

¿Era consciente Dickens de que estaba describiendo a Scrooge como el reverso de Fausto? Tuvo que haber conocido la fábula de Fausto a través de la pantomima inglesa: era un devoto de la pantomima y Fausto seguía siendo popular en la época anterior a cuando escribió *Un cuento de Navidad*. Son tantas las correspondencias que es imposible no pensarlo. Fausto anhela volar

por los aires y visitar épocas y lugares lejanos, Scrooge tiene miedo, ambos lo hacen. Ambos tienen empleados, Wagner y Bob Cratchit; el primero es bien tratado por Fausto, el segundo es maltratado por Scrooge. Ambos asisten, bajo una forma invisible, a fiestas alegres, en las que Fausto no se porta bien y Scrooge sí. Marley es el Mefistófeles de Scrooge, el que carga consigo su propio Infierno y lo lleva a todas partes, pero ha ido para salvar el alma de Scrooge, no a comprarla. Los tres fantasmas de la Navidad del Pasado, del Presente y del Futuro actúan como espíritus acompañantes, aunque son más angélicos que demoníacos. Y así sucesivamente. Todo lo que Fausto hace, Scrooge lo hace al revés. Estoy segura de que existe alguien que ha investigado este tema más a fondo, y si es así, me encantaría que me comunicara sus resultados.

Después del de Marlowe, el siguiente Fausto importante fue, por supuesto, el de Goethe. También es un Fausto expansivo por lo que se refiere a sus deseos. Es ésta la versión sobre la que se basa la ópera de Gounod, que representa la seducción de la desafortunada Margarita por medio de unas joyas muy brillantes. A diferencia del Fausto de Marlowe, el de Goethe, al final, se redime. Pero Goethe no estaba inventando nada: existen relatos anteriores, en los cuales la persona que pacta con el Diablo alcanza la redención. Scrooge, sin embargo, no desciende directamente de esa rama de la familia Pacto-con-el-Diablo que busca el conocimiento, gasta sin contar y lleva la gran vida. Para dar con el papá y el abuelito avarientos de Scrooge, debemos dirigirnos a un autor estadounidense: Washington Irving.

Es sabido que Dickens declaró públicamente su afición por Washington Irving, un escritor de la generación anterior a la suya y que era muy famoso en la época de Dickens. A Irving se lo recuerda más que nada por su espeluznante cuento *La leyenda de Sleepy Hollow*, en el que aparece el Jinete sin Cabeza. Pero escribió muchos cuentos más, qué Dickens conocía. Uno de ellos, *El diablo y Tom Walker*. En esta versión del pacto fáustico, el pactador no da muestras de amor al lujo ni de la liberalidad que hacían de los Faustos anteriores unos seres frívolos y, por consiguiente, malditos. Es, en cambio, la criatura más avariciosa que uno pueda imaginarse. Tom y su esposa, tan tacaña como él, viven en un pantano, donde está escondido el tesoro de un pirata, y un buen día él se encuentra con un negro; no un hombre negro, aclara Irving, sino más bien un hombre ennegrecido, puesto que su negrura proviene del hollín. Tom lo identifica rápidamente:

—Desde que vosotros, los salvajes blancos, habéis exterminado a los pieles rojas —dice el hombre ennegrecido—, yo me divierto persiguiendo a los cuáqueros y a los anabaptistas. Soy el

gran patrón y protector de los traficantes de esclavos y el maestro supremo de las brujas de Salem.

—Lo que quiere decir, si no me equivoco —dijo Tom, con firmeza—, que eres ése al que todos llaman la Vieja Herida.

Y lo es. Tom y el Diablo llegan a un acuerdo: el Diablo le mostrará a Tom dónde está escondido el oro del pirata a cambio del acostumbrado pago en cuerpo-y-alma, pero insiste en que Tom debe invertir el dinero en un negocio que el Diablo elegirá. Quiere que Tom se dedique a la trata de esclavos, pero eso es demasiado horrible, incluso para Tom, y se ponen de acuerdo en que el negocio consistirá en prestar dinero:

Tom Walker abrió negocio de usurero en Boston… Ante la puerta de su oficina muy pronto se amontonaron los clientes. Los necesitados y los aventureros, los especuladores, los intermediarios soñadores, los tenderos pródigos, los mercaderes a los que nadie concedía más crédito, en suma, todo aquel que andaba desesperado por conseguir dinero y dispuesto a todos los sacrificios para conseguirlo, iba a la oficina de Tom Walker.

Tom era el amigo universal de los más necesitados y demostraba como tal con «el amigo que necesita», es decir que siempre exigía el pago y buenas garantías. Sus condiciones se endurecían en proporción a la angustia del candidato. Acumulaba pagarés e hipotecas, exprimía poco a poco a sus clientes y al final los arrojaba fuera, secos como una esponja.

Así fue aumentando su riqueza. Se convirtió en un hombre rico y poderoso, y se vanagloriaba de ello. Se construyó una vasta mansión, como suelen hacer los poderosos por el deseo de ostentar. Sin embargo, por pura mezquindad no acabó de construirla ni de amueblarla… Como se había vuelto muy vanidoso, adquirió un carruaje, pero mataba de hambre a los caballos que tiraban de él. Los ejes de las ruedas chirriaban por falta de grasa y aquel ruido era como si uno oyera a las almas de los pobres deudores que él oprimía.

Éste es el modelo de Scrooge: grandes cantidades de dinero, perspicacia para cerrar tratos, una manera despiadada de aplastar a los necesitados, una ostentación superficial aunada a la avaricia. Scrooge, igual que Tom, vive en una mansión que no tiene casi muebles. Pero, a diferencia del prefantasma Scrooge, Tom sabe que su alma está en peligro y le da por ir a la iglesia y llevar siempre consigo una Biblia para protegerse de la oficina de cobranzas del Diablo. Pero comete un error: menta con un juramento al Diablo justo en el momento en que no lleva consigo la Biblia. Y el hombre ennegrecido se lo lleva y nadie vuelve a verlo nunca más.

Sucedido esto, toda su riqueza se desvanece: sus pagarés y los documentos de sus hipotecas quedan «reducidos a cenizas», su oro y su plata a piedras, a esqueletos los caballos que otrora tiraban de su carruaje desvencijado, y su lujosa casa se quema y desmorona. Washington Irving conocía muy bien las leyendas populares: en las historias sobre visitas al país de las hadas, cuando sale el sol siempre se descubre que las pepitas de oro que les han dado son en realidad pedazos de carbón, lo cual nos lleva a

preguntarnos si muchas de estas leyendas no fueron resultado de experiencias vividas bajo el influjo de sustancias alucinógenas. La fortuna mal habida, nos dicen, es un tipo similar de ebria ilusión, y se desvanece: *a)* con la muerte o *b)* al despertar por la mañana con una tremenda resaca.

Así es la fortuna de Scrooge. El tercer espíritu que visita a Scrooge —el Fantasma de la Navidad del Futuro— le muestra una visión de cómo será su muerte si sigue siendo el mismo. Por ejemplo, llegan a una guarida de ladrones, una parodia magistral de la oficina de Scrooge; los exempleados de Scrooge están vendiendo las pertenencias de éste a un viejo bribón que, cual verdadero perito contable, anota en una pizarra las cantidades adeudadas. Las mercaderías son «un par de sellos, una caja de lápices, un par de gemelos y un alfiler de corbata sin gran valor»; también la camisa con la que supuestamente fue enterrado Scrooge —retirada del mismísimo cadáver— y las mantas y los cortinajes de su lecho. Es todo. Alguien debe de haber heredado la vasta fortuna de Scrooge, pero nada se dice al respecto. En cambio, nos cuentan que el gato araña la puerta, que las ratas roen debajo de la chimenea y que el cadáver dé Scrooge yace sobre la cama, «despojado, desposeído, sin nadie que lo velara, ni lo llorara, ni lo atendiera». Es una visión de pobreza absoluta, tanto material como espiritual.

Pero, como sabemos, Scrooge se salva al filial del cuento, mientras que el doctor Fausto, una criatura mucho más generosa y considerada, acaba con el cuerpo despedazado y su alma en el Infierno. ¿Por qué los signos de la salvación de Scrooge —la compra del pavo y todo lo demás— adoptan la misma forma que los signos de la condena de Fausto? Quizá porque, cuando Marlowe escribía, aquellas virtudes cristianas ideales, que habían dominado la sociedad durante siglos, como el desprecio de la riqueza, el ascetismo, la voluntad de pobreza, apartarse de las cosas del mundo, estaban aún muy cerca en el tiempo como para que se las siguiera considerando un modelo de santidad. En aquella época, la versión religiosa oficial era que resultaba más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un hombre rico entrara en el Cielo, y el recurso a la imagen del rico ardiendo en el Infierno mientras que el pobre disfrutaba en el Cielo seguía siendo muy frecuente en los sermones, aunque sólo fuera para que los ricos dejaran sus bienes a la Iglesia.

Pero entre Marlowe y Dickens se sitúa el triunfo completo de la Reforma protestante en Inglaterra, un movimiento que había empezado mucho antes, que había adoptado una forma inglesa con Enrique VIII, cuando éste rompió con el Papa y acto seguido ordenó la disolución de todos los monasterios, que

en la época de Marlowe encarnó en Isabel I como cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Los protestantes siguieron ganando terreno durante los dos siglos siguientes, y en el siglo XIX, aunque la aristocracia terrateniente inglesa conservaba todavía mucho poder, los mercaderes y los industriales se convirtieron en los grandes plutócratas. ¿Cómo considerar la riqueza? ¿Cómo un signo de la bendición de Dios, como en los tiempos de Job, o como un precioso tósigo, un signo de terrenalidad y de corrupción, como en los tiempos de los ascetas y los ermitaños? Era un debate que tenía lugar en el ámbito de la fe cristiana y entre sus diversas ramas desde hacía mucho tiempo. Que un camello pase por el ojo de una aguja es imposible sobre la tierra, pero en el Cielo todo es posible, argumentaban algunos, entonces, ¿por qué no podrías tener ambas cosas, una abultada cuenta bancaria y un sitio a la mesa del divino banquete *post mortem*? «Por sus frutos los conocerás», dice Jesús, quien se refería claramente a los frutos espirituales. Pero algunos apologistas sospecharon que estos frutos también podían ser materiales y por eso vieron en el hecho de ser rico un signo de la bendición y del favor de Dios, una opinión que aún hoy cuenta con partidarios en ciertos círculos fundamentalistas norteamericanos.

Algo más sucedió durante la reforma protestante: la usura, que en su origen significaba imputar a los préstamos cualquier tipo de interés, dejó de estar formalmente prohibida a los cristianos. Los banqueros cristianos habían esquivado antes la prohibición dando otros nombres a su actividad comercial —como en la actualidad hacen los banqueros musulmanes—, pero ahora la cuestión quedaba al descubierto. Después de Enrique VIII, los cristianos de Inglaterra pudieron legalmente cobrar intereses, y esta autorización se extendió más tarde a los cristianos de otros países. Muchos no dejaron pasar la ocasión de introducirse con presteza en ese mercado. Se tomaron medidas para limitar las cantidades que podían imputarse, pero esas medidas no fueron del todo eficaces; tampoco lo son en la actualidad, razón por la cual hoy contamos con agiotistas y tasas de interés diarias sobre los créditos que otorgan las compañías de tarjetas de crédito.

En el siglo XIX, el capitalismo estalló en Occidente esparciendo su metralla fiscal aquí y allá. Muy pocos comprendieron con exactitud cómo funcionaba el capitalismo. Parecía un gran misterio —cómo hacían algunas, personas para ser tan ricas sin hacer nada de eso que solía llamarse «trabajo»— y los supersticiosos pudieron muy bien pensar que una mano no humana había metido su dedo infernal en el pastel y había ayudado al capitalista próspero, y seguramente malvado, a extraer todas las ciruelas. Sin

mecanismos reguladores eran frecuentes los ciclos de prosperidad y depresión; y como no había redes de protección social, el sufrimiento, durante las depresiones, se generalizaba. Los que amasaban fortunas eran los que estaban en una posición que les permitía beneficiarse de las fluctuaciones del mercado —la usura, que significaba simplemente cobrar un interés, durante los siglos que siguieron a la abolición de la prohibición de cobrar intereses pasó a significar cobrar un interés exorbitante—, y Tom Walker y Ebenezer Scrooge, ambos prestamistas, están entre los especuladores.

La nueva Iglesia cristiana fundamentalista —especialmente en América del Sur— considera que pecar es en gran medida cometer pecados de la carne —sobre todo los pecados sexuales—, aunque también incluye la ingesta excesiva de bebidas alcohólicas y el consumo de drogas. La Iglesia católica también ha estado metida durante mucho tiempo en este asunto del sexo como pecado. Sea cual fuere el propósito, el resultado ha sido desviar la atención de los pecados de dinero a los del sexo. Pero, ni Washington Irving ni Charles Dickens cometen estos pecados. Tom Walker y Ebenezer Scrooge son sexualmente abstemios: sus pecados se deben enteramente a la adoración de Mammón, la personificación del becerro de oro.

El fantasma de Marley, el antiguo socio comercial de Scrooge, que explica los principios del acto de pesar el corazón después de la muerte, dignos de los antiguos egipcios y de la Edad Media cristiana, debe pagar después de la muerte por los pecados que Marley cometió en vida. Ninguno de estos pecados implica un devaneo con Elena de Troya; todos tienen su origen en las despiadadas prácticas comerciales típicas de Scrooge, pero también del capitalismo desenfrenado del siglo XIX. Marley arrastra una larga cadena hecha con «arquillas para dinero, llaves, candados, libros de contabilidad, escrituras de compraventa y pesadas talegas de acero». Le dice a Scrooge que arrastra la cadena que se forjó en vida; un ejemplo más de las imágenes de cautiverio y esclavitud que tan a menudo se asocian con las deudas, excepto que ahora quien lleva la cadena es el acreedor. Dedicarse a la extorsión y a las prácticas financieras usureras es un pecado espiritual y material, puesto que exige una fría indiferencia a las necesidades y sufrimientos de los demás y aprisiona al pecador en el interior de sí mismo.

Scrooge se libera de su pesada cadena de arquillas de dinero al final del libro, cuando, en lugar de sentarse encima de su pila de dinero, empieza a gastarlo. Es cierto, lo gasta en los demás, vale decir, exteriorizando la parte más preciada del cuerpo dickensiano: un corazón abierto. Pero lo que verdaderamente importa es que lo gasta. En el pasado un santo se habría

deshecho de su gran fortuna, habría vestido el sayal y salido a mendigar con un platillo. Pero Dickens no se opone a que Scrooge sea rico, no tiene nada en contra de eso; de hecho, hay algunos ricos en su obra que son encantadores, empezando por *Mr*. Pickwick. No se trata de si tienes, ni de cómo has conseguido lo que tienes: el posfantasma Scrooge, por ejemplo, no renuncia a su negocio, aunque no se dice si el negocio en cuestión seguirá siendo prestar dinero. No, lo que realmente cuenta es lo que haces con tu riqueza.

El gran pecado de Scrooge fue inmovilizar su dinero, pues, como reconocen todos los que lo estudian, el dinero sólo sirve cuando se mueve, puesto que su valor proviene enteramente de la cosa en que pueda traducirse. Razón por la cual, los Scrooge de este mundo, que se niegan a transformar su dinero en otra cosa, están estropeando el mecanismo: la moneda corriente se llama «corriente» porque debe circular. Por consiguiente, el final feliz de Scrooge está en total armonía con las principales creencias del capitalismo. Su modelo de vida es digno de Andrew Carnegie: hacer un dineral, avasallando y oprimiendo, y dedicarse luego a la filantropía. Lo amamos porque, fiel a las leyes de satisfacción de los deseos, que siempre implican obtener algo gratis o una tarjeta para salir de la cárcel, encarna ambas partes de la ecuación —la obtención codiciosa y el gasto hecho con alegría—, y le sale bien.

¿Era Dickens consciente de lo que significaba el nombre de pila de Scrooge? Ebenezer quiere decir «roca que ayuda», lo cual hace alusión al lado bueno y al lado malo de Scrooge: el duro, inflexible, frío Scrooge, y el bueno, solícito Scrooge que sale a relucir. Scrooge *el Malo* hace lo que a nosotros, en nuestros momentos de egoísmo, nos gustaría hacer: acapararlo todo para nosotros mismos y burlarnos de los mendigos. Scrooge *el Bueno* hace lo que sinceramente confiamos en que haríamos si tuviéramos dinero suficiente: compartiríamos nuestra fortuna y salvaríamos a todos los Tiny Tim de este mundo.

Pero no tenemos suficiente dinero. O eso es lo que nos decimos todo el tiempo. Y por esa razón mentimos a la persona de la asociación caritativa que llama a la puerta y le decimos: «Ya di en la oficina». Queremos ambas cosas. Como Scrooge.

Scrooge es fundamentalmente un personaje decimonónico, y en las páginas de la novela del siglo XIX la deuda como argumento hace realmente furor.

Cuando yo era joven e ingenua pensaba que el amor era el hilo conductor de la novela del siglo XIX. Pero, ahora, a mis años, más maduros y

complicados, veo que su hilo conductor también era el dinero, que en realidad ocupa un lugar mucho más importante que el amor, a pesar de lo idealizadas y ensalzadas que estén las virtudes del amor. Heathcliff, en *Cumbres borrascosas*, ama apasionadamente a Cathy y odia a su rival, Linton, pero el arma con la que puede dar expresión a su amor y a su odio es el dinero, y la tuerca a la que le da vuelta es la deuda: se adueña de la propiedad llamada Cumbres Borrascosas colocando a su propietario en la situación de tener una deuda con él. Y esto es lo que sucede en todas las novelas. En el siglo XIX, la mejor venganza no consiste en ver la sangre de su enemigo derramada en el suelo, sino en ver su hoja de balance cubierta con tinta roja.

Los psicólogos del siglo XX no sólo se inspiraron en los mitos antiguos sino también en los artistas del siglo XIX. Freud opinaba que «los poetas» —término que no aplicaba solamente a los poetas sino a los creadores narrativos de todo tipo— «por su conocimiento de la mente, están mucho más adelantados que nosotros, la gente común». Freud mismo debía mucho a los dramaturgos griegos y a las sagas bíblicas, pero también a Ibsen. Jung estaba impregnado de leyendas germánicas, pero también de las fantasías dramáticas como los *ballets Giselle* y el *Lago de los cisnes*. En lo que respecta a preocupaciones menos etéreas o íntimas —a dinámicas de fuerza adlerianas y a cómo actúa en sociedad quien debe algo a alguien—, harían bien en consultar una selecta tanda de novelas semirrealistas del siglo XIX.

Por ejemplo, la ilustración más perfecta de la versión turbia del Deudor que da Eric Berne —la versión llamada «Prueba y recauda»— la encontraremos en la obra más conocida de Thackeray, la novela *La feria de las vanidades*, de 1848. En ella asistimos a la nefasta bancarrota de la familia de la pobre Amelia Sedley, pero también vemos a la brillante, aunque socialmente inferior, aventurera y buscadora de oro Becky Sharp trepar por la escala social al casarse con el gallardo aristócrata Rawdon Crawley, que es un inútil. Crawley, que ha importunado a su familia casándose con Becky, motivo por el cual su familia le ha cortado los víveres, se gana la vida como un astuto jugador de cartas y experto en billar. En el capítulo «Cómo vivir con nada al año», Thackeray describe en todos sus pormenores cómo se las ingenia económicamente la familia Crawley. En lo esencial, Becky y Rawdon seducen a los comerciantes con sus modales aristocráticos y su posición social, y, como consecuencia de ello, los comerciantes les venden a crédito cosas que ellos nunca pagan. Becky, en particular, es una jugadora

consumada del «Prueba y recauda». He aquí lo que dice Thackeray al respecto:

> Me pregunto cuántas familias son arrastradas a la miseria y la ruina por los grandes ejecutores del sistema Crawley, cuántos nobles roban a sus proveedores, roban a sus sirvientes sumas miserables y regatean por unos pocos chelines. Cuando leemos que un noble se ha marchado al continente o que han subastado su casa y que tal o cual debe millones, la derrota parece hasta gloriosa, y respetamos a la víctima por la magnitud de su ruina. Pero ¿quién se apiada de un pobre barbero que no tiene dinero para empolvar las pelucas de los lacayos, o de un pobre carpintero que se ha arruinado haciendo adornos para el cenador de una gran dama, o del pobre sastre al que recomienda el mayordomo, que ha hecho cuanto está en sus manos para tener listas las libreas que el señor se ha dignado encargarle? Cuando la gran casa se derrumba, estos desgraciados resultan aplastados sin que nadie se dé cuenta: como dicen en las viejas leyendas, antes de que un hombre se vaya al infierno, envía allí a muchas otras almas.

Según la teoría económica del goteo (*trickle-down*), es beneficioso que los ricos se hagan aún más ricos dado que algo de su riqueza rebalsará, sin duda, porque son espléndidos en sus gastos, y goteará sobre los que están debajo de ellos en la escala económica. Obsérvese que la metáfora no es la de una cascada sino la de un grifo que gotea. Ni siquiera los más optimistas defensores de este concepto hablan de un flujo muy real que digamos, como lo pone de manifiesto su lenguaje. Pero en la imaginación humana, y por consiguiente en la vida humana, todas las cosas tienen una versión negativa y otra positiva, y si la teoría del goteo de la riqueza es su versión positiva, la negativa es la teoría del goteo de la deuda. Es posible que las deudas que rebalsan de los grandes deudores no sean grandes, pero lo son para aquellos sobre quienes gotean. Pobre señor Raggles, cuya casa alquilaron los Crawley y no pagaron jamás, está completamente arruinado cuando los Crawley se separan y se hacen humo.

La feria de las vanidades recibe su título de la ciudad del mismo nombre mencionada en la novela de John Bunyan, *El progreso del peregrino*, que hace referencia no solamente a la frase «vanidad de vanidades, todo es vanidad» del Libro de Proverbios, sino concretamente al reino de los bienes terrenales, tanto materiales como espirituales, así como a la actitud que conduce a creer que todo, absolutamente todo, se puede vender. La lista que presenta Bunyan en su *Feria de las vanidades* incluye: «Casas, tierras, negocios, plazas, honores, promociones, títulos, países, reinos, lujurias, placeres y delicias de toda clase, como putas, alcahuetas, esposas, maridos, hijos, amos, siervos, vidas, sangre, cuerpos, almas, plata, oro, perlas, piedras preciosas y mucho más».

Pues, ¿por qué no? Todas las sociedades humanas fijan un límite a lo que se puede comprar y vender, pero en *La feria de las vanidades* de Bunyan no

hay límites. No obstante, todo aquel que viaja debe pasar por allí, dice Bunyan. Es un lugar siniestro, lleno de «malabaristas, timos, juegos, teatro, tontos, monos, caballeros y bribones», así como «robos, asesinatos, adulterios, falsos juramentos y eso que es de color rojo sangre». En realidad, es un suburbio del Infierno y recorrerla acaba siempre en una horrorosa juerga de torturas y desmembramientos. Es una visión nacida de una conmoción, la conmoción causada por el choque del viejo mundo de la fe contra el nuevo, en el cual el comercio está listo para ser no sólo su rey sino su monarca absoluto. Los leales al viejo orden —un orden en el que había virtudes y lealtades, como la fe, la esperanza y la caridad, valoradas por encima del dinero— debieron de sentir con desesperación que Mammón estaba a punto de triunfar, y la feria de Bunyan, que es un gran centro comercial al aire libre, da forma a ese sentimiento. El nuevo mundo del dinero es, a sus ojos, la Ciudad de la Destrucción, y lo mejor que puedes hacer es alejarte de allí lo antes posible.

A mediados del siglo XIX, sin embargo, esa transición ya era cosa del pasado. Había en el ambiente cierta dosis de devoción y de mojigatería (un piano no tenía piernas sino patas, porque «piernas» era demasiado sugerente, y una señorita bien nunca se habría sentado en una silla de la que acabara de levantarse un joven caballero, por miedo a que el tapizado conservara aún la seductora tibieza de su cuerpo), pero un reputado hombre de la Iglesia, que sabía lo que era bueno para él, se guardaba bien de denunciar abiertamente la iniquidad de los ricos. La voz narrativa de Thackeray no es la voz de Bunyan, directa, apremiante, indignada y —dirán algunos— ingenuamente confiada, sino la de un hombre dé mundo, aburrido y práctico, que explica cómo son las cosas en este nivel social mundano. Su novela, nos dice, es un espectáculo de marionetas, y en esta clase de espectáculos los personajes son más pequeños que quienes los observan, y existen para divertirnos, no para elevar nuestra moral. Por eso, *La feria de las vanidades*, de Thackeray, es una novela camica, o irónica, al menos: Rawdon Crawley y Becky Sharp cometen impunemente sus fraudes y robos. Se salen con la suya, en un sentido literal del verbo salir, puesto que cada uno de ellos huye del terreno de sus fechorías y acaba en un país que no es Inglaterra.

La historia de Becky Sharp y Rawdon Crawley es la versión cómica del juego «Prueba y recauda» de Berne. Pero la mayoría de las novelas del siglo XIX que tratan sobre la deuda son mucho más tremebundas. El tema de la deuda está tan omnipresente que resulta difícil escoger ejemplos. ¿Naceremos en una prisión para deudores, como la pequeña Dorrit, de Dickens? ¿Sufriremos las consecuencias de las deudas contraídas de manera

irresponsable en *La cabaña del tío Tom*, cuando los seres humanos eran vendidos para cancelar deudas? ¿Nos hundiremos en una brutal ruina financiera a través de *Dombey e hijo*? ¿Avanzaremos varias décadas en el tiempo y cavilaremos sobre los tristes destinos de los dos aspirantes a escritores, en bancarrota y por consiguiente muertos, en *La nueva Grub Street*, la inteligente novela de George Gissing que describe el mundo del escritor esclavo?

¿O hemos de referirnos al impacto de la deuda en las mujeres? Podríamos comenzar examinando *Madame Bovary*, la novela de Flaubert, de 1857: la historia de una esposa provinciana que se entrega al amor romántico, al sexo extramatrimonial y a comprar y gastar sin ton ni son para escapar al aburrimiento, pero que, al final, cuando su doble vida la atrapa y sus acreedores amenazan con denunciarla, se envenena. Este libro fue juzgado de obsceno y Flaubert lo defendió esgrimiendo el aspecto espantoso del cadáver de Emma como un ejemplo de la moral inherente al libro: el salario del pecado sexual es el arsénico, que no sólo te mata sino que deja tu cuerpo hecho una ruina. Pero es una pista falsa. En realidad, Emma no es castigada por tener sexo sino por ser una adicta a las compras. De haber aprendido a llevar una contabilidad por partida doble y hacer un presupuesto habría podido seguir tranquilamente con su afición al adulterio para siempre —o por lo menos hasta la edad de la sensatez—, pero quizá con moderación.

O deberíamos tal vez cruzar el Atlántico y rastrear la triste carrera de Lily Bart en *La casa de la alegría*, de Edith Wharton, quien, si hubiera sabido cómo manejar sus deudas, no habría acabado también ella envenenándose. Lily *la Imprudente* no meditó lo suficiente en los principios del toma-y-daca: si un hombre te presta dinero y no te cobra intereses es porque pretende cobrarse de otra manera. Lily se niega a quedar bien con todos y se niega también a sacar partido de las cartas comprometedoras de un amigo falso, de manera que no hay lugar en este mundo para ella: Lily es pura como el lirio, que es lo que significa su nombre, pero es demasiado pura como para malvenderse, y ése es el significado oculto de su segundo nombre. Está a la venta en el mercado matrimonial durante cierto tiempo, pero, como no tiene dinero, su precio no es alto, y como no le agradan las perspectivas sórdidas de los postores, su reputación queda injustamente mancillada, ¿y quién quiere mercancías dañadas?

Esto nos lleva a reflexionar en los dos significados que tenía la palabra «ruina» en el siglo XIX. Para un hombre de esa época, ruina era la ruina financiera: contraer más deudas de las que podías pagar y luego tener que

presenciar cómo los alguaciles y ejecutores se apoderaban de tus posesiones. Todo esto hacía que te volvieras descuidado y que tus antiguos amigos evitaran saludarte por la calle. Pero, para una mujer del siglo XIX, ruina significaba principalmente ruina sexual: tener sexo, no consentido o consentido, antes del matrimonio, o que se pudiera pensar que lo había tenido, lo cual no tenía por qué significar su ruina financiera si la muchacha conseguía aprovecharse de la situación, como en el irónico poema de Thomas Hardy, «La muchacha arruinada»:

—¡Oh, Melia, querida, esto es el colmo!
¿Quién podía suponer que me encontraría contigo en la ciudad?
Y ¿de dónde sale esta bellísima ropa, esta prosperidad?
—¿Cómo, no supiste que me arruiné? —dijo ella.

—¡Nos dejaste destrozados, sin zapatos ni calcetines.
Extenuados de tanto arrancar patatas y cinchar en el puerto!
¡Y tú ahora luces bonitas pulseras y tres hermosas plumas!
—Sí, así nos vestimos las que estamos arruinadas —dijo ella.

—Tus manos antes parecían zarpas y tu cara azul y triste.
Pero ahora me cautivan tus delicadas mejillas.
Y luces unos guantes diminutos como una dama.
—¡Nunca trabajamos las que estamos arruinadas! —dijo ella.

[…]

—¡Ojalá tuviera plumas, un bello traje largo.
Y un rostro delicado, y pudiera pavonearme por toda la ciudad!
—¡Querida, una joven campesina como tú.
No puede desear eso! Tú no estás arruinada —dijo ella.

Estos versos nos señalan el camino a la obra que mejor Servirá a nuestros propósitos: una novela que combina deuda con ruina de dos clases, financiera y sexual. Es *El molino del Floss*, de George Eliot, y trata de lo siguiente:

Dos niños, Maggie y Tom Tulliver, viven en Dorlecote, un molino de agua junto al río Floss, que transforma el trigo en harina. El padre de los niños es el molinero.

Pero aquí debo hacer un paréntesis. Maggie Tulliver es hija de un molinero, no del dueño de una papelería o de un fontanero, que es algo muy diferente. De manera que voy a referirme brevemente a los molinos, porque ser hija de un molinero implica un pesado significado mítico. Lo mismo que ser molinero. Y que ser un molino, por supuesto.

Molinos, molineros, hijas de molineros. Los abordaré en ese orden.

Los molinos de agua son muy antiguos. En Occidente su existencia se remonta a la época de los griegos y de los romanos en que por lo general se

hablaba bien de ellos, puesto que hacían la labor de los trabajadores —los trabajadores esclavos, como Sansón, a quien le habían sacado los ojos— y también la de los animales. Fueron utilizados por los anglosajones de Inglaterra y su uso se extendió en la Edad Media. Pero en algún momento de su trayectoria empezaron a tener mala fama. Había un motivo: eran un artilugio mecánico, lo cual, a los ojos de un campesino supersticioso los convertía en objetos de envidia —«¡ojalá yo tuviera uno de ésos!»— y de desconfianza —«si funciona es porque lo maneja el diablo»—. También podían inspirar miedos, del tipo ¿y si se descontrola?, o ¿cómo hago para pararlo? Ejemplos modernos de estos miedos son las primeras películas sobre robots o nuestras primeras aventuras con un Cuisinart.

Hay un tema popular que se repite con mucha frecuencia relacionado con los molinos mágicos y su propensión a no pararse. Un campesino pobre adquiere un molino manual que funciona solo y muele cualquier cosa que se le pida, de manera que el hombre se hace rico. Pero otra persona se apodera del molino y se pone a moler una sustancia deseada —en los cuentos de los hermanos Grimm es el *porridge*—, pero al final no lo puede parar y toda la casa, hasta la calle donde vive, se cubren de *porridge*. Es horrible sólo pensarlo. Este argumento es muy parecido al tema de *El aprendiz de brujo* que ustedes habrán visto seguramente en *Fantasía*, la película de Walt Disney, cuando el ratón Mickey hace de aprendiz y el robot imparable toma la forma de una escoba y un cubo de agua. Moraleja: cuidado con las comidas gratuitas, porque no las hay: siempre hay un truco. Hermes es el dios de los trucos, las mentiras, los ladrones, la comunicación y el comercio —todo lo que se mueve y circula—, pero también es el dios de los artilugios mecánicos, como los molinos.

En la versión del molino manual con trampa de *El libro azul de las hadas*, de Andrew Lang, que leí de niña, el campesino adquiere el molino cuando va al Palacio del Hombre Muerto y hace un trato, mediante el cual obtiene el molino y a cambio los muertos reciben un jamón. Esto puede entenderse de dos maneras distintas: en las leyendas populares los muertos siempre tienen hambre y los artilugios mecánicos de invención moderna —por ser muy misteriosos— seguramente vienen de otro mundo, como quiera que tal mundo se llame. El astuto campesino le dice al molino que devuelva lo que muela convertido en oro, y el molino obedece: produce tanto oro que propicia la envidia de su hermano, que es rico. El hermano rico se las ingenia para comprar el molino y le pide que muela unos arenques, pero se olvida de preguntar cómo hay que hacer para apagarlo y acaba inundando el lugar de

arenques. Por último, un capitán de marina compra el molino y le pide que muela sal, puesto que él se dedica al comercio de la sal y entonces no se verá obligado a salir a la mar todo el tiempo. Pero tampoco él sabe cómo apagarlo, de manera que se lleva el objeto infernal a alta mar y lo arroja por la borda. Sabemos que ahora mismo está moliendo sin parar en el fondo del mar. Por eso es salada la mar.

Ya lo saben.

Luego, se preguntarán ustedes, ¿por qué el idealista Don Quijote ataca a los molinos convencido de que son gigantes malvados? ¿Por qué no ataca, por ejemplo, a otra clase de objetos de gran altura, como árboles o torres? Pero ya conocen la respuesta. Los molinos funcionan solos y tienen el aspecto de unos monstruos horribles, además de que tienen fama de ser malvados por el solo hecho de ser molinos. (En la maravillosa ópera de Cristóbal Halffter, *Don Quijote*, los molinos están representados por prensas de papel. Es la misma idea, salvo que, en este caso, los molinos muelen sin parar noticias y rumores, que son, en ambos casos, tan falsos como verdaderos). Además, los molinos anuncian el advenimiento de la Revolución industrial, y esto Don Quijote lo intuye. Esta Revolución, y todo lo que acarrea, son malas noticias para un caballero romántico como él, así como la Feria de las Vanidades es una mala noticia para un romántico religioso como John Bunyan.

William Blake reconoció en los molinos esas mismas cualidades infernales. En la época en que escribió su célebre poema «Jerusalén», con sus «oscuros molinos satánicos», los molinos, además de harina, producían tejido, y durante el proceso engullían a un montón de achacosos esclavos que dependían de su jornal. Pero los molinos de Blake ya venían con la fama de satánicos que habían heredado de una larga genealogía de molinos. Esa genealogía continuó durante el siglo XIX, hilando esos testamentos de la Revolución industrial que son *Mary Barton*, la novela de Elizabeth Gaskell ambientada en la típica ciudad con fábricas textiles, y, en Canadá, *The Master of the Mill* [El señor del molino], de Frederick Philip Grove, que narra la tragedia de un magnate.

Por el momento, ocupémonos de los molineros. Cuando yo estaba en tercer grado en la escuela nos daban clase de canto. Es hora de volver a ello, puesto que los estudiosos del cerebro nos dicen que, después de todo, el canto no es un adorno sino una ayuda necesaria para el desarrollo de la carretera neuronal juvenil: en resumidas cuentas, vuelve más inteligentes a los chicos. En fin, en aquella época teníamos canto y cantábamos unas canciones

bastante raras. Una de ellas era «El molinero del Dee», que, en la versión que yo aprendí, decía así:

Había una vez un alegre molinero
que vivía junto al río Dee.
Trabajaba y cantaba de la mañana a la noche,
no había alondra más alegre que él.
Su canto decía así:
Nadie me importa, no, a mí no,
y a nadie le importo yo.

¿Por qué, me pregunto, habrá creído alguien que este modelo de conducta sociopática era apropiado para los diminutos cantores que éramos nosotros? Hay otras versiones, depuradas, en las cuales nadie le importa al molinero *si* a nadie le importa él, y en las que éste es presentado como un modelo del fuerte espíritu de independencia financiera de los pequeños terratenientes ingleses. Pero a mí me enseñaron la versión, que es seguramente la original, que cuenta que al molinero le importan un bledo los demás. Jessica Banks, en su artículo «Molinos y molineros en la canción popular del Viejo y el Nuevo Mundo», nos informa de que en la tradición popular, los molineros son a menudo unos ladrones y tramposos que roban a los campesinos engañándolos con el peso y sustrayendo para consumo propio pequeñas cantidades de la harina molida. Un proverbio del siglo XVII reza así: «Si metes en una bolsa un molinero, un tejedor y un sastre y luego la agitas y los mezclas, el primero que salga será un ladrón». En otras palabras, las tres profesiones son sospechosas de latrocinio. ¿Por qué? Porque ellos, en vez de cultivar o fabricar algo —en ambos casos el resultado es tangible y por lo tanto comprensible, procesan algo: tu grano en harina, tu hilo en tela, tu tela tejida en ropa— y este valor añadido era difícil de cuantificar. Por otra parte, ciertas materias primas podían ser objeto de hurto.

Esta clase de molinero, el tramposo, es el que aparece en «El cuento del administrador», de Chaucer. Este molinero, rico y orgulloso, se las ingenia para hurtar media fanega de la harina extraída del grano que le han traído dos empleados, o estudiantes, del colegio universitario. Como dice uno de ellos, existe una ley según la cual «si se perjudica a un hombre en algo, debe ser compensado en otra cosa», de manera que se cobran su pérdida seduciendo astutamente a la hija del molinero y a su esposa, subrayando así el hecho de que las deudas —en particular las que tienen que ver con el sentido del honor de la parte perjudicada— no siempre se pagan con dinero.

La otra cuestión que subraya el relato es que ser hija de molinero puede ser peligroso porque es probable que te toque sufrir las consecuencias de las fechorías del molinero. La ambigüedad moral de los molinos y la siniestra herencia folclórica de los molineros son susceptibles de acarrear problemas y puedes muy bien verte de pronto en un apuro.

Los hermanos Grimm, en su cuento «La chica sin manos», refieren lo siguiente: un molinero atraviesa dificultades financieras y al final se queda sin nada, salvo el molino y un manzano plantado detrás del molino. Un día el molinero se encuentra con un anciano, un hombre raro, que dice que hará rico al molinero a cambio de lo que está en pie detrás del molino. El molinero piensa que el viejo se refiere al manzano y firma un contrato por escrito. (Este cuento debería ser de lectura obligatoria para todos los estudiantes de Derecho, como una advertencia de lo que puede suceder cuando se emplean frases vagas en un documento jurídico). Pero el anciano es la Vieja Herida (nosotros, lectores, ya lo sabíamos, porque, quién si no trataría de hacernos firmar un contrato como éste, del tipo «casi gratis») y lo que está de pie detrás del molino es su hija.

El plazo del contrato es de tres años. Cuando se cumplen los tres años aparece el Diablo para cobrar lo que se le debe. Pretende llevarse consigo a la hija del molinero, quien, en términos junguianos, es un sustituto del lado bueno del alma del molinero. Pero es una chica piadosa, y muy limpia, y como la limpieza se emparenta con la devoción, el Diablo no tiene poder sobre ella. Para que la hija del molinero esté sucia, el diablo ordena al molinero que le quite el agua que usa para lavarse, pero ella llora muchísimo y las lágrimas le empapan las manos, de tal manera que las conserva bien limpias. Entonces el Diablo ordena que se las corte. Pero ella se lava los muñones, de manera que —tres veces afortunada— el Diablo debe marcharse pues su pacto resultó un timo.

El resto del cuento se refiere a lo que le sucede a la hija del molinero cuando viaja por el mundo, ya que, comprensiblemente, no desea permanecer junto a un padre que la vendió al Diablo y le amputó las manos. Un ángel la protege y le ayuda a comer una pera del peral del rey. Gracias a esto, se casa con el rey, quien le hace unas manos de plata. Pero el Diablo sigue interesado en ella y trata de que la maten. Recurre a una estratagema muy tradicional que consiste en intercambiar las cartas del rey con cartas escritas de su puño y letra en las que se la acusa falsamente de haber dado a luz a un monstruo —prueba de que la muchacha ha sido mala y ha faltado a la castidad— y ordena que sea ajusticiada. Así las cosas, vuelve a irse por el mundo, esta vez con un

segundo ángel custodio. Como «La chica sin manos» es un cuento de hadas, todo termina bien, el rey vuelve a su trono con un hermoso hijito, y, como además ha sido una chica buenísima, las manos le vuelven a crecer.

El molino del Floss, de George Eliot, no es un cuento de hadas. Maggie y Tom Tulliver viven en el Molino Dorlecote con su padre, el señor Tulliver, el molinero, que se halla en una situación financiera difícil. No se topa con el Diablo ni firma contrato alguno con él, pero hace el equivalente decimonónico: pone en peligro a su familia y a él mismo, porque es propenso a obstinarse en pleitear. Pleitea a propósito de quién es el propietario de los derechos sobre el agua del río Floss: Tulliver pelea por cosas como diques y proyectos de irrigación que, está convencido, afectarán el flujo del agua a su molino. El abogado que actúa por la parte contraria es Wakem, y en él focaliza Tulliver su ira y su resentimiento.

Tulliver es un molinero honesto, Eliot nos lo dice muchas veces; nos lo tiene que repetir porque la honestidad no es propia de un molinero. Su adversario, el abogado Wakem, es quien encarna al molinero astuto y artero de la tradición popular, y, en cierto modo, se convierte en un molinero de verdad, puesto que compra el molino de Tulliver. Si Tulliver no hubiera sido tan honrado, habría entendido las reglas del juego. Tal como es, simplemente está enfadado, mal aconsejado y perplejo frente a aquéllos a quienes él llama «bribones». Pierde su último pleito y tiene que pagar las costas y los daños, de manera que se endeuda y endeuda a su familia, y para colmo, ante la evidencia de que lo ha perdido todo, sufre un ataque que lo deja inválido durante un tiempo. La hipoteca sobre el molino es ejecutada, los bienes de la familia embargados y vendidos, y Tom y Maggie —aún adolescentes— se ven obligados a dejar la escuela y salir al duro mundo a ganar un jornal para valerse por sí mismos en la intolerante sociedad de provincias en la que viven.

Esta novela se suele leer como la historia protofeminista de la inteligente, impetuosa, idealista, apasionada, aunque frustrada, Maggie Tulliver, una mujer nacida antes de su tiempo, y, en gran medida, lo es. Pero ¿y si la leyéramos como la historia de la deuda del señor Tulliver? La deuda es el motor de esta novela: impulsa el argumento, cambia la mentalidad de los personajes y determina su campo de acción. De no haber sido por las deudas de su padre, Maggie habría podido atraer a un marido serio, pero tal y como son las cosas, se queda sin un centavo, lo cual, en el siglo XIX, significa ser muy vulnerable: no tener dinero, entonces como ahora, limita seriamente las posibilidades de elegir, tanto cuando se trata de lo que se quiere comprar como de elegir pareja. Maggie es una chica sin manos —en aquella época, las

oportunidades para las mujeres eran limitadas y no había muchos trabajos honestos que pudiera hacer para ganar realmente dinero—, además de que carece de las habilidades de una artesana: su trabajo de costura es simplón y poco imaginativo.

Sola, sintiéndose abandonada y privada de todas las cosas buenas de la vida, se enreda en un cuadrángulo emocional: Philip Wakem, hijo del abogado Wakem, la ama; ella ama a Stephen, el pretendiente de su prima Lucy; Stephen ama a Maggie; Maggie es leal a Lucy. Como consecuencia de todo esto, tal como le sucede a la chica sin manos, Maggie resulta sospechosa, por error, de mala conducta sexual. Como es piadosa, renuncia a Stephen porque siente que, si lo acepta y se casa con él, violaría sus principios cristianos: sería un acto egoísta y traicionaría a su prima Lucy. Pero Maggie no tiene ángel de la guarda: está arruinada. Casi todos la evitan, incluso el pastor, que al principio trata de defenderla —sus feligreses empiezan a hablar —, y especialmente Tom, su querido hermano, que es implacable y duro de corazón. A las madres les complacerá saber que la señora Tulliver se mantiene firme a su lado, aunque una matrona como ella no impone autoridad, no mucha más de la que podría imponer entre un grupo de chimpancés.

Entretanto, en bancarrota y sin fortuna, el señor Tulliver sigue al frente del molino Dorlecote ocupando el cargo de gerente. Su patrón es su enemigo, el abogado Wakem, quien ha comprado el molino y ha contratado a Tulliver, sin duda para vengarse: «Los hombres prósperos disfrutan con alguna pequeña venganza de vez en cuando —dice Eliot—, a modo de entretenimiento, cuando se les presenta en el camino y no obstaculiza sus asuntos. Y estas pequeñas venganzas —que abarcan todos los grados de las ofensas desagradables— tienen un enorme efecto sobre la vida, ahuyentan a los hombres preparados y deshonran a terceros con conversaciones banales».

Es la teoría del «goteo» de la venganza y Wakem es feliz participando en ese proceso.

> … Le resultaba placentero hacer exactamente aquello que provocaría en el señor Tulliver una mortificación infalible y resultaría para él un placer refinado que no era mero resultado de la maldad, sino que se mezclaba con la buena conciencia. Produce cierta satisfacción ver a un enemigo humillado, pero eso es poco en comparación con la que proporciona verlo humillado por nuestra benevolencia. Esa clase de venganza pertenece al terreno de las virtudes, y Wakem tenía la intención de no salirse de éste.

Tulliver acepta el puesto para poder quedarse en su amado hogar ancestral y proporcionarle un poco de seguridad a su esposa, pero se ofende por lo que

Wakem hace con él y se niega a perdonarlo, porque el perdón es «la manera que tiene el Diablo de apoyar a los bribones». Le dice a Tom que escriba en la Biblia que posee la familia que ni Tulliver ni Tom perdonarán nunca a Wakem y que desea que algo malo le suceda. Maggie protesta diciendo que «está mal maldecir y guardar rencor a alguien», y tiene razón; es de mal augurio servirse de la Biblia como papel para redactar un contrato semejante, puesto que de un contrato se trata, y Tom debe firmarlo. Pero ¿quién es la otra parte del contrato? ¿Es Dios? No estamos seguros. Tom no tiene escrúpulos en firmar, ya que, por su carácter, no es alguien que esté dispuesto a perdonar fácilmente.

Tom logra afianzarse como comerciante y con mucho esfuerzo y no poca perspicacia comercial gana suficiente dinero para cancelar las deudas de su padre. El día del pago de la deuda, el señor Tulliver se encuentra con el abogado Wakem, quien lo vuelve a insultar. Pero Tulliver, que ahora está en condiciones de poder dejar su puesto, le propina a Wakem una buena paliza «para que las cosas sean más equitativas en este mundo». Luego, sufre otro ataque y abandona este mundo rindiendo tributo a sus viejas nociones de equilibrio y justicia: «Tuve mi oportunidad —dice—. Lo castigué. No fue más que justicia. Nunca quise más que lo que es justo». Hay deudas que pueden ser canceladas con dinero y ésta es una de ellas. Tulliver fue un deudor, pero se siente también acreedor: Wakem «le debe» por el mal trato que le infligió y debe pagar esa deuda con dolor y humillación.

El conflicto entre Tulliver y Wakem es algo que ya hemos visto: el romántico y honesto contra el nuevo tipo de explotador, desconcertante y cínico, excepto que ahora el antiguo molino artero e infernal y su molinero están del lado del viejo e ingenuo, y la artimaña reside ahora en una práctica tramposa de la ley. El poder de quienes producen los bienes materiales se ha trasladado a quienes redactan los contratos que rigen su proceso de elaboración. Hermes —dios del comercio, de los ladrones, las mentiras, las artimañas, los ardides y los mecanismos— ha cambiado de lealtades. Y así es en la actualidad: ya no hacemos chistes de «molineros timadores», pero ¿cuántos chistes de «abogados tramposos» conocen ustedes?

Las cosas no le salen bien a los Tulliver, como tampoco a Don Quijote. Tulliver muere y, no mucho después, Tom y Maggie también mueren, ahogados en el río, al fin reconciliados. Al igual que el cristiano de John Bunyan en *El progreso del Peregrino* —un libro que Tom y Maggie solían leer de niños—, ellos obtienen su postrer recompensa cruzando las aguas de la muerte. Como dice el refrán, la muerte paga todas las deudas, lo cual es cierto

con respecto a las deudas morales, como la que Maggie siente que tiene con Lucy.

Pero el abogado Wakem se libra de ella, aunque no de la paliza. Como ya les dije, esta novela no es un cuento de hadas.

Empecé hablando de la deuda como un guión de la-historia-de-mi-vida, que es el enfoque que adopta Eric Berne cuando describe las variantes del juego del «Deudor».

Pero la deuda figura también en un juego de verdad: un antiguo juego inglés de salón. De hecho, es uno de los juegos que Scrooge, invisible, presencia durante la fiesta navideña de su sobrino. No es casual que Dickens —pues todo lo que los espíritus le muestran a Scrooge debe poder aplicarse a su vida egoísta— llame a este juego «las prendas».

El juego de las «prendas» tiene muchas variantes, pero las reglas de la que es quizá su forma más antigua y completa son las siguientes: los jugadores se sientan en círculo y uno de ellos es elegido para que actúe de juez; cada jugador —el juez inclusive— aporta un objeto personal; a espaldas del juez, los jugadores eligen uno de estos objetos y lo mantienen en alto. Luego recitan estos versos:

> *Pesado, pesado pende sobre tu cabeza.*
> *¿Qué debo hacer para redimirte?*

El juez —que ignora a quién pertenece ese objeto— nombra una acrobacia, u otra cosa que el propietario del objeto debe realizar. Todos se divierten muchísimo con las cosas absurdas que suceden a partir de ese momento.

Los modelos de la vida real sobre los que está basado este juego son dos. El primero y más benigno es el montepío, en el cual la cosa pesada que cuelga sobre la cabeza es una deuda que hay que pagar para redimir el objeto. Pero «*to deem*» —la raíz de «*redeem*»— no sólo significa nombrar en el sentido de conferir una identidad, sino también juzgar, un significado relacionado con el verbo «*to doom*» (condenar o predestinar). Y una prenda significa algo que se ha perdido a causa de un crimen o fechoría. De manera que el segundo modelo, y el más siniestro, del juego de las «prendas» es la condena de un prisionero a muerte; la cosa pesada que pende sobre su cabeza es el hacha del verdugo y el objeto que debe ser redimido es una vida.

No hay nada que los seres humanos seamos capaces de imaginar, ni siquiera la deuda, que no pueda transformarse en un juego, en algo que

hacemos para divertirnos. Y, a la inversa, no hay juegos, por frívolos que sean, que no se puedan jugar también en serio y, a veces, hasta adoptando formas muy desagradables. Seguramente ustedes lo saben, si alguna vez les tocó jugar al *bridge* con una banda de implacables y triunfadores ases de cabello blanco, o escucharon en los informativos acerca de esas madres incondicionales que se proponen asesinar a las rivales de sus hijas. A medio camino entre el juego de pulgas y el de la batalla de Waterloo —entre juego de niños y juego bélico— están el *hockey*, el fútbol y sus semejantes, en los que, cuando la hinchada grita «¡A matar!» no lo dice por decir, en broma. Cuando el juego se pone muy feo, se convierte en lo que Eric Berne denomina un «juego reñido». En los juegos reñidos las apuestas son altas, el juego es sucio y bien puede acabar con un charco de sangre en el suelo.

En el capítulo siguiente me referiré a los juegos reñidos del deudor y el acreedor, que incluyen la venganza, el delito, los castigos, las cuestiones macroeconómicas, las suspensiones de pago cifradas en miles de millones de dólares y las revoluciones impulsadas por la deuda. Se titula, apropiadamente, «El lado “Sombra”».

4
El lado «Sombra»

Sé lo que están pensando: «¿No es ya bastante tenebroso todo lo que nos ha contado sobre los montepíos del alma, los Comedores de Pecados y los pactos con el diablo? ¿Qué más tenebroso que eso puede haber?». Mucho más, porque, antes de llegar a ser muy tenebroso, ya es el colmo de tenebroso. Pero no se preocupen: reservo lo más esperanzador para el final del libro. Como Pandora.

En este capítulo me propongo abordar lo siguiente: ¿Qué sucede cuando la gente no paga sus deudas, no puede pagar sus deudas o no va a pagar sus deudas? En esos casos, ¿qué hay que hacer? Y, como una extensión de la misma pregunta, ¿qué sucede si es una deuda que, dada su naturaleza, no se puede cancelar con dinero?

Empecé a reflexionar sobre la deuda por varias razones, entre ellas figuraba la perplejidad que me producía cierta frase, una que ustedes ya no oyen decir con tanta frecuencia, pero que todavía se oye: «Pagó su deuda a la sociedad». También decíamos «el delito no es rentable», creyendo, siendo optimistas, que esto significaba que a la larga el delito no beneficiaba al delincuente. Aunque, bien podría significar, siendo pesimistas, que Delito, ese gorrón corrompido, se marchara y te dejara a ti pagando sus facturas.

En las historietas policíacas de los años cuarenta, malas y melodramáticas, que yo leía de niña, el delito no era rentable. En aquellas historias morales, particularmente truculentas, por lo general, los delincuentes perpetraban sus siniestras hazañas iluminados por una sola bombilla, o por la luz que proyectan los faros de un coche, pero al final siempre los atrapaban. «*The jig's*[4] *up*», decía uno, dejándome aún más perpleja. ¿Qué era «*jig*»? ¿Una

danza irlandesa? Y si lo era, ¿qué significaba eso de estar *up*, arriba? O bien los delincuentes acababan estrellados contra una pared, en medio de una explosión roja y amarilla del fuego de una ametralladora, emitiendo gritos. Pero si en vez de matarlos los cogían, se veían obligados a pagar en el otro sentido de la expresión: tenían que hacer algo que se llamaba «pagar por sus crímenes».

Esta frase sugiere un supermercado del delito, en el que puedes entrar y mirar los diversos crímenes que se ofrecen, escoger los que desees, llevarlos a la caja y abonar con dinero o presentando tu tarjeta de crédito (más por los crímenes más grandes, menos por los más pequeños), y salir luego a la calle a cometerlos alegremente. Un equivalente a este supermercado realmente existió en el pasado: la Iglesia católica vendía indulgencias,\por las cuales uno pagaba después de haber cometido la mala acción, no antes. Y lo mismo existe hoy en día con otros nombres: Ángeles del Infierno, la Mafia y demás empresas de contratación de crímenes. Me dicen que los términos de estos contratos estipulan que la mitad del pago se efectuará antes y la otra mitad después de haber sido cumplimentados. Pero no es esto lo que se suponía que significaba la frase «pagar por sus crímenes».

Asimismo, «pagar su deuda a la sociedad» no siempre quería decir multa. Era una expresión que significaba ajusticiamiento o cárcel. Ahora bien, consideremos esto a la luz de todo lo que hemos dicho sobre el deudor y el acreedor como gemelos estrechamente unidos puestos sobre los dos lados de una balanza, cuyo peso se equilibra una vez que han sido pagadas todas las deudas. Si la persona ajusticiada o encarcelada es el deudor, de quien se piensa que debe algo a alguien, y si su acreedor es la sociedad, ¿de qué forma se beneficia la sociedad con su condena o su encarcelamiento? No se beneficia en el plano financiero, ya que cuesta mucho dinero juzgar a las personas y luego encerrarlas, o cortarles la cabeza o destriparlas o quemarlas en la hoguera o electrocutarlas hasta que el humo les salga por las orejas, etcétera. Entonces, de lo que se trata es, sin duda, de otra clase de pago.

Si todavía nos rigiéramos por un plan de cancelación de deudas rigurosamente ajustado a la ley mosaica del ojo por ojo, la parte de la ejecución tendría cierto sentido, vale decir, si el individuo ajusticiado hubiera asesinado a alguien. Un cadáver resultaría en otro cadáver, equilibrándose así la balanza. Pero, una temporada en la cárcel no equivale a nada —por eso, las sentencias de prisión varían de una época a otra y de un lugar a otro—, y el beneficio material para la sociedad no es solamente cero, sino mucho menos de cero, porque, el único que en realidad está pagando por algo es el

contribuyente y no el delincuente, a quien la sociedad envió a la cárcel. Las razones más invocadas para justificar el hecho de encerrar a las personas son dos: disuadir a futuros delincuentes y lograr que la persona encarcelada se corrija moralmente; y no parece que hayan funcionado muy bien que digamos en términos de dinero. La educación es la mejor manera de disuadir, además de más barata, y el servicio a la comunidad es el mejor corrector moral y también el más barato.

Lamentablemente, la clase de pago implícita en la frase «pagar por sus crímenes» significa en realidad vengar los crímenes. Por consiguiente, el Debe —el delito en sí y el perjuicio que ese delito pudo haber ocasionado a otros— y el Haber —el regodeo en la superioridad moral, la sensación de que el sinvergüenza se lleva su merecido— realmente no pueden, de ninguna manera, expresarse en sus equivalentes en efectivo. De manera semejante, algunas deudas nunca pueden ser deudas de dinero, porque son deudas de honor. El sentimiento con respecto a este tipo de deudas es que hay que exigir otras formas de pago, y estas formas con frecuencia tienen que ver con la aplicación de desagradables procedimientos de ejecución, contundentes o cortantes, sobre el cuerpo de otras personas. «Hamlet, recuerda», dice el fantasma del padre de Hamlet, lo cual no significa que Hamlet deba ir a decirle a Claudio: «Tú mataste a mi padre, eso vale mil ducados», sino que las cuentas no estarán equilibradas hasta que Claudio haya muerto, no de viejo, sino a manos de Hamlet, en Venganza.

La venganza es un tema fascinante —fascinante para todos los que alguna vez dieron una patada a su hermana o a su hermano por debajo de la mesa y a cambio recibieron otra más fuerte, o para quienes arrojaron una bola de nieve y recibieron a cambio una piedra—, y estoy segura de que ustedes están deseosos de que les hable de ello, con ejemplos. Como éstos: la novia abandonada que se introduce a hurtadillas en el apartamento de su ex y recorta agujeros con forma de corazón en sus elegantes y carísimas corbatas y mancha las cortinas de su dormitorio con paté de anchoas; o el novio rechazado que le envía a su amante de una noche una docena de coronas de flores con cintas negras, más la factura de la floristería; o, peor aún, el tipo que llamó a la policía y dijo que había un cadáver en casa de su ex y cuando la policía llegó, lo negaron y afirmaron que no era cierto, y la policía, entonces, se vio en la necesidad de volver con una orden de registro; o —nada que ver con los juegos de niños que practicaba la educada sociedad canadiense de antes— los cadáveres destrozados que aparecen en el umbral de las casas cuando se actualiza una vieja contienda de sangre en un país

donde estos rituales todavía son obligatorios. Estos hechos no pueden ser cuantificados —son materia de evaluación subjetiva, como el arte—, de manera que es imposible decir si determinado asunto de venganza ha servido para nivelar la balanza. Por consiguiente, la venganza puede convertirse rápidamente en una sucesión de venganzas en cadena, cada una peor que la otra.

Pero me ocuparé más tarde del capítulo «venganza». La venganza no sólo es un plato más sabroso si se sirve frío, sino que nos llevará por un tenebroso «túnel de los horrores» hasta los rincones más oscuros y lúgubres de la psiquis humana. Vale más dejar esta clase de experiencias para el final. En primer lugar, haremos un recorrido relativamente ameno por los suburbios menos duros del País de Sombra: esto es, las diversas consecuencias que puede tener la falta de pago de aquellas deudas de naturaleza rigurosamente financiera.

¿Qué sucede cuando tienes una deuda legítima de dinero y no la pagas? Esto también puede significar «no puedo pagar» o «no voy a pagar», como en la pregunta que hacen los padres franceses a sus hijos: «*Tu ne peux pas, ou tu ne veux pas?*». [¿No puedes o no quieres?]. Sea como fuere, las sociedades han establecido una gran variedad de martillos, tenacillas, patadas y tormentos para obligar al deudor a soltar su dinero, porque, sin su espada, o al menos los medios para dar una buena palmada en la muñeca, la diosa Justicia es impotente.

En el pasado, los castigos por falta de pago eran severos y adoptaban diversas formas, que iban desde la esclavitud hasta la confiscación de los activos. En Inglaterra, desde el siglo XVII hasta comienzos del XIX, tu acreedor podía hacer que te detuvieran y te acusaran de ocultar tu riqueza, y que te metieran en una cárcel para deudores, sucia, húmeda y superpoblada, y que allí te pudrieras, a menos que cancelaras tu deuda o alguien te sacara pagando por ti. En la cárcel debías cubrir los gastos de tu manutención y alojamiento, lo cual era una crueldad considerando que te habían encarcelado precisamente porque no tenías dinero. De manera que, a menos que viniera alguien a rescatarte, lo más probable era que te murieras de hambre y de frío. Ese formidable escritor del siglo XVIII que fue el doctor Samuel Johnson, dijo a propósito de estas cárceles para deudores:

> Es inútil seguir con una institución cuya ineficacia queda demostrada con la experiencia. Hemos encarcelado a una generación tras otra de deudores, pero no vemos que su número

> disminuya. Hemos aprendido que la temeridad y la imprudencia no se abstendrán de solicitar crédito; tratemos de ver si se puede impedir que el fraude y la avaricia sigan dándolo con tanta facilidad… Quienes redactaron las leyes supusieron, aparentemente, que la falta de pago es un delito del deudor. Pero la verdad es que el acreedor también es culpable de actuar de forma deshonesta, y a menudo es más que el deudor. Pocas veces sucede que un hombre envíe a otro a la cárcel, salvo por las deudas que aceptó contraer con la esperanza de beneficiarse, y por negocios ventajosos en los que adecuó el riesgo a su beneficio; no existe razón alguna por la cual uno debería castigar al otro por un contrato que ambos convinieron.

En otras palabras, los dos eran culpables, tanto el que pedía prestado como el que prestaba, si el acuerdo entre ellos no funcionaba: el primero porque, al pedir prestado, puso en peligro su seguridad, y el Segundo porque quiso sacar provecho —excesivamente, se entiende— de la desesperación o del excesivo riesgo corrido por el primero. Habían hecho el contrato, confiando en el interés de ambas partes y por lo tanto había que imputar su fracaso al mal cálculo y a la codicia de ambos. Es muy posible que la opinión indulgente que tenía el doctor Johnson de los deudores encarcelados se debiera a que él mismo estuvo a punto de convertirse en uno de ellos.

En Inglaterra era frecuente que la familia del deudor fuera a vivir con él a la cárcel y que la esposa y los hijos salieran a trabajar para pagar el alojamiento y la comida de toda la familia. Se parece mucho a lo que estipulaba el Código de Hamurabi hace cuatro mil años: podías vender a tu esposa e hijos para pagar tus deudas. Se parece también a la esclavitud infantil en la India actual. Según las estimaciones de Human Rights Watch, quince millones de niños trabajan sin descanso horas y horas para pagar las deudas en que han incurrido sus padres, quienes muchas veces no tienen otra forma de devolver el dinero. Pero en Inglaterra, en el siglo XIX, la palabra para esta clase de trabajo del niño y su familia no era «esclavitud». Esta palabra se reservaba para otra forma de esclavitud, mediante la cual una persona pretendía poseer a otra completamente. Sin embargo, a los niños que trabajaban por deudas se los privaba, y se los priva, sencillamente de su libertad.

Al padre de Charles Dickens lo encerraron en una prisión para deudores de Marshalsea, y a Charles, a los doce años, lo sacaron de la escuela y enviaron a trabajar a una fábrica de betún, una experiencia desmoralizadora que ensombreció su vida y siempre lo persiguió en sueños. Por su obra desfilan despreocupados gandules, personas amables en bancarrota, aprovechados inservibles y desesperados prisioneros por deudas. El lado miserable del carácter de Scrooge procede del propio Dickens, que era un hombre francamente generoso en muchos sentidos, pero también muy estricto con el dinero, pues temía seguir los pasos de su imprevisor padre.

El personaje lleno de deudas más famoso de Dickens es el señor Micawber, de *David Copperfield*, cuyo modelo, según se ha dicho, fue el padre de Dickens. El señor Micawber está siempre esperando que «salga algo», pero, cuando ese algo sale, se lo gasta en bebida. Se cita a menudo la receta de Micawber para la felicidad. Cuando el joven David va a visitarlo a la cárcel para deudores, llora mucho, y David «recuerdo que me conjuró solemnemente a que aprendiera de su destino y que no me olvidara jamás de que si un hombre con veinte libras al año de renta gastaba diecinueve libras, diecinueve chelines y seis peniques, podía ser feliz, pero que si gastaba veintiuna libras sería desdichado». Dicen que es la cita exacta de una frase dicha por el padre de Dickens.

Pero, en cambio, no se cita tan a menudo el resto del párrafo del discurso moralizador del señor Micawber: «Después de lo cual me pidió prestado un chelín para cerveza y me entregó un recibo para que la señora Micawber me devolviese esa cantidad, se guardó el pañuelo en el bolsillo y recobró la alegría». Micawber es un hombre que se metió en camisa de once varas y no sabe cómo quitársela, de manera que disfruta con ella. Muchos de los deudores que retrata Dickens son conscientes de su humillación y su desgracia; el señor Micawber no. El viejo *bines «Been Down So Long It Seems Like Up to Me»* podía haberlo cantado él. Es tan desvergonzado que llega hasta a mangarles a los demás deudores. Dista mucho de ser honrado, responsable y escrupuloso, y es un farsante fenomenal: sus lágrimas casi siempre son puro teatro. Pero el lector lo admira por su desenfadada habilidad para sacarse los problemas de encima, y Dickens, en cierto modo, también. El señor Micawber actúa sin malicia. Causa daño, es cierto, pero no lo hace queriendo.

Las cárceles para deudores fueron, en gran medida, un fenómeno del Viejo Mundo, donde la superpoblación urbana había abaratado la mano de obra. Pero cuando América del Norte empezó a crecer aceleradamente hubo una gran demanda de trabajadores físicamente aptos, de manera que, desde el punto de vista económico, encarcelar a la gente por no pagar sus cuentas no tenía sentido. En cambio, se obligaba a los deudores a firmar un contrato por el cual se comprometían a trabajar para un patrón determinado durante un período de tiempo, es decir, hasta que hubieran reembolsado la totalidad de sus deudas. Nuestro actual «servicio a la comunidad» es lo que más se parece a esto, aunque no necesariamente se lo utilice en sustitución de la falta de pago de una deuda. En las sociedades occidentales todavía encarcelamos a las personas por no pagar, casi siempre cuando se trata de un incumplimiento del

deber de asistencia a los niños, pero en este caso lo más probable es que la persona sea acusada de desacato. En realidad se trata de un castigo por una actitud percibida, «no vas a pagar», y no de un castigo por falta de fondos, «no puedes pagar».

Aparte de eso, las cosas que pueden sucederte hoy, en América del Norte, si no pagas tus deudas, no representan una amenaza para tu vida, y por eso no impresionan demasiado al extravagante prestamista. Me han dicho que los estudiantes universitarios cuentan sus historias sobre préstamos, que significan un elevado pago de saldo al vencimiento, riéndose a carcajadas, no llorando de desesperación. Todo el mundo está endeudado, ¿y qué? Así son las cosas, y si no fueran así, ¿cómo se supone que harían para estudiar? En cuanto a pagar, pensarán en ello más tarde.

Un amigo mío —sucedió allá por los años setenta— recibió una de esas cartas imprudentes que las compañías de tarjetas de crédito, de reciente aparición en el mercado, solían enviar en aquella época. Te enviaban una tarjeta por correo, sin cuestionario previo. Le enviaron una a mi amigo, que inmediatamente la usó hasta el máximo admitido. Ello dio lugar a un divertido juego de «prueba y recauda». Pagaba una pequeña suma todos los meses, cinco dólares con treinta y dos centavos, o una cantidad parecida, ínfima y fastidiosa. La compañía se molestó en serio y derivó la factura a una agencia de cobros. Entonces mi amigo empezó a recibir insultos por teléfono. Esto ocurría en la época en que aún no se había inventado la pantallita que nos permite saber quién nos llama.

—Discúlpeme —decía mi amigo al cobrador—. Comprendo que tenga que llamarme, pero objeto el tono en que me habla. No tiene necesidad de ser mal educado. Si no fuera por las personas como yo, las personas como usted no tendrían trabajo. Llame, pues, pero sea cortés.

—Claro, de acuerdo —decía el cobrador, viendo que tenía lógica lo que le estaban diciendo.

Y como esto sucedía en el Canadá, a partir de ese momento el señor se comportó con cortesía.

Hoy en día, las personas agobiadas por las deudas tienen un recurso al que antes no siempre tenían acceso: se pueden declarar en quiebra a título personal y zafar mal que bien. Existen agencias que te ayudan por muy poco dinero. «Arréglelo por menos de lo que debe», te animan los anuncios en el metro. Es verdad, hay salidas —se verá afectado tu nivel de crédito y perderás algunos de tus ostentosos juguetes—, pero no te arrojarán a un calabozo oscuro y frío donde tendrás que subsistir a corteza de queso y pan viejo, y

donde los otros presos te robarán el pañuelo de seda, las botas y los gemelos. En términos generales, no. No aquí. Todavía no.

Hasta ahora hemos hablado de lo que podrían legítimamente hacerte por no pagar deudas que fueron contraídas legalmente. Pero ¿qué sucedería si la deuda hubiera sido pactada en algún sórdido escondrijo al margen de la ley? ¿Qué sucedería, por ejemplo, si el deudor pidiera dinero prestado a un usurero de la Mafia? Entonces, las presiones que tendría que soportar podrían ser de otro orden, muy diferentes.

Mi principal fuente de información sobre estas cuestiones es el inimitable Elmore Leonard. En su novela policíaca *Cómo conquistar Hollywood*, su antihéroe, Chili Palmer, trabaja como rastreador de morosos para la Mafia y persigue a un insignificante jugador compulsivo que está jugando a un «prueba y recauda» difícil y estúpido. Chili describe en estos términos las técnicas de los usureros:

> Un tipo viene a verte, no importa cuánto quiere o por qué lo necesita; tú, antes de darle un centavo, le dices con toda franqueza: «¿Estás seguro de que quieres este dinero? No vas a poner en garantía tu casa ni a firmar documentos. Lo que me vas a dar es tu palabra de que lo devolverás dentro de una semana, con intereses». Si el tipo duda y dice: «Bueno. Seguro que puedo», o algo parecido, le dices: «No, te estoy dando un consejo, no tomes el puto dinero». El tipo te rogará que se lo des, jurará por sus hijos que pagará dentro del plazo. Sabes que está desesperado, o no iría a pedir prestado a un usurero. Entonces le dices: «De acuerdo, pero si te saltas un solo pago, cada vez que aparezcas por aquí lo lamentarás». Nunca le dirás lo que podría sucederle. Deja que se lo imagine, siempre pensará en algo peor.

Chili añade a continuación una glosa: «Tienes que entender que, en los negocios, un usurero es como todo el mundo. No está en eso porque busca lastimar a la gente. Está para ganar dinero». Pero el corolario es que, si no gana dinero, lastimará a la gente. En el territorio sombrío de los que piden prestado y de los que prestan no hay límites para la naturaleza y el tamaño de la deuda, pero tampoco para la naturaleza y la truculencia del castigo por no poder pagar. Como dice Chili, siempre hay algo peor.

Hasta ahora nos hemos centrado en el deudor individual. El deudor civil, el deudor común y silvestre, el deudor de a pie; el deudor sin ejército. Pero ¿qué sucede si ampliamos el espectro? ¿Y si el que pide prestado es, por ejemplo, un rey, o un emperador, o un duque del Renacimiento, O un Gengis Kan, o un señor de la guerra estilo Atila, o un gobierno moderno, sea o no

democrático? Entonces las cosas se ponen aún peor que el «algo peor» de Chili Palmer, porque, como los huracanes, las erupciones volcánicas o las mareas, las grandes deudas pueden hacer historia y recomponer el paisaje.

Maquiavelo, en *El príncipe* —su instructivo tratado del siglo XVI sobre cómo gobernar con una mano de hierro envuelta en un guante de terciopelo muy fino y perfumado—, pone estas cuestiones sobre la mesa con una lógica estremecedora, difícil de refutar. Lo que los líderes y los candidatos a líderes más desean y necesitan hacer es, dice, ganar el poder, expandirlo y consolidarlo. Para ello necesitan seguidores y súbditos. (Léase «afiliados al partido» y «contribuyentes» tratándose de las democracias actuales). Pueden conseguir su territorio por herencia, conquistándolo por la fuerza o mediante el engaño y la traición. Pero, en cualquier caso, necesitarán un ejército o una fuerza de policía nacional —en suma, gente armada— y dinero para alimentar y equipar a ese ejército.

Pueden pagar a su ejército de muchas maneras, ya sea conquistando más territorio o mediante robos y saqueos —es decir, gastando la riqueza de otros —, o gastando la propia, la que ya tienen; o bien cobrando impuestos a sus súbditos. Pero si imponen tasas demasiado altas a sus súbditos —«demasiado» es probablemente el punto más allá del cual el niño interior del súbdito grita «¡No es justo!» más de doce horas diarias— inspirarán odio y propiciarán una rebelión. Por un lado, si los impuestos que cobran a sus súbditos son *realmente* demasiado elevados, se extiende la pobreza y aparece la hambruna, con lo que cabe la posibilidad de que los súbditos se encuentren tan mal alimentados y débiles que no puedan rebelarse; además, perderán el incentivo y la fuerza para hacer trabajos productivos. Pero, por otro lado, si las cosas fueran muy lejos, los súbditos podrían sentir que no tienen nada que perder si se rebelan. Es un cálculo excelente.

Una bonita forma de presentar toda esta cuestión de los impuestos es la siguiente: los gobiernos piden prestado al pueblo —a veces realmente lo hacen, en forma de bonos de empréstito— y por lo tanto contraen con su pueblo una deuda que deben devolver como servicios prestados. Maquiavelo dice que el Príncipe debe, en la medida de lo posible, mejorar la suerte de sus súbditos. («En la medida de lo posible» significa, al parecer, en este caso: «En la medida que me sobre dinero una vez deducidos los gastos de todas las guerras que me propongo hacer»). Lo que los súbditos quieren es disponer de los servicios sin tener que pagar impuestos, y lo que quieren los gobernantes es recaudar los impuestos sin tener que brindar los servicios. Parecería que estos deseos contrapuestos son una constante en la historia de la humanidad

desde que existen los excedentes de alimentos y las jerarquías sociales, los ejércitos y los impuestos, y por eso siempre habrá quejas.

No obstante, puedes lanzar cuantos importantes dispositivos fiscales desees en nombre de una guerra estimulante y en apariencia justa. Las guerras focalizan la atención de la gente. En un momento así, nadie quiere ser desleal, ni parecerlo. Basta con asustarlos diciéndoles que hordas de bárbaros infrahumanos vendrán a saquearlos, robarles y esclavizarlos, que asarán a sus hijos y se los comerán, y que violarán y destriparán a sus mujeres —no se rían, ya ha sucedido— para que desembolsen dócilmente e incluso con buena voluntad. Les recuerdo que el impuesto sobre la renta se implantó por primera vez en Gran Bretaña, en 1799, para financiar las guerras napoleónicas. En Estados Unidos empezó en 1862, como una ayuda económica a la Guerra Civil. En el Canadá, en 1917, se gravaron por vez primera los ingresos como una medida transitoria para financiar la Primera Guerra Mundial. Y los impuestos son como los mejillones cebra: una vez que se han introducido, es muy difícil deshacerse de ellos. Las guerras que el impuesto sobre la renta debía financiar llegaron y se fueron, pero el impuesto sigue ahí. En fin, siempre es mejor eso que un impuesto sobre las ventanas, las barbas o los solteros, que también los hubo.

Es curioso cuán a menudo la mayoría de los gobiernos se olvida de la deuda de servicios que supuestamente han contraído con los ciudadanos a cambio de sus impuestos. Y una vez gastado el dinero, los ciudadanos no tienen manera de recobrar las sumas que se han visto obligados a prestar, porque ellos no son los dueños del ejército. En una democracia puedes deponer a un líder popular votando por otro. En una tiranía corres el riesgo del golpe militar o del alzamiento popular. Pero en ambos sistemas, aun cuando ganes las elecciones, el golpe militar o el alzamiento, habrás perdido dinero. En el peor de los escenarios, tus hijos seguirán hambrientos y sin educación, tu planta depuradora de agua seguirá sin construirse, el dinero de tus impuestos estará guardado en una cuenta numerada en Suiza y tu extirano estará bronceándose al sol en la Riviera, protegido por un muro alto y una pandilla de guardaespaldas pagados a precio de oro. O bien, en una democracia, tu dinero habrá desaparecido bajo la manga de los compinches de tu exlíder político por obra y gracia de un racimo de contratos de obras sobrevaloradas y nunca licitadas, y el exlíder en cuestión estará calentando los sillones de media docena de juntas de directores agradecidos, lejos de los exasperantes periodistas. Por otra parte, si la situación se desmadra y comienzan los disturbios, podrías desfilar por las calles con la cabeza de

alguien enarbolada en un palo, gritando: «¡Se acabó la giga!». Pero, la venganza, aunque te deje satisfecho, es una emoción transitoria y no te devolverá el dinero desaparecido.

A propósito, una giga no es sólo una danza irlandesa. También puede ser un juego, una broma o un mecanismo ingenioso. Algunos sistemas fiscales son gigas, en el sentido último de la palabra. Son mecanismos ingeniosos para obtener más dinero del que el exprimidor piensa devolver como servicios prestados.

Hay dos clases de sistemas fiscales: los que no gustan y los que *realmente* disgustan. El Imperio romano, durante su fase expansionista —el siglo I a. C. —, tuvo uno del tipo de los que realmente disgustan, puesto que gravaba la agricultura para sostener sus operaciones militares. Funcionaba de la siguiente manera: los jefes establecían una cuota impositiva a una comunidad y los recaudadores locales pujaban por el derecho a pagar esa cantidad, o una cantidad superior, a Roma; ganaba quien pujaba más alto. El recaudador de impuestos pagaba al Estado por adelantado y luego tenía derecho a exigir dinero a la población local.

Huelga decir que su objetivo era recaudar más de lo que en realidad había pagado a Roma y quedarse con la diferencia. Las fortunas se hacían mediante toda clase de engaños y estratagemas: recibir bienes, tasándolos muy por debajo de su precio real, a cambio de dinero en efectivo, y venderlos luego con un margen de ganancia; acaparar cereales provocando su escasez, para luego volver a vender a la población, a precios exorbitantes, lo que le había sacado con impuestos, etcétera. No se puede negar que era un sistema muy corrupto. Algunos historiadores afirman que fue una de las causas de la caída del Imperio romano: explotad mucho a los campesinos y dejarán de producir. Es lo mismo que una pirámide de depredadores: cuando ya no quedan peces chicos, la población de peces grandes se desintegra. No vayan a creer que Roma fue la única organización que hizo esto. La dinastía Ming, en China, se arruinó de la misma forma, el Imperio otomano también, y lo mismo hizo la monarquía francesa anterior a Luis XVII. Los recaudadores romanos se denominaban *publicani*, lo cual nos lleva a pensar en esa curiosa frase del Nuevo Testamento, «publicanos y pecadores». Yo creía que los publícanos eran hombres que regentaban *pubs* y que su publicanismo tenía algo que ver con los borrachos que menciona el texto. Jesús de Nazaret tenía la costumbre de frecuentar las tres clases de personas que se portaban mal —publicanos,

pecadores y borrachos—, y ahora que les he contado lo del impuesto a la agricultura podrán comprender por qué la amistad con los *publicani*, en particular, pudo haber sido entendida por los compatriotas de Jesús como algo que distaba mucho de ser compatible con el orden moral.

El sistema romano de fiscalización de la actividad agrícola, que era una explotación, también explica por qué quienes se oponían a Jesús le preguntaron si era pecado pagar el tributo a Roma, lo cual dio lugar a su famosa respuesta: «Dad al césar lo que es del césar y a Dios lo que es de Dios». Esta respuesta fue una manera inteligente de salir de una trampa: si contestabas que «sí» había que pagar los impuestos romanos, estabas refrendando el sistema de expoliación del campesinado mediante los impuestos, y si respondías que «no» había que pagarlos, los tiranos romanos te acusaban de sedición. Pero desde entonces se ha especulado mucho sobre esta frase. El dinero, ¿es realmente del césar? ¿Quiso Jesús decir «Engañad al recaudador de impuestos»? Hay que añadir que muchos gobiernos han hecho denodados esfuerzos por dar la impresión de que Dios y ellos están asociados, de manera que pagarles a ellos viene a ser lo mismo que pagar a Dios. O casi lo mismo. O algo muy parecido. Basta con observar lo que los gobiernos estampan en sus monedas, aún hoy. En Canadá es *Elizabeth's D. G. Regina*, forma abreviada *de Dei Gratia Regina*: «Reina por la Gracia de Dios». En Gran Bretaña es una inscripción más larga, con unas iniciales que significan «*Defender of the Faith*» [Defensora de la Fe]. Y en Estados Unidos, es el lema «*In God We Trust*» [Confiamos en Dios], el cual, cuando yo estaba en la secundaria, dio lugar a un chiste: «Nosotros confiamos en Dios, los demás pagan al contado». Pero es evidente que tener la palabra Dios estampada sobre la moneda de tu gobierno es una ventaja: le otorga a esa moneda un *imprimatur* divino.

El resentimiento a causa de una fiscalización excesiva ha sido la causa de incontables rebeliones a lo largo de los siglos. Aclaremos los términos: si tu rebelión triunfa, se denomina «revolución». En el caso contrario, es sólo una rebelión. Con frecuencia, esa pesada carga tributaria que generaba tanto resentimiento tenía que ver con las guerras. Por ejemplo, la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia inspiró en Francia, en 1358, una revuelta popular que se conoce como la *Jacquerie* (una expresión que se volvió a usar más tarde, durante la Revolución francesa), y también inspiró una rebelión en Inglaterra, en 1381, motivada por la imposición de un tributo per cápita cuya finalidad era reunir fondos para la guerra. Uno de los motivos de queja fue una medida tomada por la nobleza para restablecer el sistema feudal, en virtud

del cual los campesinos estaban sujetos a la tierra y debían trabajar gratis para sus amos. Era, en efecto, una suerte de servidumbre. La causa de la erosión de este sistema fue la peste negra. Como esta enfermedad había liquidado a la mitad de la población de Europa, se produjo una escasez de mano de obra, lo cual motivó la subida del salario mínimo y el consiguiente aumento del poder de negociación del campesinado. Moraleja: hasta la peste negra sirvió para algo.

El dirigente de la sublevación inglesa de 1381 fue un campesino llamado Wat Tyler y uno de los que tomó parte en ella fue un clérigo de nombre John Ball, quien predicó un sermón en el que dijo estos versos célebres: «En los tiempos en que Adán araba la tierra y Eva tejía, ¿quién era el señor?». El santo y seña de los rebeldes era «John el molinero muele pequeño, pequeño, pequeño». A lo cual había que responder: «Y el hijo del rey celestial pagará por todo». No he encontrado una interpretación definitiva de estas frases, pero yo diría que la frase sobre el molinero que muele pequeño es una referencia a un dicho griego antiguo muy citado: «Los molinos de los dioses muelen despacio, pero su molienda resulta extremadamente fina», y que significa que «la retribución puede tardar en llegar, pero cuando llega, los malvados serán machacados hasta quedar reducidos a polvo». La respuesta: «Y el hijo del rey celestial pagará por todo» significaba, supongo, que si los rebeldes debían matar a algunas personas mientras molían a sus enemigos, serían perdonados en la otra vida porque su deuda de pecado ya había sido pagada mediante la sangre sacrificial de Cristo. Es cierto que, antes de que los derrotaran y los ajusticiaran de horribles maneras, ellos habían matado a varios, pero sobre todo habían atacado a los recaudadores y quemado sus registros. Sin memoria no hay deuda, y un registro escrito es una forma de memoria. Cada vez que se producía una sublevación motivada por tributos y deudas, uno de los blancos principales era el archivo donde se conservaban registradas todas las deudas fiscales. El principio era: «Si no lo puedes probar, no lo debo».

La Revolución americana fue otra revuelta que sobrevino como consecuencia de un tributo considerado injusto y que en esa oportunidad fue impuesto para sufragar una guerra que ya había ocurrido: la guerra de los Siete Años, entre Inglaterra y Francia, que implicó la conquista del Quebec en 1759. De no haber caído Quebec, no habría habido Revolución americana, puesto que los colonos de entonces no hubieran podido pagarse un ejército regular para defenderse de los franceses. Sin embargo, tras la caída de Nueva Francia en manos de los británicos, los colonos americanos sintieron que a partir de ese momento nada les impedía sublevarse, y así lo hicieron. Ustedes

recordarán lo que los colonos dijeron en aquella oportunidad: «Nada de tributos sin representación». Sí, fue una guerra a causa de los impuestos.

Para castigar a Inglaterra por haber tenido el mal gusto de ganar la guerra de los Siete Años, la monarquía absoluta de Francia apoyó a los revolucionarios americanos, refrendando de esa forma un modelo de acción antimonárquica, lo cual fue una imprudencia. Encima, como gastaron demasiado dinero apoyando a los americanos, aumentaron los tributos exigidos a una población ya exhausta. Se produjo un movimiento de protesta en el que actuaron, entre otros, individuos que no pertenecían a la aristocracia, conocidos como los *sans culottes*. Yo solía pensar que *sans culottes* quería decir que eran tan pobres que no llevaban calzoncillos, pero en realidad significaba que no tenían *breeches*, unos pantalones ajustados a la rodilla que estaban muy de moda entre los aristócratas. Estas distinciones en el vestir fueron muy importantes durante la Revolución francesa de 1789, como lo son en todas las revoluciones. Tras la caída de La Bastilla se produjeron masivas sublevaciones de campesinos y la quema de los *châteaux* pertenecientes a los que vestían *culottes*, y, una vez más, lo primero que destruyeron los sublevados fueron los archivos donde se conservaban los registros de las deudas fiscales.

Este modelo no es cosa del pasado. Birmania, en 1930, también Vietnam, en 1930, y Filipinas, en 1935, fueron el escenario de rebeliones anticoloniales cuyo motivo central fueron los tributos insoportables impuestos por las fuerzas imperialistas, que destinaron esos fondos a sus maquiavélicos propósitos de ganar, expandir y consolidar su propio poder. Pensemos en el alzamiento húngaro de 1956 como una suerte de golpe espontáneo cuya finalidad era alcanzar la democracia, aunque, en realidad, también en este caso, la causa fue una fuerte carga fiscal ordenada por la URSS, que en esa época estaba implicada en la carrera armamentística. En todos los ejemplos citados, uno de los primeros objetivos de los rebeldes fue destruir los archivos de las deudas y de los impuestos. Era una manera muy gráfica de borrarlo todo y volver a empezar.

Si eres un rey, un príncipe, un tirano o un gobierno democrático y quieres hacer una guerra, pero no deseas que los campesinos se subleven porque los exprimes al máximo con tus impuestos, puedes conseguir el dinero de otra forma, por ejemplo, tomándolo prestado. Existen tres fuentes para conseguir estos préstamos que no son tributos: 1) tus súbditos, a quienes puedes venderles bonos de guerra; 2) los prestamistas dentro de tu propio país; 3) los gobiernos o instituciones financieras de otros países. Si pides prestado

demasiado a otros países, tarde o temprano te verás limitado en tu empeño de expandir y consolidar tu poder, porque, si a los otros países no les agrada lo que estás haciendo, pueden retirarte su apoyo financiero como prestamistas. Aunque, entonces, siempre te queda la posibilidad de amenazar con la cesación del pago de tus empréstitos, que a esas alturas alcanzan sumas considerables, y ellos tendrán que cargar con un déficit. Así pues, sigue siendo un caso de deudor y acreedor, indefectiblemente unidos.

(No necesito decirlo en voz baja: «Estados Unidos y China en la actualidad». Pero lo haré, añadiendo simplemente: como dijo Maquiavelo, para un dirigente, endeudar seriamente a su país es terrible en términos políticos. Ello resulta en una pérdida de poder y de influencia, que es precisamente lo que el dirigente esperaba ganar con su costosa guerra. Saquear y robar está muy bien, pero primero hay que saber matemáticas. Recuerden esto: ganancia total de saqueo-y-robo, menos el tiempo que lleva, multiplicado por el costo por minuto de guerra, es igual a rojo o a negro. Si es rojo, acepta el consejo de Micawber y no lo hagas).

No obstante, si los prestamistas no son otros países, sino que se encuentran dentro de tu reino, y les has pedido prestado lo que tú crees que es demasiado dinero, puedes jugarles muy sucio. Esta jugada sucia ya se ha hecho, y muy a menudo. Se llama «matar a los acreedores». (Por favor, no lo hagas con un banco).

Consideren, por ejemplo, la triste suerte de los caballeros templarios. Fueron una orden religiosa de caballeros guerreros que amasaron un capital considerable gracias a los obsequios que recibían de las personas piadosas, así como a los innumerables tesoros que consiguieron durante las Cruzadas. Actuaron como los principales prestamistas de Europa —prestaban dinero tanto a reyes como a otras personas— durante más de dos siglos. Era ilegal que los cristianos imputaran una «usura» por el uso del dinero, pero no era ilegal que impusieran una «renta» por el uso de la tierra, de manera que los templarios imputaron al uso del dinero una «renta», que había que pagar en el momento mismo en que uno obtenía el préstamo y no después de usarlo. Pero era preciso devolver la cantidad principal dentro de un plazo previamente estipulado. Lo cual podía causar problemas a quienes habían pedido el dinero prestado, como también los causa hoy.

En 1307, Felipe IV de Francia descubrió que debía una suma de dinero considerable a los templarios. Con ayuda del Papa, y de la tortura, los acusó —falsamente— de actividades heréticas y sacrílegas y ordenó cercarlos y quemarlos en la hoguera. Sus deudas desaparecieron como por arte de magia.

(También desapareció la inmensa fortuna de los templarios, que nadie ha podido encontrar hasta el día de hoy).

Felipe actuó contra aquéllos según el modelo «matar a los acreedores», que ya existía y era muy popular, y que en realidad tendría que llamarse: «matar a los acreedores judíos». Era contrario a la religión cristiana cobrar intereses por el dinero prestado, pero que los judíos cobraran intereses a los que no eran judíos no era contrario a la religión judía. Y como en la mayor parte de los países donde los judíos vivían estaba prohibido que un judío fuera terrateniente —la tierra era considerada la verdadera fuente de la riqueza—, se vieron obligados a ejercer la profesión de prestamistas, razón por la cual eran odiados y despreciados. Pero casi siempre los reyes exigían el pago de un tributo por el dinero que ganaban los prestamistas judíos. Lo cual dio origen a una relación peligrosamente simbiótica: los judíos ganaban dinero prestando dinero y los reyes ganaban dinero cobrando un impuesto por el dinero que los judíos ganaban. Podía ocurrir que los prestamistas fueran los mismos reyes, o los nobles, quienes, maquiavélicamente, trataban de afianzar su poder e influencia a fin de convertirse en reyes o en hacedores o destructores de reyes; en cualquier caso, en algo que estuviera bien arriba en la escala social, y trepar la escala cuesta dinero. Un dinero que solían pedir prestado a los judíos.

Esta mezcla de dinero, reyes, nobles y judíos era volátil y se tradujo en numerosos brotes de «matar a los acreedores» instigados por un antisemitismo de conveniencia y siempre dispuesto a evidenciarse. Limitaré mis ejemplos a Inglaterra, aunque historias similares ocurrieron en toda Europa. Por ejemplo, en York, en 1190, un grupo de nobles, que debía mucho dinero a prestamistas judíos, soliviantó a la gente del pueblo, quienes se lanzaron a perseguir a los judíos. Recurrieron a la misma artimaña que se usó en el caso de los templarios: acusaciones de naturaleza religiosa. Los judíos estaban bajo la protección de Ricardo I, pero éste se había marchado a las Cruzadas. Hubo una masacre y ya pueden ustedes imaginar lo que sucedió después: los registros de las deudas fueron quemados. Como habían sido los judíos los que habían financiado sus gastos de guerra, Ricardo se enfadó mucho con lo sucedido y estableció un sistema de duplicación de registros. Luego procedió a cobrar a los judíos impuestos más elevados que antes.

En Inglaterra, en el siglo XIII, la situación de los judíos empeoró y hubo matanzas con mucha frecuencia. Además, el rey les exigió gran cantidad de tributos insostenibles. Es comprensible, pues, que en 1255 solicitaran permiso para marcharse de Inglaterra. Sin embargo, Enrique III se lo denegó, porque

los judíos eran para él una excelente fuente de ingresos. Tan excelente era que los declaró propiedad real, como si de parques o jardines se tratara. Pero sucesivos cambios jurídicos restringieron sus actividades aún más —se les prohibió prestar dinero y ejercer otro tipo de actividades—, y acabaron empobrecidos. En 1290 fueron expulsados de Inglaterra. Inglaterra se convirtió así en el primer país que expulsó a los judíos de su territorio.

Pero no vayan a creer que este modelo se aplicó únicamente a los prestamistas judíos y a los caballeros templarios. Permítanme recordarles la expulsión de los hindúes y paquistaníes de Uganda ordenada por Idi Amin en 1972 (esta población trabajaba principalmente en el sector bancario), y el trato dispensado a la etnia china en Vietnam en los años setenta, lo cual supuso su expulsión. Cada vez que existe un grupo «de fuera» a quien un grupo de «nativos» debe mucho dinero, «matar a los acreedores» sigue siendo una forma sencilla, aunque moralmente repugnante, de cancelar la deuda. Y no necesitas recurrir al asesinato propiamente dicho. Si consigues que la gente huya a toda prisa, abandonarán sus pertenencias en la huida y entonces tú podrás apoderarte de ellas. Y, huelga decir, quemarás los archivos donde estaban registradas las deudas.

Habrán notado que en todo lo que he dicho hasta ahora, no he mencionado a los nazis. La verdad es que no era necesario. Porque no fueron los únicos.

Ahora entraremos en el paraje más tenebroso de nuestra gira por el lado sombrío de la deuda. Sí: nos estamos acercando al País de la Venganza, donde no hay dinero que pueda librarte de una deuda de honor. Llegados a este punto, me gustaría retomar la cuestión del sentido de justicia de los primates con la que empecé este libro. Como ustedes recordarán, los monos, en el experimento que describí, estaban muy contentos canjeando pedruscos por rodajas de pepino, hasta que uno de ellos recibió la uva que todos codiciaban, ante lo cual la mayoría de los monos no quiso seguir con el canje. Asimismo, se llevó a cabo otro experimento que consistió en que dos monos lograran obtener el alimento que ambos codiciaban tirando juntos de la misma soga: ninguno fue capaz de conseguirlo solo. Pero después, se entregaba la comida a uno de ellos solamente. Si éste se negaba a compartirla, el segundo mono podía en el futuro tomar represalias negándose a tirar de la soga. Prefería castigar al mono egoísta que aprovechar la oportunidad de conseguir comida para él.

Ya saben lo que se siente. Todos lo sabemos. ¿Es posible que el módulo de la venganza sea muy antiguo y que por eso esté profundamente arraigado en nosotros? Algunas culturas alientan su manifestación más que otras, pero la encontramos en todas partes. Decir a la gente simplemente que no debe sentir deseos de venganza porque no está bien, no servirá de nada.

El «hombre económico» es una criatura muy querida por los economistas, a quienes les gusta creer que nuestras motivaciones son puramente económicas. Si fuera cierto, el mundo no sería forzosamente el mejor lugar, sino un lugar muy diferente. El dinero —como los pedruscos de los monos— es sencillamente un medio de intercambio. Se puede transformar en toda clase de cosas, incluso en vidas. Ha sido usado a veces como pago de una muerte que hemos podido causar: de una vaca, un caballo o una persona; otras veces para pagar una muerte que hemos querido causar; y otras para evitar una muerte (en estos dos últimos casos hablamos de «dinero manchado de sangre»). Pero hay veces en que estas ecuaciones monetarias no bastan: sólo la sangre servirá.

En *Historia de dos ciudades*, la novela de Charles Dickens sobre la Revolución francesa, la muy injusta *Madame* Defarge invierte el tiempo que precede al Terror registrando en su labor de calceta los nombres de todas las personas cuyas cabezas han de caer cuando estalle la tormenta. Como dice su esposo: «Sería más fácil para el más malvado de los cobardes borrarse él mismo de su existencia que borrar una letra de su nombre o de sus crímenes del registro que ella teje». Su labor recuerda la de las moiras griegas —las tres hermanas que hilan los destinos de los hombres y luego cortan los hilos—, pero es también una versión siniestra de los registros de deudas a los que antes nos hemos referido. Una vez instalada la guillotina y en pleno funcionamiento, *Madame* Defarge asiste a todas las ejecuciones y cuenta las cabezas, y luego desteje los nombres de las víctimas porque su «multa» ha sido pagada con sangre.

Junto a *Madame* Defarge está sentada otra de las mujeres que tejen, cuyo apodo es La Venganza. Es una sustituía de las diosas tutelares de la Revolución, nuestras viejas amigas, la diosa Némesis —o Retribución— y las Furias implacables, aquellas que tienen los ojos inyectados en sangre. Cuando la diosa Justicia, la más equilibrada, con su venda en los ojos y su balanza, pierde el control, estas otras, que son más antiguas y están más sedientas de sangre, llegan arrasándolo todo a su paso.

Me detengo aquí para examinar la palabra *revenge* (venganza), que, según el *Oxford English Dictionary*, deriva del latín *revindicare*, que a su vez deriva

de *vindicare*, que significa justificar, rescatar, liberar o emancipar, como cuando decimos liberar a un esclavo. Vengarse de alguien es, pues, volver a liberarse uno mismo, porque, mientras no puedes vengarte, no eres libre. ¿Qué es lo que te esclaviza? Tu obsesión por el odio que sientes por el otro: tu propia ansia de venganza. Sientes que no puedes librarte de ella, salvo cometiendo un acto de venganza. Las cuentas que hay que saldar son psíquicas y la deuda que no se puede pagar con dinero es una deuda psíquica. Es una herida que nos llega hasta el alma.

Los vengadores y aquellos que desean matar o castigar son como los acreedores y los deudores. Llegan de dos en dos. Pegados como los gemelos. De aquí a la teoría junguiana de la «Sombra» sólo hay un paso.

En los relatos que implican un odio irracional y obsesivo, especialmente de una persona o un grupo que uno no conoce muy bien, dicho odio —dicen los junguianos— es la marca de la persona que no ha llegado a un acuerdo con su Sombra. La Sombra es nuestro lado oscuro, el depositario de todo lo que nos avergüenza de nosotros mismos y preferiríamos no tener que admitir, así como de esas cualidades que decimos desdeñar, pero que, en realidad, nos gustaría poseer. Si no admitimos estas cosas acerca de nosotros mismos, es probable que las proyectemos en otra persona o grupo de personas y desarrollemos un odio irracional hacia esa persona o grupo. En las obras de ficción, la Sombra a menudo aparece como un doble, o mellizo o réplica, como en «William Wilson», el cuento de Poe, o en *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde. Estas figuras dobles abundan en la literatura, en el cine, incluso, en las series de televisión; según recuerdo, a Data, el androide de *Star Trek: La nueva generación*, lo dotaron con una figura de Sombra maligna. Todas las intrigas en los que figura un «gemelo malvado» tratan, como dirían los junguianos, sobre la Sombra.

Esto, por supuesto, tiene que ver con los cuentos sobre venganzas, en los que proliferan las Sombras. ¿Quién sabe por qué el Personaje A siente una aversión tan extrema por el Personaje B? La Sombrado sabe, y hasta que el Personaje A no lo sepa y reconozca que la Sombra es una criatura que él mismo ha fabricado, no se librará de su aversión.

Existe un género de teatro isabelino y jacobino que se conoce como la Tragedia de la Venganza, y si ustedes consultan algunas de estas obras, verán los principios de la venganza en acción. Estas intrigas optan en general por la exageración —literalmente—, ya que una venganza conduce a otra y los

cadáveres se amontonan a una velocidad poco menos que industrial. No es sólo un TOMA Y DACA, es toma-y-daca por toma-y-daca por ra-ta-ta-ta-ta, como en los primeros cuentos policíacos de Dashiell Hammett. En los capítulos anteriores mencioné la teoría del goteo de la riqueza y la teoría del goteo de la deuda, pero la Tragedia de la Venganza ilustra la teoría del goteo de la venganza: cae encima de transeúntes relativamente inocentes salpicándolos. *Hamlet* es, entre otras cosas, una Tragedia de la Venganza, pero Shakespeare, como siempre, toma algo de otra parte y lo rehace de forma sorprendente: al final de la obra, la pirámide de cadáveres es el resultado de la lentitud de la venganza, no de su celeridad.

Shakespeare también reescribe la Tragedia de la Venganza en *El mercader de Venecia*, una obra que se presta a tantas interpretaciones y es tan espinosa que todavía sigue inspirando acaloradas discusiones. Se suele afirmar que cada actor que se precie aspira a interpretar Hamlet, pero interpretar a Shylock, que es ora el héroe ora el villano de la obra, o quizás ambos a la vez, o ni uno ni otro, es posiblemente un desafío mayor, dadas las complejidades de Shylock, que son muchas, y que se han vuelto más complejas aún con el paso del tiempo. ¿Cómo interpretar a Shylock después de los nazis? En realidad, ¿cómo interpretar a Shylock hoy, cuando aquello por lo que es despreciado y vilipendiado se ha convertido en una práctica comercial normal y corriente?

El mercader de Venecia posee todos los aditamentos que reconocemos como complementarios de los saldos deudor/acreedor, tanto morales como financieros, desde la práctica de pesar él corazón de los antiguos egipcios y la diosa Justicia que iza los platillos de su balanza en los edificios de los tribunales, hasta la garantía que se deja al prestamista y el dudoso contrato escrito. La acción de la obra gira en torno al pedido de una suma de dinero prestada y a la peculiar garantía solicitada, y en torno a la noción de justicia.

Shylock es judío y prestamista. Dos rasgos en su contra para tratarse de un autor isabelino, dirán ustedes. Pero Shakespeare no es un escritor sencillo: ambigüedad es su segundo nombre. ¿Se dio cuenta de que Shylock es la Sombra de Antonio y viceversa? Son los únicos personajes que al final de la obra se quedan solos y sin pareja: todos los demás se casan. ¿Están Antonio y Shylock en cierto sentido casados el uno con el otro? Nunca lo sabremos, pues, lamentablemente, Shakespeare ya no está entre nosotros para dar entrevista.

La intriga, por lo que se refiere a la deuda y a los tres personajes principales implicados en ella, es bastante simple. Antonio desea prestar

dinero a su amigo Bassanio, pero no tiene efectivo y sale como garante de un préstamo otorgado por un tercero: Shylock, el prestamista, su enemigo de antigua data. Pero, en vez de una garantía en dinero, Shylock pide una libra de la carne de Antonio, que deberá ser extraída del pecho, junto al corazón, y pesada en una balanza, en caso de que el préstamo no sea devuelto en la fecha establecida. Las naves mercantes con las que Antonio contaba para obtener dinero en efectivo se extravían. Llega la fecha del vencimiento y Shylock exige su libra de carne. Aun cuando se le ofrece a cambio tres veces la suma de dinero prestada —es el precio para «redimir» a Antonio que así no tendrá que pagar la prenda con su vida—, Shylock insiste en exigir lo que está escrito en el contrato. No es el dinero lo que importa. Es la venganza.

Porcia —la esposa que Bassanio ha ganado con ayuda del dinero de Shylock y su propia inteligencia— se disfraza de abogado y defiende la causa. En primer lugar, reclama misericordia: el judío debe ser misericordioso, dice. Shylock le contesta, con razón: «¿Por qué debo serlo?». Porcia pronuncia un discurso sobre la clemencia, bello, pero poco convincente, como suele ocurrir con este tipo de discursos. Seguidamente, se calza sus botas de abogado quisquilloso y meticuloso: Shylock puede obtener lo que fue acordado, dice, pero nada más; deberá pesar la carne sin derramar sangre, porque esto último no figura en el contrato.

De esta manera, Shylock no obtiene ni la libra de carne ni el dinero de la deuda primitiva. Y no sólo eso, como un «extranjero» que ha conspirado contra la vida de un veneciano, su propia vida es confiscada por ley. Porcia y el juez están dispuestos a perdonársela siempre y cuando se convierta en cristiano. Pero tiene que entregar la mitad de su fortuna al Estado, que es el que suele beneficiarse con esta clase de juicios, y la otra mitad de sus bienes terrenales a su hija Jessica, una desobediente y ladrona fugitiva, y al cristiano con quien se ha casado.

Shylock no es una representación de Fausto: no ha firmado pacto alguno con el Diablo. Hay un linaje de avaros que se remonta a la Nueva Comedia romana y continúa, a través de la comedia moral medieval, como el personaje que representa el pecado de codicia, y vuelve a aparecer otra vez como el Pantalone de la *commedia dell'arte* veneciana, y desde allí al *Avaro* de Molière, del siglo XVIII. Pero, aunque Shylock aparentemente comparte algunas de sus características, no es uno de ellos. Las representaciones anteriores del avaro son avarientas porque son avarientas, en cambio Shylock es un judío y eso cambia mucho las cosas. Partiendo de lo que les dije sobre la persecución de los judíos a manos de muchedumbres desenfrenadas, es

evidente que Shylock tiene motivos legítimos para preocuparse porque su casa, sus bienes terrenales y su hija estén a buen resguardo. Si yo hubiera sido Shylock, habría sido más precavida con las llaves de mi casa.

A Antonio generalmente se lo interpreta como un buen muchacho, porque presta dinero sin intereses, pero ¿por qué hemos de admirarlo por ello? En Venecia, en la época en que tiene lugar la acción, un cristiano no «estaba autorizado» a cobrar intereses. Tampoco tenía por qué prestar dinero. De manera que, al prestarlo, está menoscabando el negocio de Shylock, pero no es su rival. No es un comerciante rival: no está en el «negocio» de prestar dinero, puesto que con ello no gana nada. Tal como yo lo veo, lo hace por antisemitismo. La obra muestra que ha venido actuando perversamente con Shylock, en palabra y obra, desde hace un tiempo. Ha proyectado en Shylock —como su Sombra— la malicia y la codicia que él mismo posee, pero es incapaz de admitirlo. Ha hecho de Shylock su chivo expiatorio. Y por eso Shylock lo odia, no porque haya bajado la tasa de cambio.

Shakespeare nos explica bien estas cosas. En *Otelo*, por ejemplo, la clave del mal comportamiento de Yago está en su nombre. Yago era el nombre español de Saint James, conocido en España como Santiago Matamoros. Yago es, pues, un racista: por eso hace lo que hace. Y Antonio hace lo que hace como prestamista, no porque quiera portarse bien con aquéllos a quienes presta, sino por resentimiento y porque quiere vengarse de Shylock y de todos los prestamistas judíos. Y de todos los judíos.

Interpretar a Antonio es un desafío, lo mismo que interpretar a Shylock: ¿de qué manera mostrar a Antonio como un buen muchacho, pero dejar entrever los motivos subyacentes de las acciones vengativas de Shylock, tal como Shakespeare las escribió? La mayoría de las producciones minimiza el antisemitismo de Antonio y de sus amigos, pero la versión de Richard Rose, presentada en Stratford, Ontario, en 2007, rinde justicia a este aspecto. Shylock fue interpretado por un estadounidense que no se dedicó a gemir, implorar y sobreactuar, que en el pasado hizo de Shylock un personaje medio cómico, aunque despreciable, sino que presentó a un Shylock digno, retraído, a quien el odio de la sociedad, en la que ha tenido que trabajar, ha mutilado y enloquecido (esto mismo les sucedió a muchos nativos norteamericanos). Sin embargo, a los críticos, en su mayoría, no les gustó, tanta era la necesidad que tenían de que Antonio fuera un tipo normal.

Los tres personajes principales violan los principios de las religiones en las que pretenden creer. Antonio viola lo que por cierto es el dogma central del cristianismo: ama a tu prójimo como a ti mismo. Jesús relató a este

propósito la historia del buen samaritano. Tu prójimo no era solamente alguien de tu misma religión; «prójimo» era una categoría que incluía también a todos aquéllos con quienes se mantenían diferencias teológicas. Shylock es el prójimo de Antonio, pero Antonio no lo trata como tal. Como dice un viejo chiste: «El cristianismo es una gran religión que no se ha practicado nunca». Shylock tiene razón cuando dice que ha aprendido a ansiar vengarse de los cristianos que lo rodean.

Shylock, por su parte, viola la ley Mosaica —la ley deuteronómica dice que no debes tomar en prenda los medios de vida de un hombre—, es decir, que no puedes poner en peligro su vida poniéndola como cláusula de un contrato de préstamo. Es algo que Shylock mismo subraya al final de la obra, cuando señala que Porcia lo ha privado de su capacidad para ganarse la vida: «Me quitas la vida —dice— cuando me quitas los medios con los que vivo». Este principio figura en la actualidad en nuestras leyes sobre deudas y quiebras: no puedes confiscar las herramientas que una persona necesita para sus actividades comerciales o negocios. Shylock es doblemente desposeído: primero, porque pierde su dinero —su capital de trabajo, que es su juego de herramientas—, y segundo, por la estipulación que lo obliga a convertirse en cristiano, lo cual lo inhabilita para cobrar intereses.

Porcia es, según parece, la mejor de los tres. Es verdad que pronuncia un bonito discurso sobre la clemencia, que tuvimos que aprender de memoria en el colegio; el que empieza diciendo «*The quality of mercy is not strained*». [No es la obligación cualidad de la clemencia]. Nadie me dijo que *strained* significaba *constrained*, es decir, forzado, compelido, obligado, de modo que me vino a la mente la imagen de un «cedazo», que desde entonces me resulta difícil olvidar.

La contrapartida de este discurso es el célebre parlamento de Shylock:

> Que soy judío. ¿Un judío no tiene ojos? ¿Un judío no tiene manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? ¿No es alimentado con la misma comida y herido por las mismas armas, víctima de las mismas enfermedades y curado por los mismos medios, no tiene calor en verano y frío en invierno, como un cristiano? ¿Si nos pincháis, no sangramos?
>
> ¿Si nos hacéis cosquillas, no reímos? ¿Si nos envenenáis, no morimos? ¿Si nos hacéis daño, no nos vengamos? Si en todo lo demás somos iguales a vosotros, en esto hemos de parecemos también.

Cuando lo estudié en el colegio, pensé que Shylock estaba diciendo que él era tan bueno como cualquier otro, pero no es así. Lo que está diciendo es que es tan humano como cualquier otro. Su cuerpo es un cuerpo humano y su espíritu vengativo también es como el de otras personas.

Las palabras de Porcia reivindican la superioridad de la clemencia sobre la

justicia y suenan muy dulces. Pero lo que en realidad está diciendo es que Shylock tiene que ser mucho más clemente de lo que los demás han sido con él. Cuando Shylock dice que no puede, Porcia deja de hablar de la cualidad de la clemencia y vuelve a la justicia del ojo por ojo y del toma y daca, o cosas peores. La verdad es que algo de clemencia surge de este asunto: Antonio es el único que, por haberse encontrado tan cerca de la muerte, parece haber atemperado su vindicatividad, y Shylock sigue vivo. No obstante, k pregunta interesante es: cómo hará para ganarse la vida a partir de ahora.

Debe, sin embargo, ser absuelto de la acusación de codicia. A fin de cobrar la libra de carne, le ofrecen el triple de lo que se le debe y lo rechaza. Viola en esta forma el código de la práctica comercial —alcanzar, como sea, un beneficio—, así como el código mosaico de la redención de los objetos empeñados, y opta en cambio por la venganza. Como señala James Buchan, en el agudo análisis que dedica a *El mercader de Venecia en Frozen Desire [Deseo congelado*], su fascinante libro sobre la naturaleza del dinero: «En el preciso momento en que debe triunfar, Shylock es víctima de esa violencia que, gracias a la invención del dinero, tenía que haber desaparecido. No puedo hacer demasiado hincapié en este punto. La libra de carne no es una garantía subsidiaria…, pues no puede ser embargada y transformada en dinero. Es, en cambio, una prenda insensata y primitiva… en la que el dinero no compensa un insulto al cuerpo, sino todo lo contrario: no es dinero con sangre sino sangre con dinero».

Hay dos antídotos para la interminable reacción en cadena de venganzas y réplicas a la venganza. Uno es a través de los tribunales, donde se supone que se dirimen de manera justa y equitativa las cuestiones de sopesar, medir y resolver los problemas inherentes al deudor / acreedor. Que esto se cumpla en todos los casos es un tema que se puede debatir, pero, al menos, en teoría, su función es ésa.

El otro antídoto es más radical. Dicen que Nelson Mandela, después de mucha persecución, y cuando finalmente salió en libertad de la prisión donde lo había encerrado el gobierno que instauró el *apartheid* en Sudáfrica, se dijo a sí mismo que cuando saliera de la cárcel debía perdonar a todos los que lo habían perjudicado o jamás se libraría de ellos. ¿Por qué? Porque estaría ligado a ellos por las cadenas de la venganza. Ellos y él seguirían siendo Sombras gemelas, indefectiblemente unidas. En otras palabras, el antídoto para la venganza no es la justicia sino el perdón. ¿Cuántas veces debe uno

perdonar?, le preguntó alguien a Jesús de Nazaret. Setenta veces siete o cuantas sea necesario, fue la respuesta. Entonces, Porcia, en teoría, tenía razón, aunque ella misma fuera incapaz de hacerlo.

La ley religiosa musulmana permite a los familiares de una persona asesinada que tomen parte en el acto de dictar sentencia contra el asesino: pueden, si lo desean, optar por la clemencia. Esta opción, juzgada noble, los liberará de su rabia y del sentimiento de victimización. Hay muchos otros ejemplos culturales en los cuales no se toma una vida a cambio de otra. No hace mucho, en 2005, un grupo de nativos norteamericanos presentó una Proclamación de Perdón a Estados Unidos —si enumeraron todo lo que habría que perdonar, espero que la lista haya sido larga—, y no necesito mencionar el increíble proceso de las Comisiones de la Verdad y Reconciliación que se han celebrado en Sudáfrica desde el final del *apartheid*. Ustedes pensarán que toda esta cuestión del perdón es idealismo lacrimógeno del tipo aplauda-si-cree-en-los-cuentos-de-hadas, pero, si el perdón se otorga con sinceridad y con sinceridad se acepta —es difícil en ambos casos, es cierto—, produce, por lo que parece, un efecto liberador. Como hemos dicho, el deseo de venganza es una cadena pesada, la venganza en sí misma conduce a una reacción en cadena. El perdón rompe la cadena.

Ahora, respiren hondo, cierren los ojos y prueben el siguiente ejercicio de revisionismo histórico. Es el 11 de septiembre de 2001. Dos aviones se han estrellado contra las Torres Gemelas y éstas se han derrumbado en medio de nubes de humo y fuego. Al Qaeda ha difundido mensajes de venganza. El presidente de Estados Unidos habla por televisión a todo el mundo y dice:

> Hemos sufrido una gran pérdida; el golpe que nos han dado estaba motivado por el deseo obsesivo de dañarnos. Sabemos que fue obra de un pequeño grupo de fanáticos. Otras naciones podrían bombardear a las poblaciones civiles entre quienes estos fanáticos se esconden actualmente, pero nosotros reconocemos la inutilidad de semejante acción. Tampoco acusaremos a otra nación de estar implicada. Somos conscientes de que los actos de venganza se vuelven en contra de quienes los proyectan y no deseamos perpetuar una reacción en cadena de venganzas. Por consiguiente, perdonaremos.

Imagínense el impacto que habría tenido adoptar una actitud así, aunque sabemos que no había la más mínima posibilidad de que pudiera ocurrir. Ahora, imagínense cuán diferente sería hoy la situación en el mundo si efectivamente se hubiera adoptado esa actitud. No habría guerra de Irak. Ni callejón sin salida en Afganistán. Y, sobre todo, no existiría la inmensa deuda norteamericana, inflacionaria, ruinosa, descontrolada y que debilita a la nación.

¿Dónde acabará todo esto?, se estarán ustedes preguntando. Todo depende

de lo que entiendan por «todo». En cuanto a este libro, acabará con el capítulo siguiente, que será el último, y en el cual intentaré analizar lo que sucede cuando los saldos deudor y acreedor se descontrolan más todavía. Este último capítulo se titula «Pagar (con la misma moneda)». Di con la expresión en la Red y, además de encontrar varias películas que se titulan así, descubrí un sitio llamado ThePayback.com, que se anuncia como «tu hogar para todas tus necesidades de venganza». Hoy, según parece, puedes comprar cualquier cosa por Internet, incluso «pescado muerto», «paquetes de bromas» y «billetes de lotería groseros».

Pero mi último capítulo no versará sobre cómo enviar una caja de rosas marchitas a tu detestada examante. Es nías del orden de los molinos de los dioses, que muelen muy despacio, pero muy, muy fino.

5
Pagar (con la misma moneda)

El tema de este libro son mis reflexiones sobre la condición de gemelos de los conceptos deudor/acreedor, considerada en su aspecto más amplio, y, a manera de introducción a este capítulo, el último, me gustaría recapitular algunos de los temas clave que hemos tocado.

El primer capítulo, «Balanzas antiguas», versó sobre nuestro sentido humano de la equidad, el equilibrio y la justicia, que es muy antiguo. Sus orígenes podrían muy bien ser anteriores al hombre, una idea a la que han contribuido los estudios científicos del comportamiento de los monos y los chimpancés. Estos animales tienen una opinión formada de la distribución de mercancías y del tipo de cambio justo: rechazan, por ejemplo, cambiar una rodaja de pepino por un guijarro cuando el vecino obtiene una uva, y recuerdan quién les debe favores a cambio de los favores que hicieron. Afirmé que ninguno de nuestros sistemas de débito y crédito podrían existir sin un módulo humano innato, que evalúa lo que es equitativo y lo que no lo es, y lucha por conseguir un equilibrio; de otro modo, nadie prestaría ni devolvería lo que le prestan. Entre animales solitarios, como los puercoespines, un módulo cerebral como éste no tendría objeto, pero entre los animales sociales como nosotros, que dependemos de dar y recibir, es muy necesario. También es necesario un sentido de la devolución: ¿qué sanción has de aplicar en caso de que no te devuelvan lo que te deben?

Sobre aquellos primeros cimientos se levantaron gran cantidad de complicados sistemas de deudas y reembolsos. Por ejemplo, el juicio del alma después de la muerte entre los antiguos egipcios, que consistía en comparar el peso del corazón del difunto con la diosa de la verdad, la justicia, el equilibrio, la buena conducta y el orden del cosmos, en el que si resultaba que no daba la talla, era devorado por un enorme dios cocodrilo.

Por lo tanto, algunas deudas no son deudas de dinero: son deudas morales o deudas que tienen que ver con desequilibrios en el orden correcto de las cosas. Por consiguiente, cuando hablamos de deuda, el concepto de equilibrio es fundamental: el deudor y el acreedor son las dos caras de una sola entidad, uno no puede existir sin el otro, y los intercambios entre ellos —en una economía, sociedad o ecosistema saludable— tienden al equilibrio.

El segundo capítulo, «Deuda y pecado», se centró, como cabía esperar, en la relación entre la deuda y el pecado. ¿Qué es peor desde el punto de vista moral, ser un deudor o un acreedor? A ambos se les ha atribuido carácter pecaminoso. En este capítulo se trató también de la relación entre deuda y memoria, y, por consiguiente, entre deuda y contratos escritos, lo cual desembocó naturalmente en un viejo tema de la cultura occidental, el pacto con el Diablo, que he presentado como el primer dispositivo «compre-ahora, pague-después»; un ejemplo primordial es el del doctor Fausto. Un contrato fáustico te obliga a entregar tu alma, o algo igualmente vital, a cambio de una cantidad de cosas extravagantes y atractivas, pero que, en última instancia, son efímeras y carecen de valor. Analicé también la idea de redención, un concepto que se aplica tanto a las prácticas de los montepíos como a los esclavos redimidos y a las almas redimidas.

En el tercer capítulo, «La deuda como argumento», examiné más en detalle el contrato fáustico, en particular a través de las historias del doctor Fausto, de Christopher Marlowe, y de Ebenezer Scrooge, de Charles Dickens, y dije que, en mi opinión, el último es una imagen invertida del primero. Analicé la deuda como un *leitmotiv* rector de la narrativa occidental, especialmente la del siglo XIX, un siglo en el que, tras el triunfo del capitalismo y la transformación del dinero en el patrón de medida de la mayoría de las cosas, la deuda ocupó un lugar preponderante en la vida de las personas de carne y hueso. En el siglo XIX se incrementó el número de molinos industriales, los cuales se multiplicaron y favorecieron la expansión capitalista. Así pues, también analicé los rasgos siniestros tradicionalmente atribuidos a los molineros, de quienes se decía que eran tramposos y lo más probable era que hubieran pactado con el Diablo, ya que parecían capaces de hacer dinero con nada. Relacioné los molinos y los molineros con los molinos de las leyendas populares, que echan fuera cualquier cosa que les pidas que muelan, pero luego es muy difícil pararlos. Cerré el capítulo con una referencia a los molinos de los dioses, esos molinos que muelen despacio, pero su molienda resulta extremadamente fina. Muchos interpretan que este

dicho griego quiere decir que tal vez el castigo por una mala acción tarde en venir, pero cuando llega es devastador.

Esta idea estimulante me condujo al cuarto capítulo, «El lado “Sombra”», en el cual abordé las formas más feas de equilibrar los saldos deudor y acreedor. Mencioné las cárceles para deudores, las tácticas delictivas de cobro de préstamos usureros, la posibilidad de liquidar a tus acreedores, rebelarte contra tus gobernantes cuando te exigen el pago de impuestos excesivamente elevados o injustos, y, traspasando la frontera financiera para entrar en una zona donde el pago en dinero simplemente no se usa, la venganza sangrienta, vindicadora.

Así hemos llegado a mi quinto y último capítulo: «Pagar (con la misma moneda)». Trataré de que sea lo menos doloroso posible. No, pensándolo bien, no haré eso, porque, si no fuera doloroso, no se trataría de «pagar», ¿no es cierto?

En mi parte del mundo tenemos una forma de intercambio ritual que se desarrolla de esta manera:

Primera persona: «Qué tiempo hermoso tenemos».

Segunda persona: «Lo pagaremos después».

Como mi parte del mundo es Canadá, donde el tiempo es muy variable, siempre lo pagamos después. Alguien hizo este comentario: «Eso no es canadiense, es presbiteriano». No obstante, es un dicho muy extendido entre nosotros.

Lo que revela este diálogo ritual es la costumbre, muy extendida, de pensar que las cosas más agradables de la vida sólo son prestadas o han sido adquiridas a crédito y que tarde o temprano llegará el día en que habrá que pagarlas. Es el tema de este capítulo: el momento de pagar. O el momento de devolver lo que debes, suponiendo que no lo hayas devuelto aún. En cualquier caso, el momento en que se compara el peso de lo que está a un lado de la balanza con lo que está al otro —tu corazón, tu alma o tus deudas—, la hora de la verdad.

Toda deuda viene con la fecha en que vence el pago. De lo contrario el acreedor nunca podría cobrar y por lo tanto jamás prestaría, y todo el sistema de préstamo y compensación se vendría abajo. En la industria de servicios financieros, la fecha de vencimiento figura en los documentos hipotecarios o

crediticios o en el contrato de la tarjeta de crédito. Debes pagar en esa fecha, o tendrás que renovar el préstamo; o, si te pasas del plazo para pagar los cargos de tu tarjeta de crédito, los intereses se disparan y las cosas se ponen peor.

Hay otro tipo de deudas que también tiene vencimiento. En realidad, todas las deudas están siempre asociadas al simbolismo del tiempo, del cálculo y de los números. En el Libro de Daniel, una mano aparece en el banquete de Baltasar y escribe sobre la pared: «Contado, contado, pesado y dividido». El profeta Daniel interpreta que esto significa que el reino de Baltasar ha sido contado y se le ha puesto fin —en otras palabras, ha llegado al número máximo—, y que él ha sido pesado en la balanza —suponemos que se trata del mismo tipo de balanza para pecados, almas o corazones que usaban los egipcios— y, al día siguiente, llega la hora de pagar: matan a Baltasar y dividen su reino.

Calendarios, relojes, campanas que tocan la hora: marcan el tiempo, y el tiempo se acaba, para la vida mortal y también para las deudas. Aquel reloj del abuelo que, como era demasiado grande para poner sobre el estante, permaneció noventa años en el suelo, lo trajeron de la tienda el día que nació el abuelo, e hizo tictac, tictac, durante noventa años sin parar, contando cada segundo de su vida como latidos de un corazón. Pero, cuando el pobre viejo murió, se paró de golpe y nunca más volvió a funcionar. (En tercer grado aprendí algunas canciones memorables).

En su representación medieval, la Muerte lleva consigo un reloj de arena y una guadaña. El reloj de arena significa que la arena del tiempo —tu tiempo — es finita y pasa muy deprisa. El carro alado del tiempo se aproxima a todo correr, constantemente. En el cuento de Edgar Allan Poe *La máscara de la Muerte Roja, en* el que el príncipe Próspero y sus mil amigos juerguistas, con la esperanza de escapar así a la peste, se van trasladando de una estancia del palacio ornada con vivos colores a otra, hay, en la séptima y última cámara, un gigantesco reloj de ébano. (¿Por qué siete? Supongo que alude a las siete edades del hombre). Este reloj premonitorio también marca su tictac y luego tañe un *bong* doce veces, porque es medianoche —esa hora mística—, y entonces cada uno de los presentes exuda manchas rojas y cae redondo, porque, podrás correr, pero no puedes esconderte. Ni del Tiempo ni de su hermana siamesa, la Muerte. (El reloj de Poe, como el del abuelo de noventa años, como los relojes de muñeca y de pared de muchas novelas policíacas —ésos con agujeros de balas—, se paran con el último latido del corazón).

Entonces, no preguntes nunca por quién doblan las campanas, como dijo el poeta John Donne en el siglo XVII. Doblan por ti. O doblarán. Y después

dejarán de doblar, igual que todos esos relojes literarios.

El tiempo es una condición de la vida de nuestros cuerpos físicos: sin tiempo no podemos vivir; estaríamos congelados, como las estatuas, pues no seríamos capaces de cambiar. Pero al final del tiempo —nuestro tiempo— ya no necesitamos más Tiempo. En el Cielo no hay relojes. Tampoco en el Infierno. En ambos, todo es siempre Ahora. O es lo que se rumorea por ahí. En el Cielo no hay deudas, de ninguna clase, todas han sido pagadas. En el Infierno, en cambio, no hay nada más que deudas, y se te exige que las pagues aunque no puedas pagarlas todas. Tienes que pagar y pagar y seguir pagando. El Infierno es como una tarjeta de crédito infernal, cuyo saldo acreedor máximo, agotado, multiplica los gastos al infinito.

He aquí lo que dice el doctor Fausto, de Marlowe, el día que vence el contrato de préstamo que firmó con Mefistófeles. Considera que el tiempo es inexorable, pero también ansia elocuentemente una prórroga:

> Escribí un contrato con mi propia sangre: la fecha ha expirado; el tiempo vendrá a buscarme…
>
> ¡Ah, Fausto, una hora escasa te queda de vida y luego serás condenado eternamente! Deteneos, móviles esferas de los cielos, cese el tiempo y nunca llegue la medianoche. Ojo de la hermosa Naturaleza, álzate de nuevo y haz perpetuo el día, o haz que esta hora sea un año, un mes, una semana, un día natural, para que pueda Fausto arrepentirse y salvar su alma. *Oh lente, lente currite, noctis equi!* Las estrellas muévense aún, el tiempo corre, el reloj suena, vendrá el Demonio y Fausto será condenado.

El verso en latín es un corte de ironía triste y nostálgica, pues pertenece a un poema de Ovidio en el que el poeta pide a los caballos de la noche —los que tiran del carro alado del Tiempo— que corran despacio. Así la noche será muy larga y él podrá yacer más tiempo en la cama con su amante. Pero la invocación no sirve para el pobre doctor Fausto: el tiempo avanza implacablemente, el tiempo vuela, y no sólo el reloj sino también la campana toca la medianoche, la hora en que vence el temido plazo para pagar.

Como he dicho antes, hay una buena razón para creer que el doctor Fausto de Marlowe y Ebenezer Scrooge de Dickens son dos imágenes especulares: todo lo que Fausto hace, Scrooge también lo hace. Con el Tiempo sucede lo mismo. Lo que Fausto desea —que el Tiempo sea elástico y se alargue una eternidad para que nunca llegue la fecha del vencimiento de su contrato y no tener que pagar a Mefistófeles con su cuerpo y su alma—, la elasticidad del tiempo, es algo que Scrooge consigue.

Para ambos, la hora fatídica es entre las doce de la noche y la una de la mañana. Para los aficionados a las asociaciones mitológicas más enrevesadas, las doce de la noche marcan el comienzo de lo que se conoce como el

momento «bisagra». En la actualidad, esta expresión significa un momento decisivo, pero yo la estoy usando en un sentido más antiguo, cuando la gente creía que el tiempo se abría y se cerraba en determinados momentos. —Halloween y los solsticios, por ejemplo—, cuando las puertas entre nuestro mundo y otros mundos se abrían girando sobre sus goznes. Y es la hora en que los demonios desgarran a Fausto.

Es la misma hora que tanta importancia tiene para Ebenezer Scrooge. Scrooge recibe a los dos primeros Espíritus de Navidad a una hora que, según él cree, es la una de la mañana, durante dos noches consecutivas —la primera es la víspera de Navidad—; y al tercero, a las doce de la noche de la tercera noche. Pero, cuando se despierta, las tres noches se han vuelto una y lo que debió ser dos días después de Navidad aún es la mañana de Navidad. Para Scrooge, el tiempo ha transcurrido más despacio, de manera que ha hecho en una noche lo que le habría llevado tres. Y en el curso de esa sola noche, ha vivido su vida entera y entrevisto su futura muerte, y luego ha sido devuelto al tiempo presente. El vencimiento de su plazo ha sido aplazado y se ve a sí mismo llegar de nuevo al mundo, un mundo que por fin puede sentir que le pertenece.

«¡Sí!, y la cabecera de la cama era suya», piensa. «La cama era la suya y suya la habitación. Pero lo mejor de todo era que el Tiempo que le quedaba por delante le pertenecía y podía enmendarse». Acto seguido exclama que no sabe qué día del mes es, que está tan contento como un colegial y que, además, es un niño. En ese momento se oyen fragorosos repiques de campanas, pero no son las campanadas solemnes que doblan anunciando la muerte, tampoco las que marcan el curso ineluctable del Tiempo. Son campanadas de celebración. Celebran un nacimiento; dos nacimientos, en realidad: el de Jesús y el del renacido niño Scrooge. Celebran también la suspensión de las pautas usuales del tiempo y por consiguiente de la normativa usual de la deuda. A Scrooge le han dado un respiro. Le han concedido más tiempo, más vida. Y ahora la empleará para devolver lo que tomó; para enmendarse, o «compensar», como él dice.

Hagamos una pausa para considerar de dónde deriva la palabra inglesa *amends*. Según el *Oxford English Dictionary*, *amends* viene de una palabra que en su origen significaba un pago, en dinero o mercancías, por algo que se había hecho mal. Al enmendarse, Scrooge paga una deuda moral. ¿A quién debe y por qué? Desde el punto de vista de Dickens, está en deuda con su amigo y socio: recibió sobornos de otras personas durante toda su vida —fue así como amasó su fortuna—, pero nunca dio nada a cambio. Por ser un

acreedor de tal magnitud, en el sentido financiero del término, se ha convertido en un deudor, en el sentido moral, y entender esto es esencial para su transformación. El dinero no es lo único que debe fluir y circular para tener un valor: las buenas acciones y los regalos también deben fluir y circular —tal como sucede con los chimpancés— para que un sistema social conserve su equilibrio.

Sabemos en qué emplea Scrooge su tiempo suplementario: compra un pavo, salva a Tiny Tim, da para obras de caridad, juega con los demás en una fiesta y aumenta el sueldo de Bob Cratchit; en suma, se siente amigo de su prójimo, algo que indican en determinados casos las cantidades que está dispuesto a gastar. Nosotros, lectores y espectadores, siempre nos sentimos satisfechos cuando llegamos a esta parte del relato: nos reconforta, nos proporciona una sensación de bienestar y lloramos emocionados (al menos, yo). Pero entonces termina la escena bajo la luz brillante de la nieve, y cerramos el libro o salimos del teatro o apagamos el televisor y no pensamos más en ello, porque, después de todo, la historia de Scrooge es un cuento infantil pasado de moda y nosotros debemos regresar a la vida real de los adultos.

Pero, quedémonos un momento con Scrooge y hagamos un pequeño ejercicio mental. Algunas personas tienen la costumbre de decir: «¿Qué haría Jesús?». Suena muy piadoso, pero a veces los que preguntan reciben curiosas respuestas: bombardear Irán, explotar a los pobres, quemar una iglesia, difamar con mentiras a tus opositores políticos, torturar un poquito, y así sucesivamente. Es difícil imaginar a Jesús controlando a un prisionero o prisionera de guerra maniatado mientras lo picanea. Puede que yo sea una anticuada, pero en los textos oficiales que hablan de él, Jesús está entre los que reciben esta clase de tratamientos, no entre los que los aplican.

La mayoría de nosotros no nos parecemos mucho a Jesús, por eso nos es tan difícil imaginar lo que Jesús haría si estuviera físicamente entre nosotros. Y, aunque no nos parezcamos mucho a Jesús, sí nos parecemos mucho a Scrooge. Entonces, qué haría Scrooge si estuviera aquí hoy con nosotros, y si tuviera que enfrentarse a los problemas que nosotros debemos enfrentar hoy, por no hablar de la fecha de la devolución, que está cada vez más cerca. Y si le hubieran dado más tiempo para enmendarse, ¿qué forma habrían adoptado esas compensaciones? ¿Sentiría Scrooge que tiene que pagar una deuda moral a sus semejantes o se habría dado cuenta de que hay otra clase de deudas que también debe pagar?

Veámoslo.

Como ustedes saben, hay dos Scrooge: el viejo pecador codicioso, tacaño, provocador, avaricioso y aprovechado que conocimos al principio de la historia que trata acerca de él, y a quien llamaré «Scrooge Original», siguiendo el ejemplo de ciertos fabricantes de gaseosas y patatas fritas; y el segundo Scrooge, el que emerge después de haber renacido, y al que llamaré «Scrooge Lite», porque en las ilustraciones de Arthur Rackham; Scrooge Original aparece en cuclillas sobre una enorme bolsa de dinero y Scrooge Lite de pie, erguido y con las dos manos abiertas —se ha vuelto manirroto—, y se lo ve feliz y sonriente, más ligero de bolsa y de espíritu. La investigación moderna respalda a Dickens y a Rackham: aparentemente los ricos no son más felices por tener mucho dinero; son más felices cuando reparten algo de su fortuna. Leí acerca de este fenómeno en un periódico, por lo tanto debe de ser cierto.

Si alguno de ustedes desea ser realmente feliz empleando este método, le sugiero que ayude a salvar al albatros de su extinción. Es posible.

Hoy, quiero decir. Acaso mañana ya no sea posible, porque salvar a una especie de su extinción también tiene fecha de vencimiento, igual que la deuda y la vida mortal.

En cualquier caso, éstos son los dos Scrooge tradicionales: Scrooge Original y Scrooge Lite. Pero veamos a un tercer Scrooge: Scrooge tal como sería si estuviera entre nosotros al comienzo del siglo XXI. Lo llamaré «Scrooge Nouveau», pues cuando presentas un producto de gran calidad es mejor que suene un pelín afrancesado.

Scrooge Nouveau tiene la misma edad que Scrooge Original, pero no lo parece. Parece mucho más joven, porque, a diferencia de Scrooge Original, éste gasta su dinero: lo gasta en él. Se ha hecho un trasplante de cabello, algún arreglo en la cara y tiene la piel bronceada porque ha viajado mucho en su yate, y sus blanquísimos dientes atendidos por manos expertas brillan misteriosamente en la oscuridad.

Iba a darle un campo de golf propio, pero no serviría, porque un campo de golf con un solo jugador no es un campo de golf, así como un hormiguero con una sola hormiga no es un hormiguero; y Scrooge Nouveau no querría jugar con nadie, puesto que no soporta la idea de perder, ni siquiera en teoría. A veces sale de caza y dispara a los animales, pero se mantiene a buena distancia de ellos. En materia de entretenimientos y diversiones, sus gustos son muy parecidos a los del príncipe renacentista de Maquiavelo, sólo que no se dedica a envenenar gente. Al menos no directamente. Sólo los envenena a

título de un lamentable, aunque inevitable, efecto colateral del análisis costo-beneficio: costaría demasiado no envenenarlos y los juicios resultantes podrían ser declarados un gasto del negocio.

A diferencia de Scrooge Original, Scrooge Nouveau no tiene mal genio, o no parece que lo tenga. Hoy en día existe un libro que nos enseña cómo se hace para ser muy, pero muy rico actuando como un gilipollas, pero Scrooge Nouveau ya es muy rico, de manera que no tiene necesidad de actuar como un gilipollas. Así tuvo que comportarse antes —por eso se hizo muy, muy rico —, pero ahora tiene gente que lo hace por él. No es grosero ni hosco, tampoco es maleducado con los que solicitan su caridad, como lo era Scrooge Original. Cuando no desea verlos, pone como pretexto que está reunido.

Si la actual legislación sobre sociedades hubiera existido en 1843, Scrooge Original habría sido el dueño de una sociedad en vez de una firma —¡mucho más segura para él!—, pero las sociedades de responsabilidad limitada se crearon en 1854 y hubo que esperar hasta finales del siglo XIX para que pudieran dotarse de las herramientas legales necesarias. Scrooge Original era socio en una firma llamada Scrooge & Marley. Por el orden de los apellidos, suponemos que Scrooge era el socio más antiguo y, de haberle interesado, habría podido tener el mejor y más grande despacho. Pero no le interesaba: el despacho de Scrooge Original era tan deprimente, sucio y mezquino como lo era todo lo que tenía que ver con él.

Pero Scrooge Nouveau vive en el siglo XXI, de manera que tiene un despacho espléndido, pero no una firma. Tiene una sociedad anónima. La verdad es que tiene muchas. Las colecciona; es su pasatiempo. No le importa demasiado lo que produzcan, siempre y cuando produzcan dinero.

Una parte de la fortuna de Scrooge Nouveau ha ido a parar a manos de las cuatro exseñoras Scrooge, cuyas fotografías aparecen en la primera plana de las revistas que se ocupan del estilo de vida de los ricos y famosos. Dos de estas exesposas se han prodigado en entrevistas hablando mal de Scrooge. A Scrooge, esta clase de atención le gusta, pero con moderación, como le gusta todo lo que tenga que ver con él. Y no tiene la culpa de ser un narcisista centrado en sí mismo: se crió rodeado de carteles publicitarios que le decían que lo merecía y que se lo debía únicamente a sí mismo. Ahora va por la quinta señora Scrooge. Es una chica de veintidós años, despampanante y con unas piernas muy largas. No se lo debe a nadie más que a sí mismo, porque lo vale.

Estas locuciones, comunes en el siglo XXI, provienen, cómo no, del lenguaje de la valoración —lo vale, ¿para quién y cuánto?— y también del

lenguaje de las deudas. Scrooge se lo debe a sí mismo: él es su propio deudor y acreedor, los dos en uno. ¿Qué es lo que ha tomado prestado de sí mismo? Tiempo y esfuerzo, suponemos, el mismo tiempo y esfuerzo que le ha permitido acrecentar la fortuna que heredó de Scrooge Original a través de Fred, el sobrino de Scrooge. Por eso puede devolverse a sí mismo adjudicándose ese misterioso «lo» (generalmente, cualquier cosa que figure en el anuncio). Se lo debe a sí mismo, pero, por extensión, no debe ni un miserable cobre a nadie más. O eso cree.

Nos encontramos con Scrooge Nouveau en su lujosa villa, en alguna parte, en —¿dónde?— digamos, la Toscana, aunque esté pensando en venderla porque el vecindario se está llenando de magnates que valen menos que él y que arruinan el paisaje con sus ostentosos mazacotes arquitectónicos. La quinta señora Scrooge se encuentra en Milán, adonde ha ido a comprar unos tacones de aguja de ultimísima moda. Scrooge Nouveau ha pasado la tarde con uno de sus directores ejecutivos, llamado Bob Cratchit, un lameculos muy bien pagado y útil, pero envidioso y rastrero, según Scrooge Nouveau. Cratchit tiene una esposa ordinaria, que viste mal, y una pandilla de niños detestables, el menor de los cuales, Timmy, es un llorica prodigioso. Scrooge siempre hace como que no oye las indirectas de Bob para que invite a nadar en su piscina a esa horda de niños llorones.

Es de noche. Scrooge ha disfrutado de una modesta cena de lubina chilena, un pez prácticamente extinguido, pero delicioso. De todas formas, alguien tiene que comérselo, y, como ya está muerto, ¿por qué desperdiciarlo? Está relajado bebiendo una copa de un licor añejo (pongan ustedes el año), pero de un atrevido aroma afrutado, cuando de pronto oye un ruido tremendo y huele un olor horrible. Es un ruido húmedo, como de violentos sorbidos, a chupeteo, como si alguien estuviera chapoteando en un pantano. El olor es olor a podrido. Y todo él sube por la escalera de mármol de la mansión y se dirige a él.

¿Qué había en la botella de… lo que fuera (pongan ustedes mismos el año)?, piensa Scrooge. Retrocede mentalmente a sus años juveniles, cuando experimentaba con drogas. Apenas tiene tiempo para procesar interiormente su propia defensa. —«¡Nunca inhalé!»— cuando su antiguo socio, Jake Marley —muerto hace varios años, de un ataque al corazón en la cinta del gimnasio de la empresa de alta tecnología—, se materializa en el sillón delante de él. Lleva enroscada a su cuerpo, arrastrándola por el suelo, una larga cadena hecha con pescado podrido, ejemplares de una fauna y flora que está desapareciendo y cráneos y pelo de campesinos del mundo en desarrollo.

—¡Jake! —dice Scrooge Nouveau—. ¡Estás salpicando mi alfombra oriental, que es carísima! Pero ¿qué haces aquí y por qué llevas encima ese cacharro pestilente?

—Llevo el cacharro pestilente que forjé en vida —contesta Marley—. ¡Deberías ver el tuyo! Es tres veces más largo y más apestoso que el mío. Y he venido a advertirte, para que puedas escapar a mi destino. Tres Espíritus vendrán a visitarte.

—¿Tienen cita? —pregunta Scrooge Nouveau, jurándose que, si la tienen, despedirá a su secretaria—. No puedo verlos. Estaré en una reunión.

—El primer Espíritu vendrá esta noche, cuando el reloj dé la una —dice Jake Marley, y se desvanece en medio de un soplo de olor pestilente.

Scrooge mira por la ventana, ve un montón de bacalaos en descomposición volando por el aire, con un presidente del consejo de administración atado a cada uno. Para despejarse, se ducha en su baño de mármol, traga una pastilla para dormir y se desploma en su carísima cama, un lecho con cuatro barrotes, auténtico del siglo XVII.

Nada de esto impide al primer Espíritu hacer su aparición junto a la cama, a la una en punto. Es mujer; una damisela bonita, ataviada en verde y con una corona de flores en el pelo. Parece un anuncio de champú completamente-natural-y-orgánico. Puede que no salga tan mal, piensa Scrooge.

—¿Te importa venir aquí, conmigo? —le dice, señalándole su cama.

Se lo debe a sí mismo. La quinta señora Scrooge no tiene por qué enterarse, y si se entera, qué importa, ni caso le hará si se enfada.

—Soy el Espíritu del Día de la Tierra del Pasado —dice el Espíritu—. Levántate y camina conmigo.

Scrooge está a punto de decir que si va a hacer algo tan fatigoso como andar tiene que ponerse los zapatos deportivos apropiados, que le han costado mil dólares, pero ya está fuera, ha salido por la ventana impulsado de un tirón y está volando por el aire.

—¡En el Pasado no había ningún maldito Día de la Tierra! —le grita al Espíritu, ahora que ha tenido tiempo de pensarlo.

—Ni falta que hacía —dice el Espíritu mientras se deslizan por encima de las nubes—. ¡Imagínate disponer de un solo día para honrar a la Tierra! Es como el Día de la Madre, échale una tarjeta y algunas flores a la gallina vieja una vez al año y después dedícate a explotarla el resto del tiempo. Pero las sociedades antiguas recordaban la deuda que tenemos con la tierra con la llegada de cada estación. Todas las religiones pagaron tributo a la sacralidad de la Tierra y reconocieron con gratitud que todo lo que las personas comían,

bebían y respiraban venía de ella gracias a la providencia. Cuando la gente era respetuosa con los dones que la naturaleza les daba y se abstenían de derrocharlos y de ser codiciosos, la ira divina, que se manifestaba con sequía, enfermedades y hambruna, no caía sobre ellos. Además, los primeros habitantes creían que debían pagar por lo que habían recibido. Es el origen de la idea del sacrificio: en ciertas culturas tribales sudamericanas todavía se refieren al sacrificio humano como un acto para «alimentar la Tierra». Según el *ethos* imperante, si tenían una deuda debían pagarla, puntualmente, o les serían retirados los beneficios que habían recibido.

Scrooge está molesto consigo mismo: no debió haber sacado el tema y dejarse imponer semejante perorata santurrona.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

Es como si hubieran quedado atrapados en un vacilante laberinto de luz y oscuridad.

—Estamos viajando a través del Tiempo —le informa el Espíritu—. Retrocediendo. Si te mareas, cierra los ojos.

—Bueno, está bien —dice Scrooge—, la civilización avanzó. Ya hemos superado toda esa cuestión de los sacrificios crueles. Hoy tenemos una visión racional de las cosas. Pensemos en la ciencia, en el análisis costo-beneficio, en la deuda como un sofisticado vehículo de inversión y…

Él Espíritu sonríe.

—La Naturaleza es una experta en análisis costo-beneficio —añade—. Aunque ella calcule las cosas de otra forma. Por lo que se refiere a las deudas, ella siempre cobra una vez transcurrido un largo período de tiempo. La racionalidad de la que hablas data de hace apenas dos siglos, cuando la gente empezó a sustituir a «Dios» por algo llamado «el Mercado», atribuyéndole las mismas características: es omnisciente, siempre tiene razón y tiene el don de hacer algo denominado «correcciones», que, como los castigos divinos de los antiguos, tienen el efecto de suprimir una gran cantidad de gente. Hubo personas ilustradas que llegaron a creer que la Tierra no era más que un ensamblaje de máquinas y que, por consiguiente, todo en ella, la vida animal inclusive, sólo existía para ser rediseñada a fin de que se hiciera la voluntad del Hombre y funcionara (como un molino de agua). A principios del siglo XX, los científicos todavía nos decían, por ejemplo, que, como los animales no tenían emociones, podíamos tratarlos como si fueran objetos inanimados, lo Cual era lo mismo que se dijo, más o menos, de las clases más bajas en Inglaterra o de los esclavos en todas partes.

»No obstante, el sentido de una Tierra viviente pervivió hasta las épocas modernas, aunque sólo fuera a través del lenguaje. Cuando una persona fallecía, se decía: “Ha pagado su deuda con la Naturaleza”. En otras palabras, había recibido en préstamo su cuerpo físico —nunca había sido dueño de ese cuerpo— y la muerte era el medio por el cual dicho préstamo era devuelto. Y ello es literalmente cierto, siempre y cuando los parientes no incineren el cadáver o lo precinten en el interior de una bóveda hermética. Pero, si se deja que se disuelva y regrese a los elementos…

Scrooge siente un leve malestar. Nunca había imaginado su propio cuerpo como algo que le dieron en préstamo y no le gusta nada la idea de tener que devolverlo de esa forma tan dolorosa. Es suyo, para poseerlo a perpetuidad y mejorarlo, como un bien inmueble. ¡Ha invertido mucho en él! Sabe que hay bioingenieros que actualmente están trabajando en un Proyecto de Inmortalidad y, en cuanto obtengan resultados concretos, comprará la idea. ¿Por qué no habría su cuerpo de trabajar para él siempre?

—¿No podríamos hablar de otra cosa? —pregunta.

—Por supuesto —dice el Espíritu—. Nuestra primera parada es Atenas. Es el siglo VI a. C.

Scrooge se halla en una habitación sencilla pero limpia, con vista al mar y al cielo. Un viejo excéntrico, tapado con una sábana, está meditando.

—Este hombre es Solón —explica el Espíritu—, el sabio de Atenas. Los aristócratas han controlado el gobierno durante mucho tiempo y han promulgado leyes que los benefician a ellos. Lo cual les ha permitido acaparar una cantidad desproporcionada de la riqueza del Estado. Durante los años de cosechas malas obligaron a los granjeros más pobres a endeudarse, condenándolos luego a la servidumbre y a la esclavitud. El resultado ha sido el estancamiento de la economía.

—Yo creía que eras un Espíritu del Día de la Tierra —dice Scrooge—. ¿Por qué me das lecciones de economía?

—Como dijo Charles Darwin, «la economía que la Naturaleza nos enseña mediante sus recursos es sorprendente» —añade el Espíritu—. Toda la riqueza procede de la Naturaleza. Sin ella, no habría economía. La riqueza principal es la comida, no el dinero. Por consiguiente, todo lo que tiene que ver con la manipulación de la tierra también me concierne.

Scrooge piensa que es una manera de pensar novedosa. Siempre creyó que la comida venía de los restaurantes, o de los establecimientos que venden comestibles finos y de calidad.

—Solón fue considerado durante mucho tiempo el más grande legislador de los atenienses —dice el Espíritu—. En estos momentos está pensando en solucionar los problemas de la nación cancelando la masiva deuda estructural que ha enriquecido a unos pocos y empobrecido a todos los demás. Fue lo que finalmente hizo. En rigor, un borrón y cuenta nueva.

—¿Quieres decir que incumplió su pago? —pregunta Scrooge.

Tiembla de sólo pensar lo que sucedería con su portafolio de inversiones en tales circunstancias.

—Por supuesto —contesta el Espíritu—. La otra alternativa era una revolución sangrienta y onerosa, porque los campesinos atenienses habían sido explotados hasta no dar más. Cuando la deuda empieza a concentrarse demasiado en las manos de unos pocos, es preciso equilibrar las cuentas pacíficamente o, de lo contrario, sobrevienen el caos y la destrucción. En este caso, al acabar de este modo con sus reclamaciones, los ricos y poderosos, que se habían apoderado de tanta riqueza en tantos años, fueron obligados a devolverlo todo, sus deudas anuladas, lo que derivó en una renovada prosperidad para la comunidad. Es una de las formas que existen de equilibrar las cuentas. Déjame que te enseñe otra.

Hay un salto en el tiempo nuevamente y ahora contemplan una ciudad portuaria medieval.

—Kaffa —dice el Espíritu—, a orillas del mar Negro, una colonia fundada por los genoveses para explotar el comercio terrestre procedente del Lejano Oriente. El año es 1347. Allá abajo hay muchísima gente que está pagando sus deudas a la Naturaleza.

Scrooge y el Espíritu caen en picado sobre Kaffa. La ciudad es un remolino: la gente ha sobrevivido difícilmente al sitio de los mongoles, y a la Peste Negra llevada por los sitiadores. Ahora las personas caen como moscas en las calles estrechas, atestadas de gente y sucias, mientras, en el puerto, una multitud de ciudadanos muertos de pánico se agolpa para subir a bordo de los barcos con la esperanza de escapar.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunta Scrooge—. ¿Cuándo podremos irnos?

La pestilencia de Kaffa es diez veces peor que la que emanaba el fantasma de Jake Marley.

—La Peste Negra está a punto de invadir Europa —dice el Espíritu del Día de la Tierra del Pasado—. No se salvará ningún país. La peste llegará por mar, estas galeras genovesas procedentes de Kaffa la diseminarán, y luego se desparramará como el fuego por todo el continente. Allí las ciudades están

atestadas de gente y son insalubres, los países están superpoblados y la gente desnutrida, porque han agotado los recursos alimentarios de que disponían. Además, muchos de los que hoy viven tienen el sistema inmunológico debilitado como consecuencia de haber padecido en su infancia la Gran Hambruna que hubo entre 1315 y l316, cuando las lluvias torrenciales arruinaron las cosechas y murieron centenares de miles de personas. A las enfermedades pandémicas les encantan los lugares superpoblados, los desastres ecológicos y las víctimas debilitadas por la malnutrición. En dos años, para cuando acabe la primera gran ola de mortalidad, la mitad de las personas hoy vivas estarán muertas. Las ciudades quedarán vacías. También morirán muchas aves y otros animales. Invadidas por la maleza y el avance de las zonas boscosas, las granjas se habrán arruinado. Todo el paisaje de Europa se habrá transformado.

La cosa empieza a parecerse a uno de esos documentales de la televisión que Scrooge siempre apaga —pobres, hambrunas, enfermedades y desastres, todo eso— porque, ¿para qué abundar en detalles tan negativos? La verdad, la pura verdad, lo que le gustaría es volver a su cama, o a una de sus camas. Pero, en cambio, van a toda velocidad acompañando a la Peste Negra, que es muy truculenta. Se ve gente tosiendo sangre, a otros que se tornan negros y a otros que les salen unos forúnculos enormes.

—Cuando una mala situación, cualquiera que sea, empeora —dice el Espíritu, que es una chica sentenciosa y grave, como suele ser esa clase de Espíritus—, la gente reacciona de contadas maneras, todas previsibles. Durante la Peste Negra, muchos adoptaron medidas para protegerse, como aspirar el aroma de ramos de flores, sentarse junto al fuego, abandonar a sus familiares enfermos o escaparse, desparramando así el virus por todas partes. Si eran ricos, se encerraban a cal y canto en sus castillos con la esperanza de impedir la entrada de la peste. Otros, convencidos de que los planes de financiación a largo plazo eran una pérdida de tiempo, se dedicaron a vivir el presente y a divertirse lo más posible. Sus diversiones fueron muy variadas, desde banquetes y sexo consentido hasta saqueos, violaciones y pillajes.

—¿Puedo ver algo de todo eso? —pregunta Scrooge, a quien le gusta ir al grano.

Pero el Espíritu prosigue:

—Otros trataron de ayudar de muchas maneras: repartiendo alimentos y prestando toda la asistencia médica que podían a los agonizantes, y, con toda probabilidad, muriendo ellos en el intento. En algunas aldeas, donde había personas que ya estaban infectadas, al percatarse de que la plaga se podía

transmitir a través del contacto personal, la gente trató de detener la circulación de la enfermedad encerrándose en sus casas. Otro grupo se acusó a sí mismo y acusó a los demás de haber provocado la peste —porque pecaron, actuaron mal o envenenaron los pozos—, y, como consecuencia de ello, se formaron grupos de flagelantes que se azotaban y oraban y erraban de ciudad en ciudad desparramando la enfermedad. Los grupos marginales, como los leprosos, los gitanos, los mendigos y los judíos, sospechosos de ser portadores de la peste, sufrieron ataques de todo tipo y se calcula que hubo trescientas cincuenta matanzas de judíos. Otros observaron lo que ocurría a su alrededor y nos dejaron su testimonio: mucho de lo que sabemos de esa época proviene de sus contemporáneos que escribieron sobre lo que estaba sucediendo. Por último hubo quienes trataron de salir a flote, en la vida cotidiana y en los negocios. Scrooge, ¿has escuchado algo de lo que he dicho?

—Claro que sí —dice Scrooge, pero lo cierto es que está fascinado con una viñeta que se despliega abajo, en la cual una banda de sepultureros borrachos del siglo XIV, las bandas de motociclistas de aquella época, invade una lujosa villa muy parecida a la suya.

—Resumiendo, las formas de reaccionar son —dice el Espíritu—: Protégete a Ti Mismo, Renuncia y Diviértete, Ayuda a los Demás, Acusa, Testimonia y Sigue Adelante con Tu Vida. Son las únicas seis reacciones posibles en tiempos de crisis, siempre y cuando la crisis no sea una guerra. Si es una guerra, puedes añadir dos más, Pelea y Ríndete, aunque éstas podrían ser siniestros subconjuntos de Ayuda a los Demás y Renuncia y Diviértete. Como habrás notado, algunos de tus contemporáneos están adoptando una u otra de estas seis formas de reaccionar. ¿Porque presienten que una crisis global es inminente?

—Pesimista —murmura Scrooge para sus adentros.

Pero incluso si algo semejante llegara a ocurrir, él sabe bien cuál será su reacción. Huirá, en su *jet* privado, y después se divertirá, en una remota isla del Caribe, apartado de los suyos, adonde no podrán entrar campesinos de ninguna clase. «Le haré tururú al Destino —se dice a sí mismo, aunque una vocecita le susurra^—: Si aún tienes un pulgar, si aún tienes nariz». Siente un escalofrío. Todo no puede salir mal, piensa.

—No salió todo mal —dice el Espíritu, leyéndole el pensamiento—. Como la muerte paga todas las deudas y cancela muchas, se liberó una gran cantidad de capital circulante. En cuanto a los sobrevivientes, debido a la escasez de mano de obra aumentaron los jornales, y el sistema feudal, engorroso y degradante, se acabó. Mejoró la situación de las mujeres porque

tuvieron acceso a empleos, tal como sucedió durante la Primera y Segunda guerras mundiales. Empezó, para bien o para mal, un período de innovaciones técnicas. Y piensa en las obras maestras que inspiró la Gran Mortalidad: el *Decamerón* de Boccaccio, *La peste* de Albert Camus, *El séptimo sello*, la obra maestra del director de cine sueco Ingmar Bergman… No hay mal que por bien no venga.

—Prefiero pasar de las obras maestras y no pillar la peste —dice Scrooge.

—Tal vez una pandemia de peste forme parte del análisis costo-beneficio de la Naturaleza —dice el Espíritu—. Una forma de hacer borrón y cuenta nueva y de equilibrar las cuentas. Cuando la Humanidad se vuelve demasiado insoportable —excesivamente numerosa, sucia, demasiado destructiva para la Tierra—, hay una peste. Los animales, todos juntos en un mismo corral, también son propensos a enfermarse. Piensa en el gato que escupe una bola de pelo y te harás una idea.

Esta metáfora del gato y la bola de pelo no es halagüeña para la Humanidad, de la cual Scrooge, de pronto, siente que forma parte por primera vez en su vida. Pero el Espíritu lo alza de nuevo y lo arrastra entre nubes, dejando atrás las ciudades asoladas por la peste del siglo XIV.

El Espíritu del Día de la Tierra del Pasado lleva a Scrooge a hacer un rápido recorrido a través del tiempo y del espacio. En primer lugar, visitan América del Norte, en 1793, para observar un episodio de la destrucción de la paloma migratoria: grandes bandadas de aves son cazadas a tiros y sus cuerpos quedan tirados y abandonados, muchos más de los que podrían comerse alguna vez. «El Señor no desea ver a sus Criaturas muertas para nada; tarde o temprano será reparado el daño hecho a las palomas, así como a otros», dice un anciano alto, de aspecto tosco, que se encuentra cerca de allí. «Digo que es un pecado y un derroche cazar más de lo que se puede comer».

—Calzas de cuero —dice el Espíritu—, de *Los pioneros*, una novela de James Fenimore Cooper publicada en 1832.

—Pero ¡si no es más que un personaje del libro! —dice Scrooge.

—Lo mismo que tú —dice el Espíritu con tono de reprobación.

«Ha marcado un punto», piensa Scrooge.

—Quería mostrarte que incluso en una América del Norte abundante, abundante en aquella época, la gente ya estaba pensando en el uso correcto o equivocado de lo que hoy se llama «capital natural».

Acto seguido, presenciaron la llegada de la patata, barata y nutritiva, procedente del Nuevo Mundo. Se difunde rápidamente, facilitando una explosión demográfica que vuelve a llenar de gente países y ciudades, a pesar de las nuevas oleadas de peste y otras enfermedades mortales: tuberculosis, difteria, viruela, tifus, cólera, sífilis y muchas más. Scrooge decide que el Espíritu del Día de la Tierra del Pasado es una *sicko*. Se ve obligado a contemplar la llegada de la plaga que atacó a la patata en 1840, que asuela Irlanda y demuestra —dice el Espíritu— los peligros inherentes al monocultivo, algo que nunca ha sido del agrado de la Naturaleza. Es una locura, dice el Espíritu, volverse dependiente de unas pocas cosechas —trigo, arroz, maíz y soja, por ejemplo, como es el caso en el siglo XXI— porque una plaga puede provocar hambrunas en el acto.

Scrooge y el Espíritu dejan atrás a los irlandeses, que gritan de dolor en su agonía, y sobrevuelan Londres, donde, como en una fotografía tomada con la técnica *time-lapse*, Scrooge asiste a la aparición de las fábricas con sus humeantes chimeneas y al hacinamiento y miseria que ocasionó el ciclo de expansión y bancarrota de los comienzos del capitalismo. Equipos formados por niños deformes de piel verdosa en barriadas impregnadas de humo; familias de quince personas que duermen en una sola habitación hedionda y carente de ventilación. Por las alcantarillas abiertas corren las aguas residuales.

—¿Cómo puede la gente vivir así? —pregunta Scrooge—. Es repulsivo.

—¿Qué otra cosa podían hacer? —dice el Espíritu—. No había redes sociales de ninguna clase.

—Bueno, con la filantropía privada… —dice Scrooge, que es un fervoroso creyente en que debe dejarse de atribuir la responsabilidad por las desigualdades sociales, para no hablar de los impuestos, a las personas como él.

—«No habría piedad si no hiciéramos pobre a alguien y no podría haber Misericordia si todos fueran tan felices como nosotros» —murmura el Espíritu.

—¿Qué? —pregunta Scrooge.

—Unos versos —dice el Espíritu—. William Blake. Mis viajes contigo están por terminar. Puedo mostrarte una sola escena más. Del año 1972. El lugar es Toronto, en Canadá.

Un salto en el tiempo y Scrooge se encuentra de pronto en un salón moderno. No más niños, consumidos, no más victimas de la peste, no más patatas podridas, qué alivio. Sólo una mujer de sesenta y tres años leyendo un

diario. Recorta un artículo, lo dobla y lo mete en un sobre. Cierra el sobre, anota en él la fecha, luego baja la escalera que conduce al sótano y lo guarda en un baúl de viaje.

—¿Qué decía? —pregunta Scrooge—. Eso que ella recortó del periódico.

Pero el reloj da la una y el Espíritu del Día de la Tierra del Pasado flaquea y se disuelve, pero enseguida vuelve a tomar forma, sólo que ahora ella es un hombre. Scrooge detesta estos cambios de sexo: lo sacan de quicio.

—Hola, Scrooge, cariño —dice el hombre, con acento de la costa Oeste —. Soy el Espíritu del Día de la Tierra del Presente. Llámame el E del DTP.

Lleva casco de ciclista y una camiseta de cáñamo con una leyenda grabada que reza: «Abraza mi árbol». En una maño lleva una bolsa de mercado hecha con plástico de botellas de gaseosa recicladas y en la otra una taza de café que dice: «Orgánico libre de pesticidas Comercio justo Cultivado a la sombra Beneficioso para el canto de los pájaros». Se parece un poco a David Suzuki y un poco a Al Gore, y también un poquito al príncipe Carlos cuando va vestido de granjero ecológico:

—Entonces —prosigue—, ¿qué parte del desastre-en-el-hacer deseas visitar primero?

A Scrooge le gustaría decir «ninguna», pero se da cuenta de que no tiene opción.

—Elige tú —dice a regañadientes.

Este tipo parece tranquilo, pero tiene algo muy, pero muy raro, parece un *hippy* pasado por un artilugio de teletransportación del que salió un poco revuelto.

—De acuerdo —dice el Espíritu.

Y al instante, Scrooge se halla en el fondo del océano. Una red enorme es arrastrada por el suelo marino destruyendo todo a su paso. Por delante de la red florece la selva submarina y sus cientos de miles de criaturas vivientes, plantas y animales; por detrás es un desierto. Levantan la red y tiran fuera la mayoría de las especies muertas o a punto de morir que hay en ella. Sólo se quedan con algunas especies con cierto valor comercial.

—Es como si con una excavadora destrozaras todo tu jardín y sólo conservaras unos pedruscos, y luego arrojaras el resto por la alcantarilla —dice el Espíritu—. Añade a esto la sobrepesca, muy sencilla con esos megabarcos equipados con un sonar para detectar con más rapidez la presencia de los bancos de peces. Cuando se usaban embarcaciones más pequeñas, la pesca era más o menos sostenible. Pero, en los últimos cuarenta años, las prácticas de alta tecnología hipereficientes han acabado con un

tercio de la producción del océano. La gente cree que se recuperará, y tal vez sea cierto, pero no en miles de años. Los barcos de ahora son cada vez más grandes y se dedican a cazar peces cada vez más pequeños y más escasos. Lo estúpido del asunto es que las flotas pesqueras que causan tanto daño están subvencionadas por los gobiernos, de manera que la gente no paga por lo que en realidad cuesta el pescado que come, sino que lo paga con sus impuestos.

—¡Impuestos! —grita Scrooge. Los impuestos son un motivo de amargura para él—. ¿Quieres decir que estoy pagando por todo este increíble derroche?

—Éste no es el único derroche por el que estás pagando —dice el Espíritu —. ¿Necesito mencionar las políticas agrícolas de ciertos gobiernos, que subvencionan biocombustibles cuya producción consume más energía de la que generan? Y el costo real es mucho más elevado cuando tienes en cuenta lo que significa en términos de costo para la tierra: el agotamiento del suelo y la destrucción que causan los pesticidas y herbicidas a los biosistemas. También hay que considerar que, cuando las cosechas, en vez de dar de comer, se queman, ello repercute en el precio de los alimentos en el mundo, aparte de sacar biomasa de la circulación y reemplazarla por humo. Con la pesca abusiva, sin embargo, el remedio está al alcance de la mano: cuando los precios de los combustibles suban demasiado, esos megabarcos resultarán muy onerosos, especialmente si queda poco para pescar o, como dicen ellos, «cosechar»; el volumen de la pesca ha disminuido un ochenta por ciento en treinta años.

Scrooge no se siente muy bien. Puede escuchar desde el interior de su estómago los reproches que le está haciendo la lubina chilena que comió a la hora de cenar.

Acto seguido, visitan la selva amazónica, segada a toda prisa para obtener durante unos pocos años una buena producción de ganado y soja. Y, luego, el Congo, donde está en marcha la deforestación a una velocidad galopante. Y los bosques boreales del norte, donde se están mascando los árboles como mondadientes.

—Un árbol maduro proporciona dos tercios del oxígeno que un ser humano necesita para respirar —comenta el Espíritu—. Si se echan abajo millones de árboles y nacen millones de personas cada año, ¿qué pasará con la calidad del aire?, para no hablar de las inundaciones y la erosión del suelo y las sequías, que resultan de talar árboles en lugares indebidos.

Cruzan el Antártico, donde se están rompiendo y derritiendo enormes bloques de hielo, y el Ártico, donde la tundra helada se descongela y libera

inmensas nubes de gas metano. Verifican la subida de los niveles del mar y ven personas que se ahogan o vuelan, y ven también un par de ciclones de fuerza superior que se abalanzan sobre las costas bajas atestadas de gente.

—¿No puedes parar todo esto? —grita Scrooge.

—Una legislación internacional en esta región es difícil de conseguir —dice el Espíritu—, porque nadie se pone de acuerdo acerca de lo que es justo. Como sucede con los monos: si uno consigue una uva, los demás también quieren uvas. «Ustedes arruinaron su propia ecología con fines lucrativos —dicen los países más pobres—, no vengan ahora a decirnos que no hagamos lo mismo». La pobreza por un lado y la avaricia por otro conducen a devastar la Tierra. Además, no te olvides de que muchos de los países donde la destrucción es mayor están enormemente endeudados con los países ricos. De manera que la deuda también conduce a esta escabechina.

»El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial empezaron, en los años cuarenta, a ayudar, por así decir, al denominado mundo en desarrollo. Persuadieron a los dirigentes de esos países (muchas veces personas sin escrúpulos) para que solicitaran en préstamo ingentes cantidades de dinero. En aquella época estos líderes tenían libertad para gastar más de lo que podían y oprimir al campesinado a fin de reembolsar las deudas acumuladas. Los campesinos, desesperados, labraron sus tierras en exceso. Como consecuencia empezó a disminuir el rendimiento de sus cosechas y se empobrecieron, y quedaron así más expuestos al hambre de lo que antes estaban. Esto se parece muchísimo al sistema fiscal aplicado a los granjeros en la época del Imperio romano: un método piramidal para sacar la riqueza de los pobres. El resultado es lo que tenemos hoy: los ingresos de los veinticinco millones de individuos más ricos del planeta constituyen un patrimonio neto total equivalente al patrimonio neto total de los dos mil millones de personas más pobres del planeta.

Scrooge está a punto de decir que las personas ricas merecen ser ricas por la superioridad de sus genes y de su fibra moral, pero se percata de que el Espíritu no lo mira con buenos ojos y se abstiene.

—¿No te parece —pregunta el Espíritu— que, cuando el desequilibrio entre el débito y el crédito, y pobreza y riqueza, se torna demasiado grande y los pobres se hunden y mueren bajo el peso aplastante de sus deudas, y el sentido humano de equidad y justicia es abusivamente ultrajado, que la gente haga lo que antes hacía tan a menudo no sería un gran incentivo? Deponer a sus dirigentes, matar a sus acreedores, si es que llegan a pillarlos, o simplemente incumplir con el pago de los préstamos.

—Pero eso estropearía todo el sistema —dice Scrooge.

—Te olvidas de una cosa —contesta el Espíritu—. Ya lo está.

Al bajar de la estratosfera, se encuentran participando de una cena en Toronto. Aquí no hay campesinos hambrientos; hay comida y bebida sobre la mesa. Personas bien vestidas que conversan amablemente. El tema es la escasez mundial de alimentos en la primavera de 2008 y los disturbios a los que ha dado lugar y que se han extendido velozmente.

—Son los especuladores —dice uno de los invitados—. Están acaparando alimentos. ¿Sabéis cuántos miles de millones de grandes sociedades anónimas han sacado provecho de esto?

—No, realmente no hay comida suficiente —interviene un segundo invitado.

—Podemos producir más —propone otro.

—Seguro —dice el segundo—, hasta que no podamos más. No se puede seguir sacando y sacando sin restituir nunca nada de lo que sacamos.

—La Revolución Verde ha aumentado la producción, entre los fertilizantes, los pesticidas y las semillas genéticamente modificadas… —explica otro.

—La aumentaron al principio —alega el segundo—. Después la mermaron, dejando el suelo muerto. Los únicos granjeros a quienes les va bien en las regiones de India donde se ha experimentado la Revolución Verde son los de cultivo orgánico.

—¿Qué sucederá cuando todos los chinos y los indios tengan automóviles? —dice un cuarto—. ¡Nos asfixiaremos!

—El aumento del precio de la gasolina frenará la situación —interviene el primero—, no podrán mantener sus autos.

—Demasiada gente —se lamenta el segundo—. Sólo el veinte por ciento de la Tierra es secano. De este veinte por ciento, sólo un tres por ciento es apto para el cultivo productivo. La mayoría de las personas sobre la Tierra vive del dos por ciento de la tierra. Nos estamos quedando sin hábitat y destruimos el que nos queda.

—Ya hemos oído antes estas predicciones malthusianas —dice el tercero.

—Eso no quiere decir que no sean ciertas —aduce un cuarto.

—Bueno, de todos modos —dice un quinto—, yo no puedo hacer nada para impedir lo que sea que esté sucediendo. ¡Es demasiado para nosotros! ¡Deberíamos divertirnos mientras podamos!

Y todos alzaron su copa y brindaron por ello.

—¡No seáis tan estúpidos! —les grita Scrooge.

Pero no pueden oírlo. Sus risas alegres se van apagando, y al instante, Scrooge se halla otra vez en el sótano de 1972, donde estaba la anciana con su baúl de viajes. Pero ahora es el presente y es otra la anciana que está abriendo el baúl. Encuentra el sobre dejado allí tres o cuatro décadas antes y lo abre.

—Me pregunto por qué mamá habrá guardado esto —se dice.

Scrooge lee por encima de su hombro. Es un recorte del *Los Angeles Times*. El principal titular reza: «En 2042, el Equipo del MIT dice: Colapso de la economía mundial si sigue el crecimiento». Trata acerca de un estudio llevado a cabo durante trece meses, encargado por el Club de Roma y realizado por un equipo de científicos en el MIT. «La economía mundial colapsará dentro de setenta años, acarreando enfermedades, pobreza y hambre, a menos que se ponga un freno al crecimiento económico —empieza diciendo el artículo—. La idea de que el crecimiento de la población y de los bienes materiales no puede continuar eternamente, porque la disponibilidad de territorios y recursos naturales sobre la Tierra no es infinita, no es nueva. Es tan antigua como Platón. —Y concluye—: Es probable que sean nuestros hijos quienes conozcan los límites físicos del crecimiento. El estudio se centra en cinco variantes principales: el total de los suministros no renovables en el mundo (metales, rocas y energía), más el número de habitantes, la cantidad de contaminación, la tasa de producción industrial per cápita y la cantidad de producción de alimentos per cápita».

—¡Lo sabían! —exclama furioso Scrooge—. ¡Ya lo sabían en 1972! ¿Por qué no hicieron algo cuando todavía estaban a tiempo?

Está tan furioso que coge al Espíritu del Día de la Tierra del Presente por la camiseta de cáñamo que lleva puesta y lo sacude. Pero el reloj da las doce y el Espíritu se evapora en sus manos.

Se transforma en algo seco, con escamas. Es una cucaracha gigantesca.

—Soy el Espíritu del Día de la Tierra Futuro —dice con voz rasposa.

Scrooge retrocede. Los bichos no le gustan.

—¿No podrías parecerte a un ser humano? —le dice.

—Todo depende de cuál sea el futuro que te gustaría ver —dice la cucaracha—. En algunos futuros, la humanidad se extinguirá a medio plazo, por lo tanto no puedo adoptar el aspecto de una bioforma que ya no existe.

—¿Y algo más cercano en el tiempo? —pregunta Scrooge tratando de mostrarse lo más amable posible.

—De acuerdo —dice la cucaracha.

Se tambalea, se disuelve y vuelve a tomar forma. Ahora es un hombre de treinta y cinco años, de ojos brillantes, vestido con traje oscuro, con un pendiente de oro en la oreja, que lleva un maletín.

—Aquí me tienes. Soy un agente de futuros. ¿Cuál de tus futuros te gustaría visitar?

—¿Tengo más de uno? —pregunta Scrooge.

—Con los futuros, todo puede suceder —dice el Espíritu—. Los futuros son infinitos, tantos como los que nos han contado los escritores de ciencia-ficción. Por ejemplo, en un futuro has pasado por una terapia con genes de nueva generación y vives hasta los ciento cincuenta años; en otro, un autobús te atropella la semana que viene.

—Dejo ése de lado, paso —dice apresuradamente Scrooge.

—No todo es malo —dice el Espíritu—. En ese futuro, tú elegiste el entierro natural, de manera que te reencarnaste en un árbol. Pero, te entiendo. Entonces, ¿las buenas o las malas noticias?

—Las buenas noticias primero —dice Scrooge, que es optimista con respecto a sí mismo, pese a ser un misántropo con respecto a los demás.

El Espíritu sacude su maletín y Scrooge aterriza en una ciudad mediana, alegre y bulliciosa. Todo el mundo lleva ropa tejida con fibras naturales y circula en bicicleta o en pequeños vehículos de aire comprimido, y utiliza la energía de las máquinas que generan ondas y de las instalaciones solares sobre los tejados y en las paredes laterales de sus edificios; nadie come más comida basura y comen mucha fruta y verdura, que cultivan en granjas ecológicas cercanas o en los antiguos jardines de sus casas, cuyo suelo han mejorado mediante un programa extensivo de mantillo y abono orgánico, un proceso que, no por casualidad, ha reducido de manera significativa el anhídrido carbónico en el aire. Nadie tiene sobrepeso. Todos los edificios altos apagan las luces durante la época de migración de las aves, de manera que ya no se matan millones de pájaros cada año. Se han abandonado las malas prácticas de la pesca que consistían en el arrastre del fondo marino. Los viajes por aire se hacen en aeronaves heliotransportadas; los viajes por mar en barcos que navegan con energía solar; las bolsas de plástico están prohibidas.

Todos los líderes religiosos se han dado cuenta de que su mandato implica ayudar a preservar la Tierra, que es un don del Todopoderoso, y han aprobado el control de la natalidad; no usan más los cortacéspedes ni las aspiradoras de

hojas a gasolina, que son tan contaminantes y ruidosos. Además, se celebró una cumbre sobre el calentamiento global, durante la cual los dirigentes del mundo hicieron a un lado sus paranoias, sus rivalidades, su ansia de poder, su avaricia y la pelea sobre quién debía ser el primero en empezar a reducir los residuos de carbono, se remangaron la camisa y se pusieron a ello.

Y ahí está el mismísimo Scrooge, muy elegante con su traje de cáñamo, firmando varios cheques por sumas de dinero considerables a favor de las organizaciones defensoras del medio ambiente: consejos del manejo forestal, parques marinos subacuáticos, hábitats de aves.

—En este futuro —dice el Espíritu—, el albatros ha sido salvado, en gran medida, debo decirlo, gracias a tus esfuerzos. Debo decir también que muchos de estos cambios milagrosos han podido lograrse gracias a una campaña de Bonos de la Victoria, en la que la gente prestó dinero a sus gobiernos para financiar las reparaciones del ecosistema, y a las microeconomías, como la que practica el banco Grameen, en Pakistán, que presta pequeñas cantidades de dinero a un interés viable a personas muy pobres para ayudarlas a iniciar una actividad comercial local a pequeña escala, y gracias también a cancelaciones voluntarias y masivas de la deuda por parte de las naciones ricas, como las que hacían los antiguos israelitas, que decretaban un Año Jubilar cada cinco décadas, en el cual se anulaban todas las deudas.

—¿Qué probabilidades tiene este futuro? —pregunta Scrooge.

—No muchas —admite el Espíritu—. Todavía. Pero en tu época hay mucha gente que se está rompiendo el alma para que esto suceda. Lamentablemente, son muchos también los que se oponen activamente a estos esfuerzos para ayudar a poner orden en todo este desastre global, un desastre que en términos reales cuesta trillones de dólares al año, porque ganan fortunas con la situación tal como está. Ahora, las malas noticias.

Vuelve a sacudir el maletín.

Al principio Scrooge casi no reconoce su yo futuro.

Demacrado y frenético, empuja una carretilla llena de dinero. Mientras lo está mirando, su yo futuro trata de cambiar esa montaña de dinero por una lata de comida para perros, pero no lo consigue.

—¡Espíritu! ¿Qué sucede? —pregunta Scrooge—. Da miedo, de veras.

—Estás presenciando un momento de hiperinflación —dice el Espíritu—. Es algo que ha sucedido muchas veces en la historia del dinero. Cuando la gente pierde la fe en el valor de una moneda, necesitas cada vez más dinero para comprar algo, y los que poseen objetos de uso y valor reales, como alimentos y combustible, no quieren venderlos, porque temen que el dinero

que vayan a recibir valga muchísimo menos al día siguiente. En efecto, el dinero se evapora, como lo que siempre fue, una ilusión. Al fin y al cabo es un símbolo fabricado por el hombre: existe solamente porque nosotros decidimos que exista. Y si no puedes cambiarlo por las cosas que supuestamente representa, no tiene ningún valor.

—Pero, si no puedo comprar comida, me moriré de hambre —grita Scrooge.

—Es, indudablemente, una consecuencia probable —dice el Espíritu—. Ser rico, en el sentido convencional del término, no te ayuda si no hay nada que puedas comprar. El rey Midas deseaba que todo lo que él tocase se transformara en oro y su deseo se cumplió. Pero se murió de hambre, porque la comida que tocaba también se transformaba en oro. En un mundo en el que todo ha sido transformado en dinero, no hay nada que comer. Ahora, tengamos una vista aérea.

Lo que Scrooge ve mientras vuelan por encima de la ciudad se parece mucho a lo que vio en Europa durante la peste negra: caos, mortandad masiva y quebrantamiento del orden cívico. Las cinco señoras Scrooge están vendiendo, con distinto éxito, sus cuerpos en la calle a cambio de sardinas enlatadas. No tienen buen aspecto: han conseguido ser delgadas, como las modelos, sin hacer el menor esfuerzo. El Espíritu señala a tres personas que se están peleando por comerse un gato muerto: una de ellas es el yo futuro de Scrooge. No consigue agarrar ni un pedacito del gato, está demasiado débil. Los otros dos le propinan patadas, lo dejan tirado en la acera y se escapan con la comida.

—¡Es terrible! —musita Scrooge—. Espíritu, no me muestres nada más.

—Los molinos de los dioses muelen despacio, pero su molienda resulta extremadamente fina —dice el Espíritu—. La Humanidad cerró el primer trato fáustico cuando inventó las primeras tecnologías, como el arco y la flecha. Entonces, los seres humanos, en vez de limitar su tasa de natalidad para mantener su población a la par de sus recursos naturales, decidieron multiplicarse sin control. Entonces, para sostener su crecimiento, aumentaron la provisión de alimentos manipulando dichos recursos e inventando para ello tecnologías cada más novedosas y complejas. Hoy contamos con el sistema de artefactos más complicado que el mundo haya conocido nunca. Nuestro sistema tecnológico es como el molino que muele cualquier cosa que se le ordene, pero nadie sabe cómo pararlo. El resultado final de una explotación tecnológica de la Naturaleza absolutamente eficaz sería un desierto sin vida: el capital natural se habría agotado, devorado por las fábricas de producción,

y la consiguiente deuda con la Naturaleza sería infinita. Pero mucho antes de que esto suceda, llegará el momento en que la Humanidad deba devolver lo que se ha gastado.

Scrooge está aterrado, pero ello no le ha impedido hacer mentalmente algunos cálculos rápidos. Si el futuro bueno es el verdadero, lo mejor será invertir en energías alternativas y plantas desalinizadoras; haría un gran negocio. Si el verdadero es el futuro malo, tiene que acaparar el mercado de comida para perros y edificar un búnker subterráneo fortificado para uso propio, con tuberías para recibir oxígeno, y acabará siendo él quien controle el mundo, o lo que quede de él.

—Las trayectorias de los hombres presagiarán ciertos fines, a los cuales, si perseveran en ellos, deben encaminarse —dice Scrooge, citando a su famoso antepasado—. Pero si las trayectorias se desvían, los fines cambiarán. ¡Oye, esto coincide con lo que me has mostrado!

—Yo me ocupo de futuros —dice el Espíritu del Día de la Tierra del Futuro—. Mi mejor oferta es Quizá.

Scrooge agarra al Espíritu de un brazo, pero éste se encoge, se deshace y se reduce al barrote de una cama. ¡Su cama! «¡Qué sueño más horrible! —Piensa—. Pero sólo fue un sueño. ¡Viviré en el Pasado, el Presente y el Futuro: los Espíritus de los tres Días de la Tierra me ayudarán! ¡Todavía me queda tiempo para enmendarme!».

En el mundo que no es el mundo de la ficción, en el cual ustedes y yo hacemos algo que se llama «existir» y Scrooge no, hemos analizado diversas maneras de considerar la deuda. Las nociones sobre la deuda, como todas nuestras medidas financieras y todas nuestras normas de conducta moral —en realidad, como el lenguaje—, forman parte de esa compleja construcción imaginativa que es la sociedad humana. Lo que vale para Cada parte de esa construcción mental, también vale para la deuda en sus múltiples variaciones; porque la deuda es, precisamente, una construcción mental, su funcionamiento depende de lo que nosotros pensemos acerca de ella.

Tal vez haya llegado el momento de que pensemos de otra manera. A lo mejor necesitamos contar, sumar y evaluar las cosas de otro modo. En realidad, a lo mejor necesitamos contar, pesar y evaluar cosas completamente distintas. A lo mejor necesitamos calcular el verdadero costo de la forma en que hemos vivido hasta ahora, y de los recursos naturales que hemos extraído

de la biosfera. ¿Existe la posibilidad de que esto suceda? Como dice el Espíritu del Día de la Tierra del Futuro, mi mejor oferta es Quizá.

Scrooge salta de la cama y se dirige a la ventana. Allí está el mundo. Es muy hermoso, con árboles, cielo y todo lo demás. Antes parecía sólido, ahora le parece frágil, como un reflejo sobre el agua: un soplo de aire lo haría vacilar y desaparecería.

«En realidad, no tengo nada —piensa Scrooge—. Ni siquiera mi cuerpo. Todo lo que tengo es prestado. En realidad, no soy rico: estoy muy endeudado. ¿Cómo puedo hacer para empezar a devolver lo que debo? ¿Por dónde empiezo?».

Este libro fue escrito pensando en un oyente, como conviene a la forma de una conferencia.

1. Balanzas antiguas

Este capítulo está dedicado al Real Museo de Ontario, en la ciudad de Toronto, donde, a los nueve años, se despertó en mí el interés por los sarcófagos egipcios; a mi padre, el doctor C. E. Atwood, quien me dio a leer *Los niños del agua*; y a todos los niños que cuidé y vigilé en los Campamentos de verano y en sus hogares: maestros exigentes en todas las formas del toma-y-daca.

Para mayor información sobre los Seton, padre e hijo, véase Redekop, Magdalene, *Ernest Thompson Seton*, Toronto, Fitzhenry & Whiteside, 1979.

El Hada de los Dientes, o el ratoncito Pérez, y los bancos: En realidad, es cierto que si uno deja de creer en los bancos, éstos cesarán de existir.

Las estadísticas sobre la deuda han sido tomadas de *BirdLife*: «Debt Nation».

La amiga que me escribió la carta acerca de las hipotecas fue Valerie Martin. Le doy las gracias por autorizarme a hacer uso de ella.

Esta Iglesia Unida es la Iglesia Unida del Canadá, creada a partir de una unión entre los metodistas y algunos de los presbiterianos.

Encontré el comentario de Frans de Waal sobre la naturaleza de la cultura en el número de junio de 2008 de *Harper's Magazine*, en un artículo de Frank Bures titulado: «A Mind Dismembered: In Search of the Magical Penis Thieves».

Agradezco a mi hermano, el neurofisiólogo doctor Harold L. Atwood, el haberme enviado varios artículos sobre epigenética.

Existen muchas variantes del juego «*Punch-buggy, no punch-backs*». En una de ellas es preciso especificar el color del Escarabajo. Dejo a los expertos la controversia sobre las reglas.

En relación con los primates y el comercio, véase De Waal, Frans, y S. F. Brosnan: «Monkeys Reject Unequal Pay», *Nature*, número 425,2003.

Fisher, Daniel, «Selling the Blue Sky», *Forbes.com*, 2008. *Forbes*. 20 de febrero de 2008 http://www.forbes.com/business/global/2008/0310/070.htlm.

—«Primate Economics», *Forbes.com*, 2008. *Forbes*, 22 de febrero de 2008.

Surowiecki, James, «The Coup de Grasso», The New Yorker, 10 de octubre de 2005. Condenet, 28 de febrero de 2008.

También, Wright, Robert, The Moral Animal Evolutionary Psychology and Everyday Life. Nueva York: *Vintage*, 1994. La reedición de 1995 lleva el subtítulo: Why We Are the Way We Are. Páginas: 196, 197, 198 y 204.

Existen probablemente otras razones que explican la feminidad de las mellizas Quetetraten, de Charles Kingsley. A este respecto, véanse mis introducciones a *She*, de Rider Haggard, New American Library, y *The Island of Doctor Moreau*, de H. G. Wells, Penguin, así como también mi tesis sobre los personajes sobrenaturales femeninos Victorianos, que quedó sin terminar y se encuentra en la Biblioteca Fisher de la Universidad de Toronto.

Mucho se ha escrito sobre la relación entre Kingsley y Darwin. Pero obsérvese principalmente la fábula de evolución inversa dentro de la novela, en la cual los seres humanos vuelven a un estado primitivo al tumbarse bajo los árboles y ponerse a comer tranquilamente.

Véase la parábola del rico y Lázaro en el Evangelio de Lucas, capítulo 16, versículos 19 a 31.

Para más información sobre los monos gelada, véase Morell, Virginia, «Kings of the Hill», *National Geographic, com*. 2002, National Geographic Society, 20 de febrero de 2008. http://ngm.nationalgeographic.com/ngm/021l/feature4/.

Las citas de las *The Euménides* son de: *The Complete Greek Tragedies*, volumen I. Chicago, University of Chicago Press, 1960, Edición a cargo de Grene, David y Richmond Lattimore.

En relación con los dioses y las diosas de la Antigüedad, véase, entre otros, «Thoth, The Great God of Science and Writing». *Mystae.com*. 24 de febrero de 2008. http://www.mystae.com/restricted/streams/scripts/thoth.htlm.

Hooker, Richard, «Ma'at: Goddess of Truth; Truth and Order», *World Civilizations*, 1996, WashingtonState University. 24 de febrero de 2008. http://www.wsu.edu:8080/~dee/egypt/maat.htlm.

Roe, Anthony, «Maintaining the Balance Concepts of Cosmic Law, Order and Justice», *White Dragon*, 1998. 22 de febrero de 2008.

http://www.whitedragon.org.uk/articles/cosmic.htlm.

Swatt, Barbara, «Themis, God of Justice», *Marian Gould Gallagher Law Library*, 2007, Universidad de Washington, Facultad de Derecho. 29 de febrero de 2008. http://lib.law.washington.edu/ref/themis.htlm.

2. Deuda y pecado

Este capítulo está dedicado a Aileen Christianson, de Escocia, a Valerie Martin, de Estados Unidos, y a Alice Munro, de Canadá, todas ellas expertas en pecado y deuda. También a mi madre, Margaret K. Atwood, y a mi tía, Joyce Barkhouse, por haberme enseñado a vivir con los medios a mi alcance.

La persona que dijo: «La deuda es la gordura moderna», fue Judith Timson durante una conversación que mantuvo conmigo.

La Iglesia anglicana de Canadá es muy similar a la Iglesia anglicana de Inglaterra, y parecida a la Iglesia episcopal de Estados Unidos.

Joyce Barkhouse cree que la pluma que mi padre empeñó era un regalo que le había hecho su madre al acabar la carrera. Esto plantea otra pregunta: ¿Cómo pudo ella comprarla si no tenía ni un centavo? Debió de ahorrar durante mucho tiempo.

La palabra *redeem* (redimir) se emplea con frecuencia en la ceremonia judía del Séder para describir lo que hizo Dios con los israelitas cuando los liberó de la esclavitud en Egipto. Agradezco a Rosalie y a Irving Abella por proporcionarme esta información y por la experiencia de una Séder inolvidable.

Redimir a un asno con un cordero se encuentra en el capítulo 34, versículo 20 del Libro del Éxodo. La historia de la hija de Jefté está en el primer Libro de los Reyes. El primogénito que pertenece a Dios, en el versículo 29 del capítulo 22 del Éxodo. En el capítulo 37, versículo 21 del Libro de los Salmos, el impío toma prestado y no paga. La historia de Ezequiel y los sacerdotes de Baal figura en el primer Libro de los Reyes.

El sermón sobre la deuda se encuentra en: Olbrych, Jennie C., «Outrageous Forgiveness», *St. James Santee Episcopal Church Blog*, 2004. Blogspot. 12 de marzo de 2008.http://www.stjamessantee.blogspot.com/2004_ 09_01_archive.htlm.

Otras obras citadas:

Hogg, James, *The Private Memoirs and Confessions of a Justified Sinner*. Ed. Adrian Hunter. Peterborough, Ontario: Broadview Press, 2001.

Hyde, Lewis, *The Gift: How the Creative Spirit Transforms the World*, 1983. Canongate, Edimburgo, 2007. Página 41.

Jacobs, Jane, Systems of Survival: A Dialogue on the Moral Foundations of Commerce and Politics, *Vintage*, Nueva York, 1992.

Leith, Sam, «Blair Believes He Can Do No Wrong: Ask the Antinomians», *Telegraph.co.uk*. 2006. Telegraph Media Group. 2 de marzo de 2008.http://www.telegraph.co.uk/opinión/main.jhtml.xml=/opinión/2006/03/25/do2504.xml.

Lerner, Gerda, *The Creation of Patriarchy* (pruebas sin corregir), Oxford University Press, Nueva York, 1986. Páginas 77 y 84.

Milton, John, «Samson Agonistes», *John Milton: Selections*, Oxford University Press, Oxford, 1991. Edición de Stephen Orgel y Jonathan Goldberg.

—«Paradise *Lost*», *John Milton: Selections*, Oxford University Press, Oxford, 1991. Edición de Stephen Orgel y Jonathan Goldberg.

Orwell, George. *1984*, Harcourt, Nueva York, 1983. Página 256.

Tierney, Patrick, *The Highest Altar: The Story of Human Sacrifice*, Viking, Nueva York, 1989. Página 277.

Webb, Mary, *Precious Bane*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 2003. Página 43.

Zola, Émile, *Germinal*, Oxford University Press, Oxford, 1993. Traducción de Peter Collier.

3. La deuda como argumento

Este capítulo está dedicado a las señoritas Bessie B. Billings y Florence Smedley, mis profesoras de inglés en el colegio secundario Leaside, de Toronto, donde leí por vez primera *El molino del Floss*; a la doctora Jay Macpherson, del Victoria College, quien hizo de la novela victoriana algo espléndido y lleno de intriga; y al doctor Jerome H. Buckley, del

Departamento de Inglés de Harvard, quien realizó algunas lecturas teatrales de Dickens. Está también dedicado a la Biblioteca del Deer Park, de Toronto, de donde, a finales de los años cuarenta, saqué en préstamo tantos libros como pude de cuentos de Andrew Lang.

Los libros a los que he recurrido o citado en este capítulo son:

Berne, Eric, *Games People Play: The Psychology of Human Relationship*, Ballantine, Nueva York, 1964. Página 81.

Blake, William, «Jerusalem», *Selected Poetry and Prose*, Random House, Nueva York, 1953. Edición de Northrop Frye.

Bunyan, John, *The Pilgrim's Progress*, Penguin, Nueva York, 1987. Página 79. Edición de Roger Sharrock.

Dickens, Charles, *A Christmas Carol*, Weathevane, Nueva York, 2007.

Eliot, George, *The Mill on the Floss*, Oxford University Press, Nueva York, 1996. Páginas 252, 356 y 359. Edición de Gordon S. Haight.

Hardy, Thomas, «The Ruined Maid», *Complete Poems*, Palgrave, Nueva York, 2001. Edición de James Gibson.

Irving, Washington, «The Devil and Tom Walker» (versión en Internet).

Lang, Andrew, *The Blue Fairy Book*, Dover, Nueva York, 1965.

Marlowe, Christopher, *The Tragical History of Doctor Faustus*, Norton, Nueva York, 2005. Edición de David Scott Kastan.

Thackeray, W. M ., *Vanity Fair*, Aldine Press, Londres, 1957. Edición de Whitelaw Reid.

Los textos de las citas de Chaucer pertenecen a la edición estándar.

Leí los cuentos de los hermanos Grimm cuando era pequeña y los recuerdo muy bien.

Fue Valerie Martin quien me habló del juego de las prendas.

Una nota sobre «*redeem*»: «*To redeem*» también significa volver a darse un nombre —o redefinirse—, lo cual nos puede conducir a cambiar radicalmente el propio destino.

Me vino a la memoria «The Miller of Dee», pero luego comprobé los versos con los textos disponibles.

4. El lado «Sombra»

Este capítulo está dedicado a Edgar Allan Poe, cuyo cuento titulado *El barril de amontillado* me aterrorizaba cuando era una niña, y me hizo pensar en la pregunta siempre actual: ¿Cuál es el límite de la venganza? También a Alberto Manguel, quien una vez me dijo «Los canadienses no tienen cuentos de venganzas», incitándome así a escribir uno: *Hairball*. También a Elmore Leonard, capaz de explicar el lado oculto de las cosas. Y a Larry Gaynor, que sabe cuáles son las sombras que acechan en el corazón de los hombres, y qué corazones acechan en las sombras de las mujeres.

Otra de las venganzas de la vida real son los camarones congelados en los agujeros de las barras de cortinas. Tan fáciles de oler, tan difíciles de encontrar.

Las obras citadas son:

Buchan, James, *Frozen Desire: The Meaning of Money*, Welcome Rain, Nueva York, 2001.

Dickens, Charles, *A Tale of Two Cities*, Oxford University Press, 1988. Edición de Andrew Sanders.

—*David Copperfield*, Oxford University Press, Oxford, 1999, Edición de Nina Burgis.

Johnson, Samuel, *Essays from the Rambler, Adventurer, and Idler*, Yale University Press, New Haven, 1968. Edición de W. J. Bate.

Leonard, Elmore, *Get Shorty*, HarperCollins, Nueva York, 1990. Página 8.

Machiavelli, Niccolo, *The Prince*, Random House, Nueva York, 2007. Traducción de Peter Constantine.

Shakespeare, William, «The Merchant of Venice», *Complete Works*, Arden Shakespeare, Londres, 2001. Edición de Richard Proudfoot, Ann Thompson y David Scott Kastan.

5. Pagar (con la misma moneda)

Son tantas las personas y organizaciones a quienes debería dedicar este capítulo que resulta difícil elegir. Mencionaré, pues, a mis instructores sobre el tema de la vida tradicional en el Ártico: Aaju Peter, Bernadette Dean y

John Houston; a Matthew Swan, de *Adventure Canada*, quien hizo posible estos contactos. Y a Graeme Gibson, cuyo trabajo sobre los depredadores, sus presas y su entorno coincide con el mío.

El banquete de Baltasar figura en el capítulo 5 del Libro de Daniel.

El comentario de John Donne sobre la campana se encuentra en la «Meditación XVII» de sus *Devociones*.

Propongo que la fortuna heredada por Scrooge Nouveau venga de Fred sobrino feliz de Scrooge, hijo de su hermana fallecida, Fan, y por consiguiente el pariente más cercano de Scrooge. Scrooge Lite dejó mucho dinero a las obras de caridad, pero Fred se quedó con el negocio y adoptó el apellido Scrooge para preservarlo en la empresa familiar.

El director ejecutivo de Scrooge Nouveau, Bob Cratchit, es descendiente del Bob original, a través de Tiny Tim. Como no era atlético, Tim se dedicó a los libros y se convirtió en un protoidiota; Scrooge Lite financió su educación. El nuevo Bob posee, sin embargo, algunas de las virtudes del original.

Con respecto a «alimentar la tierra», véase el libro antes citado de Patrick Tierney, *The Highest Altar*.

Sobre Solón y sus reformas relacionadas con las deudas disponemos de mucha información, pero recomiendo la lectura del libro de John Ralston Saul, *Voltaire's Bastards*.

Existen muchos libros sobre la Peste Negra. Véanse, por ejemplo, los siguientes: Duncan, Christopher y Susan Scott, *Return to the Black Death: The World's Greatest Serial Killer*, Wiley, Chichester, 2004; y Kelly, John, *The Great Mortality: An Intimate History of the Black Death, the Most Devastating Plague of All Time*, HarperCollins, Toronto, 2005.

La cita de Blake corresponde al poema *The Human Abstract.*

La mujer de sesenta y tres años que guardó el recorte de periódico en el baúl de viaje fue mi madre. Lo había recortado del *Toronto Star*, que a su vez lo había tomado de *Los Angeles Times*. La persona que lo encontró y lo leyó mucho tiempo después fui yo.

Con respecto al café del Espíritu del Día de la Tierra del Presente, véase Bridget Stutchbury, *The Silence of the Songbirds*.

Existe gran cantidad de información sobre la destrucción del océano. Véase, por ejemplo, Jones, Deborah, «In a Few Decades, There Will Be No Fish», *globeandmail.com*, 2005. *Globe and Mail*, 21 de mayo de 2008.http://www.theglobeandmail.com/servlet/Page/document/v5/content/.

Si quiere saber cuáles son los peces buenos, consulte: www.seafoodwatch.org. Si quiere saber cómo ayudar: www.Oceana.org.

La estadística sobre la producción de oxígeno de los árboles proviene de www.torontoparkandtrees.org.

Si quiere informarse acerca de los efectos benéficos del suelo orgánico sobre el anhídrido carbónico, véase Beck, Malcolm, *The Secret Life of Compost*. Metairie, Louisiana, Acres, 1997. Y también: www.FarmForward.com.

Con respecto a las aves muertas por causa de los edificios iluminados y a la ayuda que se puede prestar, véase, por ejemplo, FLAP, en www.flap.org. Existen varias organizaciones que se ocupan de esta cuestión, así como de la interacción aves/parques eólicos. Si usted es funcionario municipal o arrendatario de pisos de un rascacielos, ¿por qué no apaga las luces, ahorra carbono y al mismo tiempo deja de asesinar a las aves migratorias? ¿Es acaso tan difícil?

Si desea prestar su colaboración, diríjase a la organización asociada a *BirdLife* de su país y contribuya a salvar a los albatros de su extinción.

Si desea colaborar en la preservación de aves cantoras migratorias, véase Bird Life International, y también American Bird Conservancy, en www.abcbirds.org.

El Banco Grameen es sólo un ejemplo de microfinanciación.

Para más información sobre las épocas de hiperinflación, véase, por ejemplo, Buchan, James, *Frozen Desire: The Meaning of Money*, Welcome Rain, Nueva York, 2001.

En cuanto a la capacidad de destrucción, implacable, que tienen ciertas tecnologías, véase Friedrich, George, *The Failure of Technology: Perfection Without Purpose*, Henry Regnery, Hinsdale, Illinois, 1949.

Las malas perspectivas de futuro de Scrooge habrían podido ser mucho peores. Acerca de un profeta del punto de inflexión, véase Lovelock, James, *The Revenge of Gaia*, Alien Lane, Londres, 2006.

Ejemplos de actitudes primitivas más compenetradas con los animales se pueden encontrar en la historia de Noé, que aconsejo leer con atención; la vida de Buda; el hinduismo y el vegetarianismo; la deliciosa fábula musulmana *El juicio de los animales contra la humanidad*, así como las críticas contra el abuso de animales en el Corán. Doy las gracias al doctor Tazim Kassan, de la Universidad de Siracusa, por señalarme estos dos últimos ejemplos.

Algo del biocombustible ingerido que mantuvo a esta escritora ante su teclado provino de las barras de chocolate del comercio justo, orgánico, cultivado a la sombra y beneficioso para el canto de los pájaros.

La energía eléctrica carbononeutral fue suministrada por Bullfrog Power, en www.bullfrogpower.com.

Cabe mencionar que un porcentaje ridículamente bajo, el 1,5% de todas las donaciones caritativas, se destina a la Naturaleza no humana, con exclusión de los animales de compañía. Depende de ustedes cambiar esta estadística.

Una suma equivalente a la ganancia neta del autor, por el anticipo canadiense del presente libro, ha sido donada a BirdLife International, a través de su socio, Nature Canada.

Bibliografía

BECK, Malcolm, *The Secret Life of Compost*, Acres, Metairie, Louisiana, 1997.

BECKETT, Samuel, *Waiting for Godot*, Dougald McMillan y James Knowlson (eds.), Faber, Londres, 1993 [*Esperando a Godot*, Tusquets, Barcelona, 2006].

BERNE, Eric, Games People *Play: The Psychology of Human Relationships*, Ballantine, Nueva York, 1964 [Juegos en que participamos, RBA, Barcelona, 2007].

BLAKE, William, «*Jerusalem*», «*The Human Abstract*», *Selected Poetry and Prose*, Northrop Frye (ed.), Random House, Nueva York, 1953 *[Poesías completas*, RBA, Barcelona, 2002].

BUCHAN, James, *Frozen Desire: The Meaning of Money*, Welcome Rain, Nueva York, 2001.

BUNYAN, John, *The Pilgrim's Progress*. Roger Sharrock (ed.), Penguin, Nueva York, 1987 *[El peregrino*, Editorial Clie, Barcelona, 2008].

BURNS, Robert, «*The Deil's Awa' wi' the Exciseman*», *Poems, Songs, and Letters: The Complete Works of Robert Bums*, Alexander Smith (ed.), Macmillan, Londres, 1932.

COOPER, James Fenimore, *The Pioneers*, Grosset and Dunlap, Nueva York, 1948.

CHAPMAN, Sasha, «*Wanted: Organic Farmers to Fill Toronto's Markets*», Globe and Mail, 24 de mayo de 2008, M5.

DE WAAL, Frans, y S. F. BROSNAN, «*Monkeys Reject Unequal Pay*», Nature, 425,2003.

DICKENS, Charles, *A Christmas Carol*, Weathervane, Nueva York, 2007 [*Canción de Navidad*, Alianza, Madrid, 2009],

—*David Copperfield*, Nina Burgis (ed.), Oxford University Press, Oxford, 1999 *[David Copperfield*, Alba, Barcelona, 2003].
—*A Tale of Two Cities*, Andrew Sanders (ed.), Oxford University Press, Oxford, 1988 *[Historia de dos ciudades*, Cátedra, Madrid, 2001].
DUNCAN, Christopher, y Susan Scott, *Return of the Black Death: The World's Greatest Serial Killer*, Wiley, Chichester, 2004.
ELIOT, George. *The Mill on the Floss*, Gordon S. Haight (ed.), Oxford University Press, Nueva York, 1996 *[El molino del Floss*, Alba, Barcelona, 2003].
FISHER, Daniel, «*Selling the Blue Sky*», Forbes.com. 20 de febrero de 2008, http://www.forbes.com/business/global/2008/0310/070.htlm.
—«Primate Economics», *Forbes.com*. 2008,22 de febrero de 2008, http://www.forbes.com/2006/02/ll/monkey—economicsmoney_cz_df_money06_0214monkeys.htlm.
FREUD, Sigmund, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, James Strachey (ed.), 24 vols., Vintage, Londres, 2001 *[Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999].
GOODMAN, Amy. «*Ticker Tape Ain't Spaghetti*», 30 de abril de 2008, *Truthdig, 2* de mayo de 2008, www.truthdig.com/report/item/20080430_ticker_tape_aint_spaghetti.
«GRAMEEN BANK», *Grameen Bank*, 1998, Grameen Communications, 5 de mayo de 2008, http://www.grameen—info.org/.
GRENE, David, y Richmond Lattimore (eds.), *The Complete Greek Tragedies*, vol. 1, University of Chicago Press, Chicago, 1960.
HARDY, Thomas, «*The Ruined Maid*», *Complete Poems*, James Gibson (ed.), Palgrave, Nueva York, 2001 [*Poemas*, Comares, Granada, 2001].
HOGG, James, *The Private Memoirs and Confessions of a Justified Sinner*, Adrian Hunter (ed.), Broadview Press, Peterborough, Ontario, 2001 [*Memorias privadas y confesiones de un pecador justificado*, Valdemar, Madrid, 2001].
HOOKER, Richard, «*Ma'at: Goddess of Truth; Truth and Order*», *World Civilizations*, 1996, Washington State University, 24 de febrero de 2008, http://www.wsu.edu:8080/~dee/egypt/maat.htlm.
HURDLE, John. «*Where Industry Once Hummed, Urban Garden Finds Success*», *New York Times*, 20 de mayo de 2008.
HYDE, Lewis, *The Gift: How the Creative Spirit Transforms the World*, Canongate, Edimburgo, 2007.

JACOBS, Jane, *Systems of Survival: A Dialogue on the Moral Foundations of Commerce and Politics*, Vintage, Nueva York, 1992.
JOHNSON, Samuel, *Essays from the Rambler, Adventurer, and Idler*, W. J. Bate (ed.), Yale University Press, New Haven, 1968.
JONES, Deborah, «*In a Few Decades, There Will Be No Fish*», *globeandmail.com*, 2005, *Globe and Mail*, 21 de mayo de 2008, http://www.theglobeandmail.com/servlet/Page/document/v5/content/.
JUENGER, Friedrich Georg, *The Failure of Technology: Perfection Without Purpose*, Henry Regnery, Hinsdale, Illinois, 1949.
JUNG, C. G., *Psychology and Religion*, Yale University Press, New Haven, 1992 *[Psicología y religión*, Paidós, Barcelona, 2006].
KELLY, John, *The Great Mortality: An Intimate History of 234 Margaret Atwood y the Black Death, the Most Devastating Plague of All Time*, HarperCollins, Toronto, 2005.
KINGSLEY, Charles, *The Water Babies*, Brian Anderson (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2000 [Los *niños del agua*, Obelisco, Barcelona, 2002].
KOHLER, Nicholas, «*A Nation of Eco-Hogs*», Maclean's, 28 de abril de 2008.
LANG, Andrew, *The Blue Fairy Book*, Dover, Nueva York, 1965 *[El libro azul de los cuentos de hadas*, Neo Person, Madrid, 2000].
LEAN, Geoffrey. «*Exposed: The Great GM Crops Myth*», independent.co.uk, 20 de abril de 2008, www.independent.co.uk/environment/greenliving/exposed-the-great-gm-crops-myth-812179.htlm.
LEITH, Sam, «*Blair Believes He Can Do No Wrong: Ask the Antinomians*», telegraph.co.uk, 2006, Telegraph Media Group, 2 de marzo de 2008, http://www.telegraph. co.uk/opinión/main.jhtml.xml=/opinión/2006/03/25/do2504.xml.
LEONARD, Elmore, *Get Shorty*, HarperCollins, Nueva York, 1990 *[Cómo conquistar Hollywood*, Ediciones B, Barcelona, 1996].
LERNER, Gerda, *The Creation of Patriarchy* (prueba sin corregir), Oxford University Press, Nueva York, 1986 *[La creación del patriarcado*, Crítica, Barcelona, 1990].
LOVELOCK, James, *The Revenge of Gaia*, Allen Lane, Londres, 2006 *[La venganza de la Tierra*, Planeta, Barcelona, 2008].
MACHIAVELLI, Niccolo, *The Prince*, traducción de Peter Constantine, Random House, Nueva York, 2007 *[El príncipe*, Tecnos, Madrid, 2010].

MARLOWE, Christopher, *The Tragical History of Doctor Falistus*, David Scott Kastan (ed.), Norton, Nueva York, 2005 [*La trágica historia de la vida y muerte del doctor Fausto*, Abada, Madrid, 2006].
MCCARTHY, Michael. «*The Great Migration Crisis*», Commondreams.org, 2008, News Center, 1 de mayo de 2008, http://www.commondreams.org/archive/2008/04/ 21/8419/.
McNeill, William H., *Plagues and Peoples*, Doubleday, Nueva York, 1976 *[Plagas y pueblos*, Siglo XXI, Madrid, 1984].
MILTON, John, «*Paradise host», John Milton: Selections,Stephen* Orgel y Jonathan Goldberg (eds.), Oxford University Press, Oxford, 1991 *[El paraíso perdido*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2005].
—«*Samson Agonistes», John Milton: Selections*, Stephen Orgel y Jonathan Goldberg (eds.), Oxford University Press, Oxford, 1991 *[El paraíso recobrado. Sansón agonista*, Cátedra, Madrid, 2007].
MORELL, Virginia, «*Kings of the Hill*», *National Geographic, com, 2002*, National Geographic Society, 20 de febrero de 2008, http://ngm.nationalgeographic.com/ngm/021l/feature4/.
O'CONNELL, Stephen A., «*Debt Forgiveness: Plainer Speaking, Please*», Swarthmore College, 2000,28 de marzo de 2008, www.swarthmore.edu/SocSci/soconne 1/documents/forgive.pdf.
—Jennie C., «*Outrageous Forgiveness*», *St. James Santee Episcopal Church Blog*, 2004, Blogspot, 12 de marzo de 2008, http://stjamessantee.blogspot.com/2004_09_01 _archive.htlm.
ORWELL, George, *1984*, Harcourt, Nueva York, 1983 *[1984*, Destino, Barcelona, 2003].
«*Owed Justice: Thai Women Trafficked into Debt Bondage in Japan*», *Human Rights Watch*, 2000, Human Rights Watch, 3 de abril de 2008, http://www:hrw.org/reports/2000/japan/.
POLANYI, Karl, *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston, 1957 *[La gran transformación*, Endymion, Madrid, 1989].
REDEKOP, Magdalene, *Ernest Thompson Seton*, Fitzhenry & Whiteside, Toronto, 1979.
ROE, Anthony, «*Maintaining the Balance: Concepts of Cosmic Law, Order, and Justice*», *White Dragon*, 1998,22 de febrero de 2008, http://www.whitedragon.org.uk/articles/cosmic.htlm.
SAUL, John Ralston, *Voltaire's Bastards: The Dictatorship of Reason in the West*, Vintage, Nueva York, 1993 [Los bastardos de Voltaire: la dictadura de la razón en Occidente, Editorial Andrés Bello, Barcelona, 1998].

SCOTT, James C., «*Revolution in the Revolution: Peasants and Commissars*», *Theory and Society 7* (1979), p. 117.
SHAKESPEARE, William, «*Hamlet*», *Complete Works*, Richard Proudfoot, Ann Thompson y David Scott Kastan (eds.), Arden Shakespeare, Londres, 2001 [*Hamlet*, Espasa-Calpe, Madrid, 2006; *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 2003].
—«*Macbeth*», *Complete Works*, Richard Proudfoot, Ann Thompson y David Scott Kastan (eds.), Arden Shakespeare, Londres, 2001 *[Macbeth*, RBA, Barcelona, 2003. *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 2003].
—«*The Merchant of Venice*», *Complete Works*, Richard Proudfoot, Ann Thompson y David Scott Kastan (eds.), Arden Shakespeare, Londres, 2001 *[El mercader de Venecia*, Anagrama, Barcelona, 2001; *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 2003].
STEIGER, Paul, «*By 2042, mit Team Says: Collapse of World Economy Foreseen If Growth Goes On*», Los Angeles Times, 3 de marzo de 1972.
SUROWIECKI, James, «*The Coup de Grasso*», The New Yorker, 10 de octubre de 2005, Condenet, 28 de febrero de 2008, http://www.newyorker.com/archive/2003/10/ 06/031006ta_talk_surowiecki.
SWATT, Barbara, «*Themis, God of Justice*», *Marian Gould Gallagher Law Library*, 2007, University of Washington School of Law, 19 de febrero de 2008, http://lib.law.washington.edu/ref/themis.htlm.
THACKERAY, W. M., *Vanity Fair*, Whitelaw Reid (ed.), Aldine Press, Londres, 1957 *[La feria de las vanidades*, Lumen, Barcelona, 2004].
«*The Animals' Lawsuit Against Humanity*», *Fons Vitae Book Catalogue*, 2008, Fons Vitae, 28 de mayo de 2008,http://www.fonsvitae.com/animalslawsuit.htlm.
«*The Figure of Saint Michael Archangel*», *Saint Michael the Shrine on the Gargano*. 1998-1999. Asernet, 22 de febrero de 2008, http://www.gargano.it/sanmichele/english/santo l_en.htlm.
«*The Small Hands of Slavery: Bonded Child Labour in India*», Human Rights Watch, 1996, Human Rights Watch, 4 de abril de 2008, http://www.hrw.org/reports/1996/ India3.htlm.
«*The Wheat Sheet: A New Era of Papermaking in Canada*», Markets Initiative, 15 de mayo de 2008.
«*Thoth, the Great God of Science and Writing*», Mystae.com, 24 de febrero de 2008, http://www.mystae.com/restricted/streams/scripts/thoth.htlm.
TIERNEY, Patrick, *The Highest Altar: The Story of Human Sacrifice*, Viking, Nueva York, 1989 [*Un altar en las cumbres*, El Aleph, Barcelona, 1991].

TRAYNOR, Ian, «*Europe Expects a Flood of Climate Refugees*», Guardian Weekl, 14-20, marzo de 2008, p. 1.
WARD, Olivia, «*$3 Trillion Is Just a Part of the Cost*», Toronto Star, 16 de marzo de 2008, p. A15.
WEBB, Mary, *Precious Bane*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 2003.
«*Wildife Populations "Plummeting*"», BBC News, 16 de mayo de 2008, http://newsvote.BBC.co.uk/2/hi/uk_ news/7403989.stm.
WRIGHT, Robert, *The Moral Animal: Evolutionary Psychology and Everyday Life*, Vintage, Nueva York, 1994.
ZOLA, Émile, *Germinal*, traducción de Peter Collier, Oxford University Press, Oxford, 1993 *[Germinal*, Alianza, Madrid, 2009].

Agradecimientos

Este trabajo ha sido un acto de amor. Lo he hecho para Anansi, y en particular para su propietario, Scott Griffin: afrontar semejantes desafíos en el ámbito de la industria editorial canadiense debería ser recompensado, aunque generalmente no lo es.

Hay muchas otras personas a las que quiero expresar mi agradecimiento. En primer lugar, mis agentes, Phoebe Larmore, en Norteamérica, y Vivienne Schuster y Betsy Robbins en el Reino Unido. De House of Anansi Press, Sarah MacLachlan y Lynn Henry. De Bloomsbury, Alexandra Pringle. Heather Sangster, esforzada correctora de manuscritos. De la CBC, Philip Coulter y Bernie Lucht. Del Massey College, John Fraser y los dos auxiliares que me proporcionó para el trabajo de búsqueda: Claire Battershill y Dylan Smith.

Gracias a mis muy útiles primeros lectores, Jess Atwood Gibson y Valerie Martin, y también al doctor Ramsay y a Eleanor Cook, que no sin razón escribieron «esto es absurdo» en los márgenes. Espero haber tomado buena nota de sus observaciones. Gracias asimismo a David Young y Judith Timson, que hicieron las veces de caja de resonancia, y, por su apoyo, al personal de O.W.Toad, Sarah Webster, Shannon Shields, Laura Stenberg, Penny Kavanaugh y Anne Joldersma.

Finalmente, gracias a Graeme Gibson, que sabe equilibrar las cosas, lo que me incluye cuando estoy escribiendo.

Me siento en deuda con todos.

MARGARET ELEANOR ATWOOD (Ottawa, 18 de noviembre de 1939) es una prolífica poeta, novelista, crítica literaria, profesora y activista política canadiense. Es miembro del organismo de derechos humanos Amnistía Internacional y una de las personas que presiden Bird Life International, en defensa de las aves. En la actualidad divide su tiempo entre Toronto y Pelee Island, en Ontario. Es la segunda de los tres hijos de Carl Edmund Atwood, zoólogo, y Margaret Dorothy William, nutricionista. Debido a la investigación que llevaba a cabo su padre sobre entomología forestal, Atwood pasó gran parte de su infancia entre el norte de Quebec, Ottawa y Toronto. Pronto se convirtió en una ávida lectora de todo tipo de literatura, desde novelas de misterio, hasta cuentos de los hermanos Grimm, historias sobre Canadá y cómics. Fue al instituto en Leaside, Toronto. Atwood empezó a escribir a los 16 años. En 1957 inició sus estudios universitarios en la Victoria University de Toronto. Tuvo como profesores a Jay Macpherson y Northrop Frye, que encaminaron su poesía inicial (*Double Persephone*) hacia el tema de los mitos y los arquetipos. Se graduó en 1961 como licenciada en filología inglesa, con estudios también de francés y filosofía. En 1968, se casó con Jim Polk, de quien se divorció en 1973. Luego, contrajo matrimonio con el novelista Graeme Gibson, con quien se mudó a Ontario, al norte de Toronto. En 1976 tuvieron a su hija Eleanor Jess Atwood Gibson. Volvió a Toronto en 1980.

Notas

[1] El ratoncito Pérez es el encargado de estas cuestiones en España y Latinoamérica. *(N. de la T.)*. <<

[2] No punch-backs y Punch-buggy. Se trata de un juego de los niños norteamericanos de esa época. Bug se llamó en Estados Unidos ese modelo de auto de Volkswagen, el mismo que en español se conoció como «Escarabajo» *(N. de la T.).* <<

[3] Tit for tat equivaldría en castellano a «toma y daca» o «golpe por golpe». *(N. de la T.)*. <<

[4] Jig: «giga». En la época a la que se refiere la autora, jig, la giga, que es, en efecto, una danza irlandesa, aludía a los negros (nigger) y también a la música de los negros. La expresión podría interpretarse como «Se acabó la juerga». *(N. de la T.)*. <<